

AMERICANA 2

LATINO

**Nueva Historia y
Liberación Nacional
por Iñigo Carrera**

Jaureche por Goldar

La hora latinoamericana

**Cuentos de Guimarães
Rosa y Shimose**

**Encuesta a
la crítica argentina**

**Notas sobre:
Sebreli, Pla, Rozitchner
y Hernández Arregui**

**Poesía
argentina combativa**



LATINOAMERICANA

Número 2 - Año 1
Junio de 1973

Número a cargo de:
Jorge Lafforgue,
Alberto Vanasco y
J. C. Martini Real

DIRECTORES:

Alberto Vanasco
J. C. Martini Real

REDACCION:

Manuel Scorza (Perú);
Salvador Garmendia (Venezuela), Néstor Taboada Terán (Bolivia), Haroldo Conti (Argentina), Jorge Ruffinelli (Uruguay), Jaime Mejía Duque (Colombia), René Avilés Fabila (México), Eduardo Galeano (Uruguay), Jorge Lafforgue (Argentina), Rodrigo Quijada (Chile), Augusto Roa Bastos (Paraguay), Carlos Mastroilli (Argentina).

CORRESPONSALES EN ARGENTINA:

Jorge Estrella (Tucumán), Andrés Fidalgo y Héctor Tizón (Jujuy), Jorge Riestra (Rosario), Américo Alvarez (Mar del Plata), Daniel Moyano (La Rioja), Hugo Gola (Santa Fe), A. Migó (Catamarca), Francisco Colombo (Córdoba), Jorge García de Luca (Mendoza), Francisco Squeo Acuña (Coordinador).

© Ediciones Corregidor
Registro de la Propiedad
Intelectual N° 1.177.793
Queda hecho el depósito
de ley.

PUBLICIDAD:
Susana Amado

CORRECCION:
Leandro Wolfson

EDICIONES
CORREGIDOR
Talcahuano 463
Buenos Aires
República Argentina

Compuesta y armada
por *Linotipla Pontalti*,
Fraga 49, e Impresa en
Artes Gráficas Chlesino,
Ameghino 838, Avellaneda
(Pcia. de Bs. Aires).



SUMARIO

- 3 LA HORA LATINOAMERICANA
Editorial
- 5 LITERATURA Y CRITICA: UNA ENCRUCIJADA, UNA ENCUESTA (PRIMERA PARTE)
Jorge Lafforgue, Nora Dottori, Aníbal Ford, Luis Gregorich, Josefina Ludmer, Graciela Maturo, Jorge B. Rivera, Eduardo Romano y Beatriz Sarlo Sabajanes
- 23 RETABLO DE SAN NUNCA
Cuento de João Guimarães Rosa
- 37 RESEÑA DE POESIA ARGENTINA COMBATIVA
Selección de Francisco Squeo Acuña
- 61 PARA UNA LECTURA DE JAURETCHE
Ernesto Goldar
- 67 EL HIJO DEL JAPONES
Cuento de Pedro Shimose
- 71 NUEVA HISTORIA Y LIBERACION NACIONAL
Héctor Iñigo Carrera
- 81 SOBRE LIBROS
Alberto Pla y Juan José Sebreli, por Blas Matamoro
León Rozitchner, por Germán Leopoldo García
Juan José Hernández Arregui, por Reina Roffé
- 94 CARTAS

Las coyunturas socio-históricas son las que condicionan la realidad cultural. El pasaje de una sociedad dependiente y capitalista a un país autónomo y socialista se efectúa a través de acontecimientos precisos de carácter político y económico que de algún modo plantean en el orden cultural la necesidad de romper la disrritmia que existe, en todo estado de dependencia, entre los hechos culturales y los políticos, a fin de que los primeros se inserten también en el proceso real y pasen a constituir una actitud política concreta. El cambio en el plano cultural, que debe llevar de la dependencia a la autonomía, presenta distintos estadios, que van desde la resistencia a la elaboración de una forma de vida verdaderamente nacional, y en esta última etapa se resuelven decisivamente todas las etapas anteriores, que incluyen desde los genocidios culturales, resistencias aisladas, manifestaciones populares hasta las formas alienadas que el colonizado emplea a manera de réplica contra el colonizador, así como también, desde luego, la cultura de élite deformada, producto de las clases dominantes, como fue en la Argentina la de la oligarquía intermediaria.

Una cultura nacional no se construye sino a partir de un país independiente y socialmente justo. Mientras no sea así, su cultura, sea como fuere, será indefectiblemente una cultura de colonizado y de clase. No obstante esto, la encrucijada histórica debe rescatar todos aquellos elementos de resistencia, por un lado, y las experiencias y conocimientos del colonizado tanto como del colonizador, por otro, a fin de contar con todos los

elementos indispensables para sostener la continuidad histórica y la irreversibilidad del proceso. Se trata, en definitiva, de terminar con la cultura del colonizador y del colonizado, pero sin tener que volver a recorrer etapas ya superadas o reiterar experiencias perimidas y resueltas en la historia de los hombres. Es indispensable la conciencia de este pasaje histórico para evitar que se desencadenen los vicios en que suele incurrir el intelectual colonizado en las etapas revolucionarias, los que tienden a concretarse en la reacción más enconada, en nuevas formas de dependencia cultural y, sobre todo, en la represión totalitaria; es indispensable esta conciencia para establecer la militancia justa que, en el plano de la cultura, corresponde a la liberación de los pueblos.

Si cultura significa el mundo que el hombre construye, construyéndose a sí mismo, por encima del mundo natural que le es dado, toda realización humana para ser tal debe estar basada en una vida libre, una actitud auténtica y un sentimiento comunitario. Una vida libre significa la ruptura de toda dependencia, una actitud auténtica es lo nacional, o sea, lo particular histórico, y un sentimiento comunitario significa la construcción del socialismo. El colonizado sólo alcanzará la liberación social a través de la ruptura de la dependencia y sin ésta no habrá realidad socialista, único medio para desarrollar una cultura nacional. Cuando se habla de cultura nacional en un país periférico y dependiente se habla nada más que de lo nacional burgués, fenómeno específicamente europeo.

La militancia en el plano de la cultura consiste, en consecuencia, en la participación activa en el proceso de liberación y de edificación del socialismo, preservando la continuidad de la cultura y elaborando las nuevas formas culturales de esa nueva sociedad.

LOS DIRECTORES

LITERATURA Y CRITICA: UNA ENCRUCIJADA, UNA ENCUESTA (PRIMERA PARTE)

Por Jorge Lafforgue

Más de un siglo ha pasado desde la labor precursora de Juan María Gutiérrez y, sin embargo, en nuestro país la crítica sigue siendo para muchos la cenicienta de la respetable familia literaria, mientras que para otros ni siquiera existe. Por el contrario, a menudo algunos académicos la suelen mentar con unción: es que necesitan insuflar una tradición —dar cierto peso histórico— a sus investigaciones, ya de por sí harto pesadas.

Pero no se trata ahora de trazar un bosquejo histórico, por breve que éste fuera, ni menos aún de rebatir prestigiosos conceptos, cargados de solemnidades e insuficiencias, sino más modestamente de interrogar a quienes de un modo u otro ejercen hoy ese oficio en la Argentina.

Desde luego que al intentarlo hemos admitido ciertos supuestos, establecido algunas premisas mínimas y realizado un corte cronológico convencional.

Nuestra propia respuesta intentará esclarecer esos puntos; aquí sólo me resta advertir a los lectores el procedimiento seguido para confeccionar la encuesta: 1) se estableció una lista de personas, cuyas edades oscilaran entre los veinticinco y los cuarenta años, que a través de diversos medios —libros, revistas y diarios, principalmente— hubiesen realizado una labor crítica perceptible con respecto a la producción literaria nacional; 2) a 20 de los 37 nombres que así surgieron se les formuló, verbalmente o por escrito, dos preguntas; 3) en el mes y medio

transcurrido desde fines de marzo hasta el día de hoy, han contestado Nora Dottori, Edgardo Cozarinsky, Aníbal Ford, Germán Leopoldo García, Ernesto Goldar, Luis Gregorich, Josefina Ludmer, Juan Carlos Martini Real, Graciela Maturo, Angel Núñez, Jorge B. Rivera, Eduardo Romano, Nicolás Rosa, Beatriz Sarlo Sabajanes y Norberto Soares*; 4) las preguntas fueron, aproximadamente, las siguientes:

I) ¿Cómo ve usted la situación de nuestra literatura aquí y ahora? O bien, formulando eso mismo de otra manera: ¿cuál es a su juicio en la actualidad el estado de la producción literaria, específicamente, en la Argentina y, en general, en América latina? Ejemplifique en lo posible con algunos textos.

II) ¿Cómo se inserta en ese particular contexto la labor crítica? ¿Cuáles son los problemas que afronta, qué función cumple y qué tareas debe o debería cumplir?

Hasta aquí el planteo, que al parecer apelaría a una impecable objetividad. Pero ésta resulta difícil de mantener cuando se piensa que la Literatura —esos únicos textos legitimados— no es más que la lectura institucionalizada por el sistema, por su Cultura, que consecuentemente exige (y obtiene) una Crítica explicativa y reverencial, sólo apta para poner el moño consagradorio de los manuales e historias: ajuste preceptivo y ubicación cronológica que implican la definitiva canonización de tales textos. Cabe entonces denunciar la gran estafa de la prescindencia y asumir un puesto de combate —si limitado no menos verdadero— en el terreno de la producción de ideologías, en esa zona específica de la realidad donde la lucha por la liberación nacional se da de un modo tal vez más intrincado y sutil que en otras áreas de enfrentamiento.

Buenos Aires, 14 de mayo de 1973.

* Por razones de espacio se ha decidido publicar las respuestas en dos entregas. Las ocho restantes aparecerán en el próximo número de *Latinoamericana*.

NORA DOTTORI

A la luz de la Revolución Cubana y de las luchas por la liberación social y nacional emprendidas por otros pueblos latinoamericanos —incluido el nuestro—, los testimonios de vidas del norteamericano Oscar Lewis —al margen de sus conclusiones en el plano ideológico— abren una brecha importante para una concepción antropológica de la cultura y permiten vislumbrar una nueva forma literaria; una forma que, sin implicar necesariamente la decadencia de la ficción (aunque tal vez podría tratarse de ello), pone al desnudo y plantea con claridad la tan manoseada y controvertida relación entre literatura y política. Así, la literatura testimonial, documental, o como se prefiera llamarla, se transforma en arma de una eficacia política nada desdeñable cuando lo que se quiere es revelar, denunciar con urgencia ciertas realidades; la denuncia “novelada”, por el contrario, ingresa de inmediato en la categoría sagrada —y por lo tanto inocua— del “arte” y pierde su posible eficacia al ser incorporada como tal en la órbita del sistema. (Al delimitar la práctica de este tipo de literatura en la Argentina, pienso en Rodolfo Walsh, y, aunque se aparte de la ortodoxia del modelo inicial, en *Las tumbas* de Enrique Medina.)

Porque hoy más que nunca, en que en Latinoamérica marchamos hacia cambios revolucionarios —ya lo atestiguan la Revolución Cubana, el proceso chileno, o la otra cara, el endurecimiento imperialista, el fascismo desemboza-

do del régimen brasileño— la literatura no puede —no debe— separarse de la política; hay más bien que subordinarla a ésta. Así como es posible esgrimir a aquélla como arma de lucha ideológica también es posible para el crítico —siempre que articule esta “tarea” con formas superiores de lucha— convertir a la llamada “crítica literaria” en una crítica política, crítica que denuncia las manifestaciones propias de un país capitalista dependiente como la Argentina que se dan en el plano superestructural, la forma en que las clases dominantes ejercen su hegemonía a través del copamiento y consecuente manejo de los medios de comunicación masivos, el reflejo de esa realidad en la literatura dado por los intelectuales que, compartiendo las pausas del sistema, lo fortalecen y apuntalan deliberadamente y los que, siendo su ciego instrumento, hacen otro tanto.

En la Argentina tal crítica no existe o, al menos, no existe de manera sistemática y consecuente. En ese sentido, la crítica ejercida por David Viñas, especie de versión lukacsiana de las relaciones entre literatura y política en nuestro país, no ha tenido instancias superadoras.

Sería ilusorio además hablar de una crítica “revolucionaria”; para esta tarea y en la presente etapa, los canales de mayor “influencia” son los que proporciona el sistema a través de los medios que controla, donde es posible, en ocasiones, una lucha a contrapelo y en visible desventaja. (Paradójicamente, no obstante, se dan casos curiosos: los escritores que se autoinstituyen en “vanguardia”, los que jue-

gan a los "malditos", a pesar de su declamado repudio por los medios, suelen gozar de prensa harto favorable y más bien no parecen disgustarse ante el hecho; recién cuando ocurre lo contrario ha llegado el momento de imprecisar a los medios y al sistema, a los críticos que "no pueden" hacerse cargo de sus esclarecidos textos. Por medio del amiguismo, del bombo mutuo —y también, ¿por qué no?, del autobombo, ya que muchos de ellos están encaramados en los mismos medios— montan en periódicos y semanarios trabajosos andamiajes laudatorios y glorificadores, totalmente ajenos a la realidad de sus obras "de avanzada"...)

La otra crítica existente acá es la de la derecha, asimilable a la universitaria, de la que tal vez sea preferible ni hablar; también están la populista y la cientificista. La populista es xenófoba, encubiertamente macartista y paternalista, y limita sus vinculaciones con la política a la denuncia de la penetración imperialista. La cientificista, por su parte, dice repudiar a la crítica académica, pero, con notable ceguera, es escolar ella misma; reaccionaria en tanto descriptiva, aséptica, versión modernizada de la estilística, paradigma de la cultura del neocolonizado, elude toda definición ideológica. Encuentra su máxima inspiración en *Tel-Quel* y *Communications* y basa su eficacia en la copia fiel de Roland Barthes *et al*, trasladando mecánicamente "modelos". Allí donde terminan sus análisis debería comenzar la crítica. Así, ambas variantes no son más que expresiones opuestas del continuismo burgués: una no radicalización de los procesos con el pretexto de la identidad nacional, y un espiritualismo que hasta llega a proclamarse materialista.

Y esto nos remite a una condición ineludible de toda crítica verdaderamente revolucionaria: la humildad, el reconocimiento implícito de que, en una etapa de transición, ha de ser una crítica que se construya paso a paso. Esperar el advenimiento de la revolución social para, mágicamente, pasar a ejercer la crítica revolucionaria, sería, además de deshonesto, bastante ingenuo. La transformación revolucionaria de la sociedad no instaurará, automáticamente, todos los cambios superestructurales. Es el crítico quien, vinculando orgánicamente su quehacer específico con la lucha revolucionaria de las masas, irá articulando las nuevas instancias.

ANIBAL FORD

Pienso que en los últimos años, en especial, se han producido cambios importantes en la crítica argentina. Cambios que implican una problematización de la concepción de la cultura, de los procesos ideológicos, de las relaciones de infraestructura y superestructura. En ello influyeron, junto a los cambios políticos, económicos y sociales, factores de diverso tipo. Por un lado, el desarrollo de un pensamiento revolucionario nacional, a la sombra de síntesis precursoras, como la de Hernández Arregui y de los que lo precedieron y siguieron; las lecturas críticas y no dependientes de pensadores tan diferentes como Gramsci, Fanon, Althusser, etc.; los diversos replanteos de la problemática cultural e ideológica en el marco de la historia concreta y propia de los países dependientes, etc. Por otro, las formas en que se acentuó, en especial a partir del desarrollo de la TV, el papel de los medios de difusión como aparatos de control social y de presión ideológica, función que vino a sumarse a la cumplida tradicionalmente por la escuela. (Este fenómeno reestructuró en gran medida el sistema cultural y provocó un enfoque de los medios que no coincide ni con las críticas elaboradas por la cultura de élite ni con las recuperaciones sofisticadas que de ellos realizaron las vanguardias estéticas o sociológicas del neocolonialismo.) Por último un factor que considero fundamental: la inserción de gran parte de los críticos en la industria cultural, críticos que, a partir de las contradicciones que esto implica, realizaron su obra en un marco diferente al del regodeo superestructural. (Una obra, por otra parte, mucho más importante que la realizada por los intelectuales que se cobijaron a la sombra de los aparatos culturales oficiales, como lo evidencia, por ejemplo, la pobreza de lo producido en estos años por la crítica universitaria.) En este proceso, que apenas apuntamos, el campo de lo literario se diluyó en buena parte. Simplificando, podría decirse que se pasó de la crítica literaria a la crítica político-cultural. Esto, a partir de una concepción antropológica de la cultura, de su exploración como significado y mercancía, del estudio de su producción, distribución y consumo, y de su funcionamiento en un contexto histórico dado. Con toda seguridad, muchos de los que contestan este cues-

cionario no han limitado su crítica a lo que entendemos tradicionalmente como literatura sino que la han extendido a la industria cultural, a los medios de difusión y a los más diversos tipos de mensajes culturales e ideológicos.

Puntualizado esto y a pesar de que considero que no se puede aislar el proyecto crítico de las pautas de trabajo bajo las cuales se realiza, trataré de contestar la segunda pregunta.

Pienso que el trabajo crítico debe ser un trabajo de afirmación de la conciencia nacional y popular, una forma de enfrentamiento con la sociedad de clases y con el imperialismo. (Un enfrentamiento no autónomo, sino interrelacionado, y en última instancia determinado, aunque a través de complejas mediaciones, por la lucha económica y política.) Es decir, por un lado, como ataque a la cultura dominante, a la cultura reproductora del sistema clasista y dependiente, naturalizadora y confirmadora del orden existente, a la cultura de la apropiación, de la reificación, de la alienación, de la mitificación, de la represión, etc. Por otro lado, como afirmación y exploración de los procesos que se oponen a la cultura dominante, a esas formas culturales que a pesar de estar sometidas a la expropiación, a la recuperación desdialéctizadora, a la represión, fueron o van formando, junto a las otras luchas, una conciencia nacional y popular.

Si lo primero nos remite a un corpus claramente identificado —que puede ir de la producción de textos escolares a la publicidad manejada por las empresas multinacionales, de los suplementos de *La Nación* o *La Prensa* a la política cultural del régimen, de las formas que adquirió entre nosotros la literatura arquetípica a las series yanquis, de los seudo-nacionalismos a las formas de la división del trabajo intelectual, etc.—, la segunda instancia nos remite a una zona más compleja y a la que denominamos con términos muchas veces tergiversados y mitificados: cultura popular, cultura nacional. El desenfoque o el olvido con respecto a estas zonas, en especial con respecto a la primera —un concepto que introduce la lucha de clases en el territorio de la cultura— se debe a diversos factores que vale la pena puntualizar. En primer lugar la persistencia del concepto burgués de cultura, que transforma a ésta en un bien universal, al margen de la historia, un concepto que hace de la cultura de una clase la cultura universal,

la única cultura, la civilización. Un concepto que tiene una vertiente elitista (diferenciadora, apropiadora, sacerdotal) y una vertiente reformista, distributiva y en última instancia represiva. Para ésta la cultura es un bien universal que hay que distribuir entre las masas carentes de cultura, es decir “incultas”, “bárbaras”. (Una distribución, por otra parte, que comienza históricamente a funcionar a partir de la necesidad de las clases dominantes de reproducir el sistema.) Pero las negaciones con respecto a la cultura popular no tienen sólo este origen. Están implícitas, por ejemplo, en las afirmaciones, provenientes de desviaciones ultraizquierdistas, de que la cultura dominante lo inunda todo. De ahí se termina reconociendo como único centro impugnador de la cultura dominante a la subversión directa o a la ortodoxia, según los casos, y se otorga a las clases populares un rol pasivo, no creador, carente de iniciativa histórica (iniciativa que muchas veces es reducida a espontaneísmo, un término a menudo utilizado con una gran carga de prejuicios derivados del evolucionismo y del positivismo), un rol vacío, alienado por el sistema. (Hecho que de ser cierto, por ejemplo, no explicaría el poco peso que tuvo la publicidad defensora del sistema sobre el electorado que votó el 11 de marzo.)

Pero con respecto a la cultura nacional y popular, concebida en los términos en que tratamos de ir definiendo, se plantean también problemas con respecto a muchos de los que hacen su exégesis. Dejando de lado las variantes derivadas del pensamiento nacionalista burgués (pensamiento sin embargo importante en cierta etapa de nuestra historia cultural, como puede ser el caso del Rojas de *La restauración nacionalista*), me refiero, fundamentalmente, al traslado indiscriminado de tesis provenientes de países del Tercer Mundo cuya historia, estructura de clases y forma de dependencia son diferentes a las nuestras. Así sucede con ciertas lecturas y traslados mecánicos de las tesis de un pensador fundamental en el campo de las relaciones entre política y cultura: Frantz Fanon.

Todo esto me lleva a puntualizar que una redefinición de los conceptos de cultura nacional y cultura popular debe apoyarse en el análisis concreto de la historia argentina —en el marco de la historia de América latina—, de la forma que adoptó en nuestro país la lucha de clases y del tipo de dependencia al

que estamos sujetos. No serán los códigos de la cultura burguesa ni los análisis hechos sobre otras realidades los que indicarán el camino para valorar los procesos culturales que influyeron efectivamente, a veces a partir de precarias contraideologías, en la formación de una conciencia de clase (en un país donde, no lo olvidemos, la historia de las clases explotadas es compleja y cruzada por la inmigración externa y por la migración interna) y de una conciencia antiimperialista, de una cultura que no se hunde sino que marcha y crece junto al proceso de liberación y cuyo corpus complejo, contradictorio y en gran parte perdido, puede ser explorado en fenómenos diversos, que van de la producción de los marginados a los pensadores nacionalistas y revisionistas, de las lecturas de los medios de comunicación que hace el proletariado industrial a las manifestaciones populares, de los payadores anarquistas y radicales a los ídolos de la etapa peronista, del proteccionismo cultural a la producción de los intelectuales marginados o insertos en la industria cultural, de la vida cotidiana y las organizaciones de barrio al carbón y la tiza, del periodismo obrero al periodismo de denuncia, del cine populista al cine de liberación, y en tantos otros fenómenos en los cuales se fue y se va articulando, muchas veces de manera precaria y contradictoria, una respuesta ante la cultura dominante, directa o indirectamente unida a las luchas populares.

LUIS GREGORICH

1) La pregunta es tan general que no tiene una sola respuesta válida sino varias. Personalmente no me gustaría incurrir en ninguna que fuese inverificable o bien obvia. Por eso no voy a contestar que la literatura latinoamericana (en bloque) se orienta hacia formas más acentuadas de compromiso político y social, ni que resulta evidente que ha alcanzado su madurez artesanal. Quizás primero hubiese que redefinir eso que llamamos "literatura nacional", "literatura latinoamericana", que para mí están lejos de constituir un corpus definido y que más bien son comodines consagrados por el prestigio y la costumbre, dentro de los habituales compartimentos estancos de una cultura dependiente. Puedo dar, sin embargo, un tes-

timonio, una opinión absolutamente empírica, de cuya vigencia generalizada soy el primero en descreer. Tengo el privilegio o la desgracia de dirigir una colección de narrativa en una conocida editorial, que de algún modo delega en mí el trato con los autores y la elección de los títulos. Este papel de intermediario, en cierto modo ambiguo, me permite observar de bastante cerca el proceso productivo que es, después de todo, la literatura, tanto desde la perspectiva de las actitudes y expectativas personales de sus productores como desde el ángulo de los logros tácitos o explícitos de sus textos, aparte de instalarme dentro del ámbito de elaboración industrial del libro. A mis manos llegan todos los días originales de cuentos y novelas, en pequeña medida pertenecientes a lo que llamamos "buena literatura" y en mucha mayor proporción residuos de la vasta escoria subliteraria que, sin embargo, tiene la misma intencionalidad y acata los mismos modelos que los otros textos más afortunados. Esta última producción es la que me interesa singularmente, más allá de esos islotes a los que conferimos el título y la función de "buenos" escritores, y de ella puedo hablar con más conocimiento de causa que el que tengo respecto de todo lo que en la actualidad se escribe y publica en América latina. En primer término, es fácil advertir que la literatura, como otras actividades superestructurales, cuya utilidad y formas de consumo son dictadas más o menos arbitrariamente por las clases dominantes, aún posee un prestigio y una sacralidad que no guardan ninguna relación con el valor de uso de sus productos. La potencia ritual del acto de escribir es, para quien escribe, mucho más importante que el destino final del texto escrito. La peor novela o el más tosco relato constituyen, para sus autores, un motivo de orgullo y autoafirmación mayor, mucho mayor, que un buen mueble para el carpintero que lo hizo. Si se pasa directamente a los textos, se encuentra, después de leer miles de páginas de pretendida prosa narrativa, un único relato arquetípico articulado en el mito de la "experiencia" o la "formación", en el que siempre el protagonista (o los protagonistas) se "inicia" en la vida y en el mundo, a través de un ciclo de éxitos y crisis, ligado muy claramente a núcleos de significación bien elocuentes (sexo, dinero, voluntad de consumo y de poder, etcétera). Una investigación sobre esta producción residual se-

guramente sería fecunda y demostraría conexiones insospechadas.

Se me pide ejemplificar con algunos textos. Ya que resulta imposible hacerlo aquí con productos de la zona mencionada, consignaré algunas de mis preferencias y repulsiones de lector, como simple curiosidad periodística. Me limitaré también a la narrativa. Ante todo, lo que no me gusta: la escritura de segunda mano, que o bien propugna el valor "absoluto" y "profundo" de la literatura, o bien degrada lo literario hasta la insignificancia del kitsch. En general se trata de obras que exhiben con ingenua vanidad sus chafalonías como si el texto fuera un escaparate que se puede contemplar a través del vidrio. El ejemplo más ilustre es Sábato, el más módico Gudiño Kieffer. Entre ellos, la larga cadena de las Silvina Bullrich, Luisa Mercedes Levinson, Alicia Jurado, y los Eduardo Mallea y Abelardo Arias. En cambio, siento placer al leer textos cuyo trabajo de escritura es consciente de sus propias limitaciones y se asume sin énfasis y con una especie de distancia irónica. En vez de mencionar nombres muy conocidos, voy a llamar la atención sobre los escritores que más me han impresionado en los últimos años. En América latina unos pocos: México, Elena Poniatowska; Cuba, Reinaldo Arenas; Brasil, Autran Dourado; Bolivia, Néstor Taboada Terán; Chile, Carlos Ossa. En la Argentina, empiezo con una tanda de narradores jóvenes, sin orden de prioridad: Jorge Asís, Mario Szichman, Alicia Steimberg, Oscar Peyrou, y termino con un cuentista de la estatura de Horacio Quiroga, Borges y Cortázar, afortunadamente ignorado aún por la cultura de consumo: Isidoro Blaistein.

11) En el particular contexto que acabo de mencionar la labor crítica no se inserta, desgraciadamente, de ninguna manera. La extensión del concepto de literatura ha alcanzado ya a las literaturas marginales, como la narrativa popular, la novela policial, el texto cinematográfico o televisivo, la historieta y otras, pero no incluye todavía al inmenso material no publicado y que quizás nunca se publique. Realmente considero que un estudio estructural y genético de todo este despilfarro textual aportaría un poco de luz a preguntas como: ¿cuál es el origen de la literatura?, ¿cuáles son los límites de lo literario?, ¿pueden existir criterios de valor seguros para juzgar una obra literaria?

La segunda parte de esta pregunta empieza

interrogando acerca de la supuesta función de la crítica (literaria), supongo que en nuestro país. No creo que exista nada parecido a una función con mayúscula; sí, en cambio, unas cuantas funcioncitas según el teatro de operaciones de los respectivos críticos (aceptemos en otorgar nombre a quienes se lo dan por propia cuenta).

Por un lado hay una crítica de diarios y semanarios que existe para reafirmar códigos de lectura manejados por los respectivos sectores sociales que forman la clientela de tales órganos. En este sentido, todo lo que puede decirse es que hay una visible decadencia, aun si se es muy tolerante, en la crítica de los diarios tradicionales (*La Nación*, *La Prensa*); pintorescos ejemplos de ignorancia y chabacanería son las "dobles" entrevistas hechas por María Esther Vázquez en *La Nación*, sobre todo la de Borges y Gudiño Kieffer, y la de Pezzoni y Pagés Larraza. Una única señal positiva, aunque no se trate de una labor sistemática y continua, puede encontrarse en los comentarios literarios del diario *La Opinión*. Por otro lado, tenemos una crítica "universitaria", originada en las facultades de letras de todo el país, cuya función consiste en consolidar el fetiche prestigioso de la literatura, como pieza dilecta de una cultura clasista. En los últimos años esta crítica, con sus cátedras asépticas y sus estudios bizantinos, fue una impecable expresión del programa cultural y educativo del gobierno militar. Quizás debieran mencionarse aún ciertos bosquejos críticos radiales y televisivos, de función semejante a la crítica periodística; en este ámbito, vale la pena citar la audición *Diálogo en la ciudad*, propalada por Radio Municipal y cuya extraordinaria eficacia cómica reside, aparte de ser involuntaria, en su carácter de remedo caricaturesco de la concepción aristocrática de la cultura.

¿Qué problemas afronta la labor crítica? Esta pregunta se conecta con la siguiente, que se refiere a las tareas específicas de esa labor. Los problemas son, naturalmente, los mismos del país, sujeto desde hace años a un régimen dependiente y colonial, que nada ha hecho por la creación de una cultura nacional y popular. En cuanto a las tareas concretas, hay diferentes áreas en las que podrían canalizarse —y, de hecho, creo que están comenzando a hacerlo—. Ante todo, habrá que asediar la producción literaria desde la perspectiva del proceso mate-

rial, con sus cifras y planteos anexos acerca de la industria de la cultura y de la penetración imperialista en este territorio. Todos los problemas básicos de sociología de la literatura han de ser ampliamente tabulados. Al mismo tiempo que la investigación se propone nuevos caminos, debería constituirse, cada vez con mayor firmeza, una crítica cotidiana en los medios de comunicación masivos —diarios, periódicos, radio, televisión— cuya finalidad fuese un metódico desmontaje de los mitos y ficciones de la cultura dependiente, y, simultáneamente, una positiva revisión de nuestra literatura. Naturalmente, el vocabulario y el tono de esta última crítica deberían tener la suficiente transparencia y humildad como para no ahuyentar a un público lector numeroso. Por fin, queda una última área consagrada a los estudios teóricos, a investigaciones más generales sobre la literatura y sobre textos concretos, cuya relación con las dos zonas anteriores es, sin embargo, obvia. Si nuestra generación de críticos fuera capaz de señalar caminos válidos para este triple itinerario, creo que bien podría sentirse justificada.

JOSEFINA LUDMER

Las dos novelas de Manuel Puig dominan, con un peso aplastante, el panorama literario argentino de los últimos años; lo signan (en todos los sentidos posibles del término: lo escriben, firman, sellan, marcan); después de *La traición de Rita Hayworth* y de *Boquitas pintadas* es “literalmente” imposible la inocencia narrativa, puesto que hay dos problemas literario-sociales básicos que nunca habían sido escritos en la Argentina contemporánea (salvo por Borges, pero desde otro espacio) del modo en que lo hace Puig: el simple hecho de emitir un relato escrito y la elección del registro exacto, en el interior del reservorio lingüístico, donde toma sus elementos quien narra. En las novelas de Puig el hecho de narrar se convierte en un drama, en un trabajo aterrador, porque no hay una voz nacional y social capaz de hacerse cargo de la narración; no hay una región de la palabra a la que pueda otorgársele el crédito de “narrador”, no hay nadie que pueda situarse por encima de ese mundo porque no hay no sólo voz sino subcultura lingüística capaz de hacerlo (en una palabra: en Puig es imposible

una lengua ley), de modo que la instancia “narrador” es problematizada en la medida en que se problematiza la posibilidad de detentar una zona de la lengua capaz de contar, sin ser “personaje”. *La traición* es una empresa de conjuración de la afasia no sólo para el personaje central (Toto, a quien su padre impuso silencio) sino, sobre todo, y desde el punto de vista social, para quien se arroja a la escritura sin tener voz propia hoy en la Argentina.

Si en *La traición* hay sólo un grabador o un transcriptor de “voces” habladas y de escrituras diversas, en *Boquitas* lo esencial es la proliferación de voces y narradores: el relator del informativo meteorológico y de la radionovela, el relator “escribano público”, el copista que transcribe lo escrito en fichas, noticias, inscripciones; esas voces o escrituras “de nadie”, sin “persona”, sociales, “habladas”, públicas, anónimas, son sometidas a un juego que consiste fundamentalmente en la apropiación (de eso, que es lo despropiado), apropiación que, simultáneamente, se despropia: al trabajo de transformación de los narradores se añade un distanciamiento constante, una suerte de indecisión entre la parodia y el “respeto”, entre el sentimentalismo y el sensualismo que denuncian, finalmente, la radical ambigüedad de la enunciación y hacen de las novelas de Puig un modelo de lo que hoy puede ser la puesta en evidencia de la relación que existe entre la narración y lo que significa, en un plano ideológico y social, narrar.

La escritura de Puig se destaca, aislada, en medio de la chatura, el anacronismo y, paradójicamente, la “puesta al día” de los grandes nombres; en los últimos meses aparecieron, sin embargo, una serie de textos que plantean problemas básicos a la crítica, pues no hay, en el mercado, un espacio concreto que pueda leerlos.

Curiosamente esos textos, salvo uno, se exhiben como “poesía”; en ellos se confiesa abiertamente, para uso de los lectores, el carácter específico que asume la escritura: se trata de un tipo de funcionamiento de la significación que no puede ser leído como “testimonio”, “reflejo de la realidad”, “verdad”, sino como una especie de anomalía, un fuera de la ley que remite y no remite al referente al mismo tiempo, que es concreto y general, afirmativo-negativo, zona preferida de la polisemia, lenguaje transitivo-intransitivo, donde la palabra comuni-

cativa pierde valor: lugar que se abre donde se cierra lo hablado.

El texto en prosa, el "relato", es *El frasquito*, de Luis Gusman, cuyo rasgo esencial es la ingenuidad (querida y provocada) de hacer una escritura contradictoria en sí misma, es decir, totalmente limpia de lo que se denomina proceso secundario; la construcción del texto se funda en la mera enunciación de la fantasía, en la exhibición de una serie de "cuadros", gestos de cine mudo donde se manifiesta la eficacia poética del cuerpo; esto hace que no pueda leerse como un "relato de" algo, sino como "el relato" arquetípico, lo inscripto por excelencia.

Los "poemas" son:

La mesa — *Tratado poeti-lógico* (que por una decisión anacrónica respecto del mercado apareció sin nombre de autor; consta, en cambio, el de su madre) de Darío Cantón: un "tratado" sobre la mesa, donde se suscita, mediante una extraordinaria parodia del pensamiento universitario, una relación cognoscitiva que trabaja sobre la afirmación-negación permanente de lo ya sabido, que "sabe" porque "rememora" no una entidad (la mesa como objeto) sino un sintagma: "la mesa", y convoca a la totalidad del "saber" para construir un tipo de ciencia materna que es poesía, negando específicamente la escisión que practica la sociedad burguesa entre lo poético y lo prosaico, lo culto y lo popular, lo divertido y lo instructivo.

Partitas, de Leónidas Lamborghini, explota al extremo la conciencia de la polisemia, su "racionalidad": exhibe, mediante la repetición obsesiva de una serie de palabras y sintagmas (tomados de reservorios populares y despreciados), el proceso de su transformación y diferenciación, punto clave donde se articula el funcionamiento simbólico; en *Partitas* todo el lenguaje aparece como susceptible de ser cambiado, se desdobra y despliega sus posibilidades productoras, es tejido y negado, pierde su inocencia.

La obsesión del espacio, de Ricardo Zelarayán, instala, en el centro de una ingenuidad "natural", un juego verbal radicalmente heterogéneo, cruzado por multitud de voces: campesinas, populares, corporales, "literarias", "filosóficas", que dialogan en retazos de relatos siempre abortados; lo que connota en esos poemas es la variedad de tonos, las diferencias fonéticas, pronominales, los "signos" de interrogación, los paréntesis, la superposición de una serie de len-

guajes que se niegan mutuamente, la dialéctica entre lo "noble y lo "paria".

El rasgo común de estos textos es la conciencia con que trabajan sobre "lo otro": desde Puig, que narra siempre desde voces no propias, pasando por *El frasquito*, enmarcado por "el otro" (se abre con el asesinato del otro por excelencia, el mellizo, y se cierra en el encuentro con el otro), por *La mesa*, regida enteramente, en tanto parodia, por el pensamiento de la monografía pseudocientífica, hasta *Partitas*, cuya materia prima más productiva es lo dicho o escrito por otros, y *La obsesión del espacio*, que desorienta desde el "otro registro", la escritura y su trabajo, las voces "otras", entre ellas las de la cultura campesina. Eso otro, esa zona impensada, clandestina, segada (y no se trata sólo de las dos regiones fundamentales abiertas por Freud y Marx: el inconsciente y los procesos de producción; se trata del reino de la letra, de lo que puede producir, encarnada, la letra) es lo que domina en este conjunto de textos. Y es evidente que la crítica argentina oficial, la crítica de los medios, la crítica burguesa y universitaria (y aquí me remito, en bloque, a mi respuesta a la encuesta de *Los libros*, nº 28, septiembre 1972) no puede abordarlos: a Puig se lo leyó como camp, como realista costumbrista, como testimonio, utilizando lugares comunes como la "alienación por el cine en un pueblo de provincia" (y el único trabajo, situado en el extremo opuesto de esa crítica dominante, que realmente penetró la escritura de Puig es el de Ricardo Piglia, que se centra en un tópico materialista por excelencia: el cuerpo). Es evidente que la crítica oficial no puede leer y que, por lo tanto, niega la escritura, porque está fundada teóricamente, a veces sin saberlo (con ese tipo de desconocimiento semejante al de Edipo) en el idealismo: olvida la materia significante de los textos con los cuales trabaja, no analiza su eficacia y la relación de esa materia con el sentido instituido; salta por encima de las palabras escritas y los conjuntos que éstas configuran y se instala en lo que los críticos sienten como "más real": las cosas y los significados; se hunde en el referente; opera con una parcelación metodológica y al mismo tiempo totaliza desde el punto de vista semántico. Esa crítica burguesa, idealista, represiva, paternalista, ecléctica, mecanicista-populista, tecnocrática (que sólo desaparecerá con la transformación revolucionaria de la so-

ciudad) es el marco que rodea constantemente "otra" posibilidad de trabajo crítico.

GRACIELA MATURO

I) Entiendo que por "actual", en América latina, no se entiende sólo el material literario que acaba de ser publicado —en eso mis lecturas andan algo atrasadas, en parte por falta de tiempo y por la dificultad de conseguir libros de otros países latinoamericanos, en parte por una natural disposición a leerlos cuando han pasado los primeros ecos de su publicación— sino un gran caudal de obras pertenecientes a las últimas décadas. (La fijación de un hito cronológico, que podrían marcarlo, cerca del 50, obras como *Al filo del agua*, de Agustín Yáñez, y *Adán Buenosayres*, de Leopoldo Marechal, se hace un tanto incierta cuando se piensa en el sentido fundador que, para la literatura del continente, adquieren los libros de Azuela, Rivera, Pedro Prado, Icaza, Callegos, Ciro Alegría, Roberto Arlt, disímiles entre sí, proyectados en mayor o menor medida a la búsqueda de nuevos modos expresivos, y con distinto grado de originalidad y lucidez crítica.)

Me refiero a la novela porque su primacía es indiscutible dentro del panorama literario, primacía que se acentúa especialmente en los últimos años. Sólo la proteica libertad del lenguaje novelesco parece adaptarse a la plural intencionalidad expresiva del escritor latinoamericano. Y cuando hablo de América latina hablo también, desde luego, de la Argentina, cuya singularidad es asimismo una manera de ser totalmente latinoamericana.

La poesía como actitud configurada y simbólica de la realidad sigue manifestándose a través del poema, donde alcanza —aunque pocas veces— la capacidad de síntesis expresiva de Octavio Paz o el poder comunicativo directo de Ernesto Cardenal. Pero el campo específico de la actividad poética es ahora en gran medida la novela, que tiende a transformarse estructuralmente en una superunidad poemática integrada por elementos que no pertenecen clásicamente al orden expresivo del poema. Esta característica no es aplicable a todo el ámbito de la novelística latinoamericana, pero define a mi ver su más ambiciosa tensión. El afán de totalidad y

simultaneidad es evidente en "sumas" literarias como *Adán Buenosayres*, *El siglo de las luces*, *Rayuela*, *Todas las sangres*, *Gran sertão: veredas*, *Paradiso*, *Cien años de soledad* y *Megafón*, aparecidas todas, salvo la primera, en la fecundísima década última. Se trata de abarcadoras síntesis a través de las cuales se expresa una conciencia histórico-cultural; y ellas no aparecen ya como culminaciones aisladas sino que emergen dentro de un contexto novelístico particularmente rico, al que pertenecen las importantes realizaciones de Asturias, Rulfo, Onetti, Manuel Rojas, así como las de variable nivel e intensidad debidas a Vargas Llosa, Sábato, Viñas, Di Benedetto, Fuentes, Benedetti, Donoso, Roa Bastos, Renato Prada, Puig, Conti, González León, por dar solamente algunos nombres. Una novelística de semejante envergadura es un sistema viviente de correspondencias, una dialéctica que se encarna en el plano de la ficción metafórica con mayor o menor grado de conciencia de parte de sus interlocutores, pero que los expresa más allá de su voluntad de significación. Era fatal que existiera la tentación de la contraseña interna, y al ceder lúdicamente a ella muchos de esos autores dejan que su mensaje sea parcialmente "reabsorbido en espectáculo", como diría Barthes. Pero, contrariamente a lo que este crítico postula sobre una teórica dilución del sentido (que acaso sea aplicable a la novela francesa, a cuya conciencia responde Barthes en cuanto crítico, o a alguna figura insular como Jorge Luis Borges, para quien, coherentemente, *Latinoamérica no existe*), los escritores latinoamericanos expresan rotundamente una etapa del devenir histórico-cultural de un grupo de naciones y afirman de mil maneras directas e indirectas su participación en ese proceso a través de obras que alcanzan alto grado de perfección estética por su significatividad extraordinaria. Frente al "vaciamiento de sentido" que tiende a producir, por múltiples tácticas, el sistema burgués liberal vigente en la mayoría de los países latinoamericanos, los escritores se han lanzado a una violenta y revolucionaria "recuperación del sentido" que conjuga todos los planos: individual y social, gnoseológico y activo, así como se vale de todas las formas y los lenguajes. Sus obras son el índice de la madurez cultural alcanzada por los pueblos de América latina.

II) La ratificación de tal madurez la provee el surgimiento de una crítica que tiende a ha-

cerse acorde con el desarrollo y nivel alcanzado por esa creación literaria. Esa crítica es plural, y abarca enfoques que van desde el estudio científico de la literatura hasta el ensayo de cualidades eminentemente creativas.

La crítica latinoamericana de los últimos años, especialmente la esparcida en revistas, ofrece un panorama de cierta riqueza. Además de las posturas críticas tradicionales, se ofrece —con mayor interés— un buen número de páginas de excelente calidad debidas a los propios actores del quehacer literario: Octavio Paz, Carlos Fuentes, Julio Cortázar. (No así, por ejemplo, Vargas Llosa, aunque lo afirmo por razones totalmente opuestas a las de Angel Rama.) Por otra parte, es notable la aparición de críticos que en la última década han venido trabajando con nuevos métodos, incorporando —a veces con legítima reelaboración, otras con excesivo servilismo— las pautas predominantes en la crítica europea. Muchos trabajos han reflejado así, sucesivamente, la prioridad de los enfoques sociologista, psicologista, lingüístico o semiológico. El último impacto, que procede de la antropología estructuralista de Lévi-Straus, viene a revitalizar enfoques ya existentes en el campo de los estudios literarios, contrapesando la visión historicista impuesta en los años últimos por la crítica formada en el marxismo.

La corriente estructuralista ha introducido un saludable rigor en los estudios literarios, al incorporar definitivamente a ellos la metodología y las técnicas de análisis que se aplican en otros ámbitos de las ciencias humanas. Pero sin duda su misión más importante ha sido enfatizar la noción de que la obra literaria es un signo total, una unidad cuyas partes se ensamblan arquitectónicamente en función de una intencionalidad significativa.

Descubrir esa intencionalidad, evaluarla, calificarla, es para mí la función de la crítica. Sin embargo, he observado a menudo que los estudios literarios encauzados dentro de las pautas estructuralistas se detienen en el análisis formal sin asumir el peso —y el riesgo— de una síntesis interpretativa y, menos aún, de una estimación. Creo posible aceptar la polarización de los estudios literarios en dos campos bastante independientes: el de la investigación literaria (que aspira a una "ciencia de la literatura", como proponen los alemanes) y el de la crítica propiamente dicha.

Entiéndase bien, no hablo en nombre de un

"deber ser" de los estudios literarios. Es necesario, y legítimo, que se desarrolle la investigación científica de la literatura, como la del lenguaje o la de cualquier otro sector de la realidad objetiva natural o cultural. Indiscutiblemente, es necesario que el crítico conozca y maneje esos procedimientos, asimile sus conquistas. Simplemente estoy tratando de deslindar las características de la función crítica, vedada, al parecer, al investigador desde el plano de rigurosa y aséptica objetividad en que se sitúa.

Entiendo que la configuración de un *sentido* no "resulta" de la constatación de elementos y funciones en la obra, y sólo puede alcanzarse mediante un salto cualitativo que permita actuar a la intuición comprensiva. En muchos casos la previa existencia de esa intuición puede regir beneficiosamente la investigación y el análisis. Además, el crítico no puede presumir de "objetividad". Inserto a su vez en el total sistema de la cultura y de la historia, y —se supone— capaz de alguna definición personal dentro de éste, su aproximación a la obra hace de él el polo receptivo estético y estimativo que la totalidad del acto literario reclama. En cada crítico (en cada lector, y el crítico es teóricamente el que propone una lectura, la suya) el acto de la creación literaria se completa, así como se hace vigente la palabra en el acto de comunicación. No hay lenguajes totalmente privados; para que sea *lenguaje*, debe haber alguien que lo reciba, aunque sea ese remoto lector de que hablaba Cortázar. Estéticamente, ese lector único hace válido el lenguaje; éticamente, históricamente, desde luego que no.

Defiendo pues la existencia de una crítica "comprometida" (aunque no sea en el sentido político excluyente que hace unos años se dio a esta expresión). La misión del crítico será, sobre todo, situar a la obra literaria como *signo* dentro del sistema cultural y de la evolución histórica a cuyo complejo pertenece, estableciendo la intensidad, verdad y coherencia que ese signo alcanza. Es indudable que tal apreciación no podrá darse *desde* el análisis científico, y si solamente desde la propia afirmación estética, filosófica, ética, política y/o religiosa del crítico. Esta actividad la considero sumamente fecunda en cuanto a la producción del diálogo y el debate que son tan necesarios para la vitalidad de una atmósfera

cultural. Por otra parte, la crítica así entendida es el resonador de la producción artística, a la que, insensiblemente o no, puede regular mediante sus exigencias. El desplazamiento de la actividad crítica por el análisis científico (que *no* la sustituye) deja en cambio un vacío de neutralidad a-receptiva que conspira contra la creación misma.

No es extraño que muchas de las obras modernas incluyan su propia crítica, u ofrezcan pautas críticas destinadas a crear una mejor estimación y comprensión. Es, indudablemente, una defensa del escritor ante la posible ausencia de un contexto crítico adecuado a su obra.

En la crítica nacional, me parece interesante la actividad de algunos críticos jóvenes, a los que creo más fácilmente salvables de las modas efímeras e imperiosas, y en muchos casos muy aptos para desarrollar una crítica solvente. Prueba de ello son algunos trabajos aparecidos últimamente, como el de Beatriz de Nóbile sobre Oliverio Girondo.

En otros casos, lamentablemente se incurre en el galimatías verbal (resultado de la adopción indiscriminada de terminologías a veces contradictorias) o en la repetición de técnicas y fórmulas europeas que no siempre resultan compatibles (pongo como ejemplo a Todorov, crítico cuyos muy discutibles asertos han sido repetidos de manera mecánica). Tal actitud, fomentada por la cátedra universitaria y por los organismos de la "cultura", pienso que va a ser naturalmente revertida dentro del proceso de "descolonización" mental —y total— que se está produciendo entre nosotros.

JORGE B. RIVERA

La crítica latinoamericana tiene dos posibilidades bien definidas. Adherir, como lo hacen tradicionalmente la crítica profesoral y la periodística, a una concepción elitista de la cultura, legalizada por las clases dominantes y por su periferia, asentada en el "especialismo" y la "intangibilidad" de la división del trabajo, y destinada a examinar, de manera generalmente excluyente, las zonas privilegiadas del modelo humanístico-científico en sus versiones "clásicas" o "modernas"; el reino fetichizado

de las letras, las artes, la filosofía, las ciencias, etcétera.

Para el crítico esta elección significa admitir, en los hechos, que cuanto se aparte de las expresadas categorías genéricas —ya se trate de productos de la cultura masiva o de la cultura popular rural o urbana— será relegado, reprimido o valorizado desventajosamente desde la lectura que impone el propio modelo, y otro tanto sucederá, con mayor o menor énfasis, con todo aquello que supuestamente se aleje de su "especificidad" privilegiada.

La otra posibilidad consiste en desarrollar una crítica político-antropológica (subrayo lo político, asumido sin ambigüedades) que renuncie a la concepción estagnada, clasista y represiva del modelo cultural sancionado por las clases dominantes, y que lo haga en beneficio de una concepción que desmitifique, por una parte, las falacias y fetiches de la idea elitista de la literatura, muestre su mentira sublimadora y universalista, su uso social, sus mecanismos enmascaradores, las leyes reales que gobiernan su producción (en un sentido amplio), que revele, en fin, su miseria y su grandeza; y que explore adecuadamente, por otra parte, la "creatividad" del proletariado, de las zonas marginadas, oprimidas, en proceso de toma de conciencia, de búsqueda de identidad, de enfrentamiento con los grupos opresores, etc., para reubicar y reivindicar los patrimonios o procesos emergentes desde la perspectiva de la lucha política y cultural del proceso de liberación.

El ahondamiento de esta línea permitirá descubrir —o redescubrir— que muchas de las zonas automáticamente "creativas" de nuestra cultura fueron producto de autores, sectores o procesos que poco o nada tuvieron en común con el modelo litista y con la idea "legitimada" de lo que debía ser la cultura. También ayudará a descubrir —lo que me parece una importante lección para la soberbia "cientificista" que heredamos de ciertos modelos europeos— que la crítica más certera fue realizada muchas veces por intelectuales "no especializados", como el Scalabrini que desentrañaba el verdadero papel de la aculturación al desnudar los mecanismos de la dependencia económica y al demostrar indirectamente la imposibilidad de escindir ambos planos.

Ayudará a superar el vacío provocado por el "especialismo" estilístico y contenidístico-metafísico, y permitirá relacionar constante y co-

rectamente la producción literaria con los restantes sistemas de la producción cultural y con la forma particular en que producen las clases, a la vez que posibilitará la indispensable correlación dialéctica con el sistema más amplio de las relaciones económico-sociales que se verifican en el seno de nuestras sociedades. Este camino nos demostrará la necesidad de problematizar ciertos fantasmas, como el de nuestra "inhibición cultural", en gran medida alentado por el proyecto social-pedagógico del reformismo liberal y por la concepción elitista y aculturadora de las clases dominantes, para las cuales no existe, o debe ser reprimido, cuanto se aparte del modelo o del correcto empleo de los códigos prescriptos.

Hay, en verdad, y lo verificamos cotidianamente en el trabajo de investigación y en el mundo en el que estamos sumergidos, toda una tradición de "creatividad" que pueden reivindicar el proletariado y los sectores marginados y que constituye, por así decirlo, su gran patrimonio cultural. No existe, en los hechos, un "grado cero" a partir del cual "se modificó" la cultura del Hombre Nuevo. Turbia, compleja y a veces contradictoriamente, las fuerzas sustanciales de esta cultura del porvenir ya están prefiguradas en la "creatividad" de los oprimidos, "creatividad" que por otra parte no es más que una de las formas en que estos grupos objetivan la lucha de clases. Reivindicar esta "creatividad" no significa, por cierto, desconocer el papel distorsionador y alienante que cumplió entre nosotros la aculturación oligárquico-imperialista (prolongada hoy por los sutiles mecanismos del neo-colonialismo), y que puede teñir muchos de los procesos y productos de la cultura marginada, de la contracultura, de las culturas subterráneas, contestatarias, etcétera.

No se trata tampoco, conviene aclararlo, de un truco destinado a reasegurar el "santo espíritu de la crítica", ni de una reivindicación "marginalista" despistadora. Esta exploración debe realizarse desde una perspectiva alerta, que no olvide en ningún momento que el neo-colonialismo "le ha devuelto el alma a la barbarie" (para decirlo con una fórmula suficientemente expresiva) y que es capaz de mimetizarse, como ya lo hizo con la "negritud", bajo las apariencias de cualquier movimiento de reivindicación cultural.

La Revolución es el gran acto cultural en el que se integra todo el cimiento popular reprimido o distorsionado por los grupos dominantes

y toda la experiencia de la lucha de clases. La Revolución revaloriza e integra en la lucha, precisamente, todo lo que había sido reprimido, e instaura un humanismo popular revolucionario a partir del reconocimiento y la instrumentación de la "creatividad" de las clases sumergidas, marginadas y oprimidas.

Si este proceso "creativo" sirvió a cierta altura para afirmar el Yo del dominado frente al dominador (inclusive como afirmación muchas veces borrosa y larval), la lucha por la liberación expresa el nivel más elevado de este complejo proceso de adquisición de una conciencia y lo corona a través del triunfo revolucionario y la construcción socialista.

Apartada del "especialismo" elitista, de las supercherías del "modelo" cultural, de los fantasmas de la "inhibición", de las discutibles tentaciones de un "grado cero", la crítica latinoamericana puede desempeñar un importante papel —como crítica político-cultural— a través del examen, la reivindicación y la valorización de estos campos culturales desde la perspectiva señalada.

EDUARDO ROMANO

Prefiero, por las razones que expongo más adelante, pasar directamente a la segunda pregunta.

Más que lanzar una propuesta crítica, me interesaría aquí responder sintetizando, en lo posible, mi trabajo intelectual de los últimos años. De ese modo, creo, se puede eliminar el tono presuntuoso, doctoral, dogmático o principista en que suelen incurrir las reflexiones suscitadas por encuestas de este tipo. Elijo, ante la exigencia del interrogatorio, apelar a una autocrítica de lo realizado hasta el presente que deje en claro las motivaciones y las actitudes ideológicas de cada acto, pero también sus limitaciones, sus debilidades y contradicciones.

Ante todo, mis decisiones críticas nacen, hacia 1960, directamente vinculadas con una práctica literaria concreta: la necesidad de avalar la poesía de mis primeros libros, sobre todo *18 poemas* (1961) y *Entrada prohibida* (1963), y en especial una sección de este último, fuertemente resistida y escarnecida con cierto sar-

caso por algunos comentaristas ocasionales del volumen. Intentaba recuperar allí motivos, personajes e incluso frases textuales de la poesía tanguera, así como de cierto lenguaje convencional porteño, mediante una violación estratégica que impresionara a los posibles lectores. Sentí una especial urgencia entonces por replicar en forma coherente a esos ataques, más allá de los poemas mismos. Es decir que comprendí la ventaja de explicitar teóricamente la poética implícita en ese poemario y que estaba vinculada, ahora tal vez lo veo mejor que entonces, con mis dificultosos acercamientos a la política nacional-popular del peronismo. No en vano uno de los rótulos empleados para fumigarme el libro recurría a la manoseada inculparción de "populismo", un sambenito que todo intelectual peronista ha tenido, tarde o temprano, que soportar y rebatir. Así se explica que mi primer trabajo histórico-crítico, "¿Qué es eso de una generación del 40?" (*Cuadernos de poesía*, nº 1, 1965), fuera un intento tácito por enmarcar mi poesía en una tradición literaria no alienada a las vertientes que, de uno u otro modo, convalidaban las pautas de nuestra dependencia cultural y creadora. El solo hecho de parangonar a un poeta como Homero Manzi con los nombres de Barbieri, Bosco o Molina, suponía ya una ruptura con las categorías elitistas del colonialismo cultural, que no podían referirse sino despectivamente a los "letristas" (que no poetas) de la canción popular, señalar con un estigma de menosprecio los productos de su inspiración, alegando criterios esteticistas —cuando no gramaticales— supuestamente indiscutibles. Por lo demás, el artículo adolecía de numerosas fallas, sobre todo en la espinosa cuestión de las zonas poéticas donde se podía evaluar la refracción de los fenómenos socio-políticos.

Quizá otro trabajo, cuatro años posterior, muestre en qué medida parte, al menos, de aquellas falencias quedaron superadas. Se trata de *La poesía de Celedonio Flores*, ensayo que debió publicarse en 1970 y que, tras varios avatares de infortunio, apareció en el suplemento literario de *La Opinión* (22/4/1973). Traté de mostrar ahí cómo los tangos del negro Cele, confrontados con gran parte de la producción más prestigiosa de su época, asumían aspectos esenciales de la convivencia y el sentimiento popular urbano ignorados por la poesía "cult", encerrada en falsas dicotomías cenaculares, fueran ellas el humanitarismo pie-

tista de raigambre anárquica y socialista, el paisajismo encubridor y lenitivo, o el vanguardismo *aggiornato* respecto de las metrópolis exportadoras.

A esa línea de revisionismo poético debo añadir otros trabajos críticos complementarios que ampliaban la zona cuestionada y el enfoque evaluativo: *Análisis de Don Segundo Sombra* (1967) e *Introducción al Martín Fierro* (escrito como prólogo a una edición española del poema, no ha sido aún publicado) incorporaban valiosos aportes de algunos integrantes del grupo *Contorno*, como David Viñas y Noé Jitrik; los ensayos sobre la narrativa de Agustín Yáñez y Haroldo Conti (en *Nueva Novela Latinoamericana I y II*, respectivamente) aprovechaban nuevas técnicas de análisis ideológico y semántico-estructural.

Poco después empecé a vencer, lentamente, esa arraigada fascinación que nos lleva a confundir la literatura con el libro, el cual es y ha sido siempre, al fin y al cabo, sólo uno de sus posibles canales. Así lo atestiguan trabajos que intentan responder a algunos de los acuciantes problemas planteados por las nuevas funciones que los textos literarios, en un sentido amplio, adquieren con el surgimiento de los medios masivos de difusión. Guiones de tiras humorísticas o de historietas, radionovelas y teleteatros, películas, canciones, etc., representan un desafío latente pero continuo a la inteligencia de una crítica no embretada en las discriminaciones prejuiciosas y clasistas del sistema. Las primeras consideraciones sobre estos temas tuvieron un sesgo netamente técnico-descriptivo (*De la historieta a la fotonovela*, fascículo de *Capítulo Universal*, 1971, escrito en colaboración con Jorge B. Rivera), elevado luego a un grado inicial de configuración político-cultural: *Cultura y dependencia en América Latina* (fascículo 76 de *Transformaciones*, 1973).

Es cierto que las imposiciones de la industria cultural me han obligado, una y otra vez, a ocuparme de cuestiones no siempre ligadas —ni siquiera indirectamente— con la problemática enunciada, que considero el eje de mi interés crítico. Pero son las mismas dificultades que, en otro plano, experimenta un obrero que debe militar políticamente después de haber cumplido un horario mínimo agobiante de ocho horas. Quiero decir también, con esto último que la crítica literaria es, tal como yo la entiendo, una manera de hacer política y que

por tanto debe ser consciente y responsable junto a las luchas del pueblo que se enfrenta a diario con la violencia regimentada. De otro modo, también se hace política pero en complicidad, disimulada o no, con los mismos intereses y las mismas fuerzas culpables de nuestra sujeción económica, social y cultural a las conveniencias del imperialismo de turno y sus secuestradores internos.

BEATRIZ SARLO SABAJANES

Me pregunto cuáles son los elementos que designaría como necesarios dentro del sistema de efectos de una posible crítica de la cultura. Entiendo que los que contestamos al cuestionario de *Latinoamericana* lo hacemos desde una experiencia concreta y en función de una ubicación personal en el campo de la crítica. En este sentido me interesa responder a la segunda pregunta, si bien intentaré incluir en mi respuesta alguna cuestión suscitada por la primera.

El problema de una crítica de los textos literarios se encuadra dentro de la perspectiva según la cual esos textos no son sino una de las manifestaciones "convencionales" —es decir, con historia, prestigio, ceñidas a código, canónicas, etc.— de las posibilidades textuales como actividad y producción.

Así, hoy esas posibilidades textuales son un terreno en disputa donde se dirime no sólo la legitimidad de cierta escritura literaria —legitimidad que parecería yacer incuestionada durante largos períodos del siglo XIX y por gran parte de la literatura argentina oficial—, sino también las condiciones de su consumo y su incidencia —función— en la lucha ideológica que se desarrolla, sin duda, en el campo de la cultura.

Las clases dominantes ejercen su hegemonía a través de canales —medios— que se van diferenciando y readaptando, proponiendo nuevas formas de producción textual y condicionando, a la vez, nuevas modalidades de consumo. Así, pueden integrar el mayor espacio posible, en el sentido de extensión en la transmisión y recepción de los mensajes, junto con una tendencia al más alto grado de organicidad de los mensajes respecto de un sistema ideológico político a convalidar. Desde este punto de vista, la cultura —la textualidad como una ma-

nifestación significativa— no tiene zonas francas sino en sus bordes, zonas que se reducen proporcionalmente al área de incidencia sobre un público: quiero decir, el carácter de "escrito" de la literatura, y por lo tanto el carácter de "leído" que es típico de su consumo, aseguran una franja marginal donde puede introducirse el desorden, eventualmente la propuesta de un nuevo orden textual que propondría un nuevo orden del campo cultural.

Pero existe toda otra serie de mensajes cuyo canal condiciona su producción y asegura su decodificación según leyes más estrictas —determinadas—. Es en esta zona donde las clases dominantes subrayan la incidencia de su poder, fundamentalmente a través de la apropiación de los medios de producción —apropiación a la que sin duda corresponde el control establecido sobre la legalidad de las escrituras, además de la posibilidad de su libre circulación—. Me refiero a los medios de comunicación de masas, a los que deben en la actualidad sus características y modo de existencia las manifestaciones más incisivas de la cultura "popular" de la burguesía.

Una crítica cuyo punto de vista se reconozca dentro de una práctica política revolucionaria no puede, según creo, sino privilegiar como objeto los medios masivos de comunicación, como articuladores fundamentales del campo de la cultura consumida por las masas populares. A través de una crítica de los medios de comunicación se apuntaría al centro del sistema cultural organizado por las clases dominantes en el proceso de imposición de su cultura por sobre el carácter aún hoy necesariamente fragmentario de otras propuestas.

Radicada en este campo, la crítica se convierte en un paso necesario para el cuestionamiento general de una textualidad cuyas normas se proyectan sobre el discurso de los medios, pero que a la vez es penetrada por los mismos. La "literatura", en la era de los medios masivos de comunicación, no puede sino reubicarse a sí misma, repensar sus mecanismos, conservar su carácter privado, pero ceder a otras estructuras de significado un campo que es indispensable que la crítica interroge. Las clases dominantes han estructurado un cierto espacio cultural cuya organización tiene en su eje a los medios de comunicación masivos: por ellos pasa la transmisión, imposición y homogeneización de la ideología dominante. El discurso de los medios aparece así como el objeto,

cuya determinación es política, de una crítica cuyos objetivos tengan que ver con la batalla que se libra en todos los campos por el poder. Concebir una crítica desligada o medianamente ajena a esta batalla supondría, desde mi punto de vista, desconocer no sólo la importancia de lo cultural como sistema de imposición, sino también desplazar la función de mando de lo político.

Desde la política, las tareas de la crítica se ordenan alrededor de dos ejes importantes: el campo donde se está librando una disputa, campo ocupado hegemonícamente hoy por las formas culturales de las clases dominantes, cuyo poder de penetración es agudo y convincente a través de los medios masivos; y la discusión acerca del carácter privado de una práctica, la de la textualidad; este carácter contribuye a señalar cuáles son los textos "escribibles" y "legibles", es decir cuál es el verosímil y la retórica que dan pase de libre circulación a los resultados de una práctica significativa.

Dentro de este último eje se sitúa, según creo, el problema de la "literatura" al que se refiere la primera pregunta de la encuesta. La "situación de la literatura" supone una delimitación del campo de la textualidad, demarcando una especificidad del texto literario. En este sentido, la situación de la literatura se fija respecto de una definición de la propiedad sobre el código, sobre la escritura, y la reflexión sobre esa propiedad —su cuestionamiento—. En el curso de esa reflexión aparecen claramente, para usar una imagen, caminos abiertos y cerrados. Entendámonos: es el carácter que atribuyo a mi práctica de la escritura el que en parte define el objeto y dirección de esa práctica. El cuestionamiento de la legibilidad y de la producción del texto reside en el centro de una práctica subversiva de la escritura. Desde este ángulo, la definición de una escritura que rompa la legalidad de la escritura burguesa pasa por la reflexión sobre el medio de producción textual. En este sentido el "estado de la producción literaria" puede determinarse cortando la zona donde el orden consagrado de la escritura es subvertido y donde es afirmado; pero también puede definirse refiriéndolo al sistema cultural más general —en el que predominan los medios masivos y sus propuestas—, donde la escritura no puede situarse sino repensándose como elemento de una organización que la incluye y que, si bien puede por momentos diluir su problemática específica, siempre tiende

a presentarla como legitimidad cuya validez es tarea central de la crítica cuestionar.

LA ENFERMEDAD DEL CAMBIO

DIAGNOSTICO Y TRATAMIENTO
EN LA OBRA DE ALVIN TOFFLER

"EL SHOCK DEL FUTURO"

DEL INDICE:

Ruptura con el pasado.
El motor tecnológico.
El conocimiento como carburante.
La gente del futuro.
El concepto de transitoriedad.
La sociedad del "tírese después de
usado".
Suicidas y trotamundos.
La geografía pierde importancia.
La amistad en el futuro.
Cómo perder amigos.
Educar a los niños para el cambio.
El derrumbamiento de la jerarquía.
La ola freudiana.
El cuerpo prediseñado.
Biopadres y propadres.
Familias comunitarias y papaitos
homosexuales.
Matrimonio temporal.
El ghetto de la juventud.
Fábricas de estilo de vida.
Cambio de vida y enfermedad.
El individuo superestimulado.
Bombardeo de los sentidos.
Sobrecarga de información.
La escuela de la era industrial.
La estrategia del futuro.
Transistores y sexo.
Los horizontes del tiempo.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Suipacha 617

392-9063

o en librerías

BARRAL EDITORES

En literatura extranjera: *Alexandr Solzhenitsin*, AGOSTO, 1914.

En narrativa española: *Juan García Hortelano*, EL GRAN MOMENTO DE MARY TRIBUNE.

En narrativa latinoamericana: *Gabriel García Márquez*: LA INCREIBLE Y TRISTE HISTORIA DE LA CANDIDA ERENDIRA Y DE SU ABUELA DESALMADA.

En antropología: *Oscar Kiss Maerth*: EL PRINCIPIO ERA EL FIN.

En lo lúdico: *I CHING*. *Alberto Cousté*: EL TAROT O LA MAQUINA DE IMAGINAR.

En lo esotérico: *Rodolfo Hinostroza*: EL SISTEMA ASTROLOGICO, ALQUIMIA Y OCULTISMO. Selección de textos.

En psicología: *Gilles Deleuze - Félix Guattari*: EL ANTIEDIPO.

En estudios literarios: *Mario Vargas Llosa*: GARCIA MARQUEZ: HISTORIA DE UN DEICIDIO.

En ensayo literario: *George Steiner*: EXTRATERRITORIAL.

En educación: *Everett Reimer*: LA ESCUELA HA MUERTO.

En arte: *Edgard Wind*: LOS MISTERIOS PAGANOS DEL RENACIMIENTO.

En poesía: *José Angel Valente*: PUNTO CERO.

En historia: *Norman Cohn*: EN POS DEL MILENIO.

En orientalismo: DOCTRINAS SECRETAS DE LA INDIA - UPANISHADS, traducción directa del sánscrito de Fernando Tola.

**Y en todos los campos de las artes
y las ciencias del espíritu**

“¿João era fabulista?/ ¿fabuloso?/ ¿fábula?” se pregunta el mayor poeta viviente de lengua portuguesa, Carlos Drummond de Andrade, que concluye sin dar una respuesta, tal vez para no decir lo demasiado obvio: João Guimarães Rosa (27/VI/1908-19/X/1967) constituye sin duda el más alto exponente de la narrativa brasileña contemporánea.

De su biografía sobresalen estos datos: su nacimiento en una pequeña localidad de Minas Gerais; el ejercicio de la medicina en tierras inhóspitas del interior del Brasil; los estudios de lenguas modernas que alterna con singulares experimentos de dialectología; el posterior ingreso al cuerpo diplomático de su país, y una gloria que creció incesante hasta la apoteosis de sus últimos años.

Su obra está integrada por: *Sagarana* (cuentos, 1946); *Corpo de Baile* (cuentos, 1956, que a partir de la tercera edición se publica en tres volúmenes); *Grande sertão: veredas* (novela, 1956; hay traducción española); *Primeiras estórias* (cuentos, 1962; hay traducción española); *Tutaméia (Terceiras estórias)* (cuentos, 1967); *Estas estórias* (cuentos, 1969; edición póstuma), y *Ave palavra* (textos misceláneos, 1970). Aparte de los dos libros publicados por Seix-Barral de Barcelona, se conocen en nuestra lengua unos pocos cuentos más del autor, dispersos en antologías y revistas (tres relatos de *Tutaméia* aparecieron en el primer número de *Crisis*, mayo de 1973). “Retablo de San Nunca” pertenece a *Estas estórias*; y cabe aclarar que, en tanto Guimarães no aprobó su edición, algunos de sus textos se presentan con correcciones o posibilidad: dobles (por ejemplo, signos de interrogación, como si dudara frente a un vocablo, o dos palabras posibles).

RETABLO DE SAN NUNCA

Cuento de João Guimarães Rosa

Traducción: Estela dos Santos

Panel primero

La fuente

(Políptico, excentrado en transparencia, del estado instantáneo de un encantado amor)

Sólo por lo absurdo de lo posible una muchacha iba a casarse. Ella era hermosa para los ojos que al azar de un día la admiraron. Moduladas, calientes al repetirse, desde lo alto de la torre tocaron su primera llamada las campanas. Sin embargo, las buenas almas del pueblo rehusaban despertarse, el silencio, blando, se resistía. Sólo algún perro andante, de puro pobre, paseaba señalando los márgenes de la ancha calle solitaria. La muchacha, todavía ausente, se escondía de todos. Su amor, el de su cerrado corazón, también se encontraba muy lejos de allí, cada vez más próximo y distante.

Segura de sí, por su libre voluntad, de acuerdo con la familia, mediante el sacramento de la bendición y el misterio religioso, sin ofender por fuera las costumbres, se iba a casar, con seriedad, se iba a unir sin integrarse. Cuál sería el otro sentido de eso; en principio no se podía alcanzar. Mientras tanto, entre el prólogo y el coro, por eso de las oscuridades de la narrativa, habría que mirar para atrás, descubrir en las situaciones el no portentoso, ir a ver el fondo humano, leer las estrellas. ¿Con fe pura? Ricarda Rolandina tomaba para su mano, linda, suave, dura, el anillo de oro que las novias reciben en los esponsales, todas sonrientes desde el alma. Ese era un pequeño gran poblado, populoso poblado que los mineros habían fundado. Allí, todo lo humano que podía heredarse, existía.

Tenía derecho, podía disponer de sí misma según su

voluntad y falsificar así la realización de un acto, para siempre, sin cuenta ni medida, aunque fuera copiando el movimiento de las sombras de la fantasía o respondiendo a la sangre que corre por nuestras venas, otras hacían por lo menos otro tanto. Siempre había sido, en rigor, dueña de su recordado querer, dormía en un cuarto de altas ventanas que daban al campo perdido en longincuas lejanías, le palpitaban sesudas las finas negras pestañas, las personas y las cosas no la contrariaban. ¿Todos entonces esperaban que ella viviese del modo que procedía, como que tres y dos no son dos y tres, quizá ni siquiera cinco, o el vuelo de las mariposas sugiere cascadas, si pasado el plano y el abierto vano, por entre los pilares de un puente? La mente es la que encadena la existencia en lo histórico. Quien lo sabe que lo diga. El que no lo entienda que lo cuente.

Aunque merced a los obvios bondadosos sunsunes, pero cada uno para sí mismo, en realidad callados, las simples criaturas terrestres no atinaban a pensar alrededor de todo —los Safortes, Sosleães, Rochas Feireiras, el joven Revigildo, la joven Rudimira, Luis da Ponte, Teódulo el hotelero, doña Dodona, el mendigo Cristieléison— tal vez fuera uno, ninguno tal vez. Se comprobaba que, en el menguado espacio, de amor no entendían casi nada, muy poco. Era una muchacha sin igual, de pie, vestida de negro, las manos una sobre la otra. Su madre y su padre, fatigada pareja, bien unidos en la sobriedad, ¿no podrían contenerla? ¿Y su amiga, entonces, Rudimira, otra muchacha, más adecuada para los silencios que para las confidencias? Así andaba, vivía, se iría para más lejos, se casaría contra lo que desconocía pero sentía. Tras del día de hoy esperan, vigilantes, juntos, el ayer y el mañana, mutando minuciosamente.

Se presume que así era y fue. Iba a ser. Expectante. Terminada la misa, salían todos con atraso de la iglesia. El amado no se veía. No veían al novio. Tampoco la muchacha se encontraba allá. Sólo su recuerdo, activa, otra lamentada presencia, pero forzada, delante de ellos.

Pronto, porque allí —sobre los suelos de la aldea, con

tres calles de casas, bajo el morro, señalando al medio el camino, corto, justo, entre los pantanos y tenebrosas matas del Sonbrejão, al norte y al sur de las bajantes del río, en el Ver-a-Barra, brillantes de tan claras— en la mente de todos, lo no imaginado por venir tenía poder de presencia.

Sin embargo, antes de la real historia, hecha y dicha, su simple fórmula ya no preexistiría, en el plano exacto de las causas, infinitamente más sutil que este mundo nuestro de los efectos, según creen los sabios, que “casamiento y mortaja en el cielo se tallan”.

Era un caso grande. Para verlo. Sabida bien y mal la noticia, por la suma voz del cura pronunciada, de la muchacha que iba a casarse inexorablemente, el pueblo, los habitantes, no querían creerla, pasmados. Estaban preparados para lo contrario. Más acá de la sorpresa un no sé qué, no ha de ser o fuera, los turbaba. Turbaba a los mezquinos, gente riente, hijos de Dios, irreflexivos, arena y espuma, felices de la vida ajena. Tanto. La duda de que, en eso, alguna idea no concertada acá abajo no se estuviese cumpliendo, o anduviese trastrocada, cambiada de rumbo, cómo, ay qué barbaridad, ¿qué es lo que pasa? Los que aman más allá del grado debido deberían esconderse de sus propios pensamientos.

Por lo que la curiosidad fue creciendo, con su aureola de respeto. Daba algo de miedo, o tal vez presentían algo que finalmente reventaría, ante el torcido y pequeño barrio, en el frío del año nublado, lugar sin desigualdades, un hecho perpetuo para la memoria.

Con que entonces se iba a casar, ese mes, la más feliz, adulada y exquisita muchacha de allí y cerca de allí, Ricarda Rolandina, la niña, hija de los ricos Sosleães, tan célebres en este mundo, señorita única de la enorme fazenda Cobrença, en tierras donde se encontró esa antigualla de capillita, de hirsutos, remotos tiempos, una arruinada ermita, de la que nunca se pudo saber a qué santo estaba dedicada, fazenda tan grande que llegaba hasta el recodo del río, en Ver-a-Barra.

Si los acontecimientos notorios y normales despiertan júbilos y regocijos de animada espera, la novedad de esas bodas, los protocolos de las ceremonias,

bebederos y comederos, bailes, los días de pura fiesta qué no despertarían. En esas circunstancias, se reveía y se decía, abismados en cómo las cosas se negaban. En lo íntimo de todo grababa de sí un arruinado y destructivo principio, hecho gorgojo en el grano. Sabe Dios si. El improbable punto.

Es que nadie tendría noción sobre cómo glosarlo. Ni siquiera el padre Peralto con sus profundas arcas de libros. Tan encerrado en silencios pensantes, cuando iba a visitar al sordo y anciano padre Roque, que cultivaba parrales de muy escaso vino en una chacra bajo el cuidado de su hermana, doña Dodona, la viuda inconsolable. O cuando paseaba al atardecer, por el cementerio o hasta la cruz del calvario, doblado como para ocultarse de las casi siempre indiscretas miradas, incluso siendo todavía un hombre joven y acostumbrado a declarar cosas nuevas, que le hacían decir a la gente, a veces, que se manejaba por otras teologías.

Los rumores decían que Ricarda Rolandina, esa mirada y desconocida muchacha, había tenido un enamorado, uno solo, un joven de los que dan que hablar, por su garbo y cualidades, heredero, heredador de los firmes Safortes, del Sombrejão, de Atrás-do-Alto. El de los largos pasos y estrechos hombros, el mozo Reisaugusto, tirado para adelante como si quisiera encontrarse con los ardientes azores de esta vida, no tuvo ni rechazo ni aceptación. —Quiere lo que se olvidó de ver y se olvida de ver lo que quiere... —según el afectuoso parecer de Regivildo, bromeando con respecto a Reisaugusto, compañero y amigo, comprador de bueyes por los lados del Piancó y también él un buen mozo con toda las gallardías físicas, fue sólo un pretendiente. La gente vive olvidándose, Reisaugusto, pero novelando sobre los desaparecidos centros de la vida.

Durante cierto tiempo, hasta hacía poco, sino hasta hoy por lo menos hasta ayer o anteayer, así es, el enamoramiento de los dos había durado de diversos modos. Al principio la gente se extrañó de que se amaran tanto: el elegido y la elegida. Se hablaba de una ternura perfecta, quizá todavía no existente. Ante ese amor de infinito, antiguo amor de aguzada punta.

¿Por qué demostraban una desgobernada precisión, por demás, de uno hacia el otro, de mandar, decidir? Ah, es un amor así, súfralo, súfralo. La gente no criticaba, los elogiaba. Reisaugusto y Ricarda Rolandina galopaban par a par por las calles con palmeras y el ininterrumpido cielo azul y las finísimas arenas calientes, por la orilla del río, asemejando caballos, blancos de toda pureza.

Nos decían hechos el uno para el otro. Nacidos de dos valientes familias, en ciernes de cercanías, desde siempre próximas en desviable amistad, nacidos a un mismo tiempo, con la posibilidad de quererse y encontrarse en medio de un mundo hosco de secretos y distancias; todo lo que no significa poco en infinitos cálculos, ensayos y misteriosos manejos milenarios de la agencia providencial del destino, por si es útil que se sepa. Y también, ¿por qué lo más seguro no se descubre, uno y otro hechos para la general contemplación, muchos corazones conmovidos y, acaso, elevadamente expuestos con fines de visión y asombro, pena, reflexión y ejemplo? La gente de aquel lugar era, puede decirse, buena. Hasta se asustaban de un perro cualquiera que aullase.

Ricarda Rolandina, de quien el preparado joven de afuera, doctor Soande, hallara de extasiado admirar, y que hasta Revigildo, el amigo, diría que Reisaugusto había encontrado en ella lo sinigual; de la que hasta el padre Peralto, con prudencia de santo, apartaba los ojos, pues era tamaño en ella la encantada hermosura. Reisaugusto, el vistoso, joven, capaz de llenar los sueños de cualquier exaltada con la carne y la sustancia de la felicidad. Ellos solos, pues cada uno debía de haber nacido ya con el retrato del otro dentro del corazón.

—Con un excederse así de pasión, ¿qué no será?... —era la pregunta. Oyéndola, el padre Peralto levantaba la cabeza, fruncía el ceño, rezongaba lo que fuese y coincidía con una sonrisa. Su espíritu giraba más rápido que el vulgar y él pensaba que en cuanto humano ¿el ser no puede dejar de juzgar y de ser juzgado? —Los arrullos de las palomas son amargos... —se respondió. O: —Lo que impide volar a la flor es la vida.— Afirmaciones más de suspirante poeta que de

sacerdote hacia lo eterno, o de quien guardase en sí el trazo de alguna honda pena, se extrañaba.

No es que tuviesen al padre Peralto como igual al común de las gentes. Pero en él causaba gracia. Estaba siempre como en sí, pero en el aire, ¿con una aflicción imperturbable, asombrado de vivir? Montaba a caballo, bien. Y en ocasiones daba su dinero, si no el de la fábrica de la iglesia, a los pobres, en un gesto de desprendimiento casi desproporcionado. En cuanto al joven de afuera, el doctor Soande, aparecido en la aldea por primera vez trajeado de lujo y con finísimas maneras orgullosas, discretamente exhortó: que las simples mocitas del lugar merecían un sincero destino y el dulce peligro que puede no haber en el acto de respirar. Y escuchándose, sin razón, después de largas ignorancias, al fin se supo, un día, que practicaba, que había largado fuegos artificiales en los fondos de su quinta. —Dios está haciendo cosas fabulosas... —parecía repetir.

Sucedió —cierta vez— y no por azar, que Reisaugusto vino, de repente, muy apasionado, al galope, y llegó, tan tarde, llegó a la estancia Cobrença, todos durmiendo, tarde de tan adelantado y apurado, llegó solo para quedarse, a caballo, persistente, tenso, quieto ante el morro cercano, todas las continuadas horas de esa madrugada, con el fin de así parado, montado, a prudente distancia, poder contemplar desde ahí, paciente, acostumbrando los ojos, la casi cabida de la noche en la casa grande, con las altas y cerradas ventanas, él esperando ahí, en el rocío, enterado, sin quitarse los cansancios, el rayar del día, Ricarda Rolandina, eso que parecía una gloria. De eso y de juramentos, sensible se acordaba Rudimira, la mejor amiga de Ricarda Rolandina, contaba la hija de Luis da Ponte. Así, simples proezas de éxtasis y arrebatos: una vez sí, otra no, a veces todo, a veces nada. El amor y otras cosas de la naturaleza.

Cada tanto, conversaban en la galería los tres, y Reisaugusto, galante, activo en inquietas ternuras, se entretenía en aserrar por el medio una moneda. Y jovial, quiso ofrecerle la mitad a Ricarda Rolandina, entonces encaprichada, crispados los labios, fruncida la frente, alta, alba, los senos en palpitaciones igual que en las

nobles escenas de las novelas. Esa media moneda, en los símbolos terrestres, era como prometer la repartija por partes iguales de su suerte y su fortuna con la amada.

Todavía, todavía, como de costumbre, pelearon por última vez, con la soberbia lagrimeante entre las entrecortadas palabras, se herían y sin palabras, resueltos, se despidieron para siempre, para no volver a verse más, nunca más, más fuerte que sus mismas voluntades, más débiles, las almas también en fuga. Todo lo que había pasado, sin señales, en un caer del tiempo malo, en la viejísima y arruinada capilla, antigualla, restos, por dentro, en el estrecho espacio, chorreaban las goteras. ¿Puede huirse de lo que más se ama? Nunca se olvidaría Rudimira, la amiga, con estremecida admiración, de cómo Reisaugusto, abrumado y triste, vuelto un príncipe vencido, había partido bajo los chorros de lluvia, cabalgando, en el no volver, no dar vuelta la cabeza, y no se lo vio más.

De súbito partió de viaje.

Ricarda Rolandina y Rudimira todavía permanecieron en un silencio del tiempo, allí donde no había más bancos, ni cruz, destruidos ya o retirados desde hacía mucho todos los ornamentos aprovechables. Sacados de allí para colocarlos en la iglesia matriz, un cuadro, de madera, en cuatro partes replegables, que representaba una de esas —la única no descalabrada ni apagada—, acciones de la vida del que nadie sabía quién era, qué santo representaba. El padre Roque, sin embargo, lo calificaba de mártir y confesor, decidiéndose entonces que debía estar junto y al pie del altar mayor, por todo y en cuanto y posiblemente milagroso.

Dicen que decían ciertas personas, atrevidas y sin pizca de reverencia, que tenía parecido con Teódulo, el hotelero, y también con el mendigo Cristieléison. Pero doña Dodona, en las horas en que la iglesia permanecía desierta, se arrodillaba ante él, y mucho le rezaba, ¿le hacía promesas? Para honrarlo había propuesto que asimismo, anónimo, debería erigírsele otra solitaria capilla.

La que los padres de Ricarda Rolandina, los Sosleães, que en el andar del tiempo y el lento amor se habían

acostumbrado a las tranquilas afectuosidades, los dueños devotos de la región, querían consagrar sin falta, una iglesia mayor y en un sitio elevado, propio, con aspecto de iglesia concurrida, con patrimonio, en eso concordaban el padre Peralto y el padre Roque, éste parado, al aire, en su fofa silla de lona, bajo las parras que sólo producían un débil vino de misa, constantemente grave, en toda su cierta sordera que lo sobreponía a las discusiones y opiniones en cualquier asunto que fuera.

El padre Roque, quizá por comodidad, también se rehusaba a tomar conocimiento de recados por escrito, alegaba que los anteojos le daban dolor de cabeza o trastornos. Sabio como sal en el salero —como dice el refrán— era de mal hablar y breve callar, sin necesidad de oír. Asperamente consolaba a doña Dodona, la suspirante hermana: le decía que traspuestos los cerros de la muerte, al enfrentar el tribunal de las almas, sin ninguna duda podría reunirse con su difunto esposo, pero en el seno de Dios, que ni dos peces del mar se juntan de modo más completo. Doña Dodona, bajo cuya resignada perseverancia se agitaba la extraña presencia humana, lo urgía con la mirada. ¿Por qué tanto después, por qué sólo en las lejanías de Dios, como una nave de iglesia? ¿Acaso no se decía que Teódulo, el hotelero, despierto o en sueños, veía a veces el espíritu carnal de su fallecida mujer? Y eso a pesar de que era público que la mujer de Teódulo, el hotelero, había muerto por no poder soportar más sus malos tratos. Entonces, ¿también el odio en el más allá engendraba más que el amor?

Inmutable, el padre Roque trataba de no perturbarse frente a ese contrasentido de versiones y decires. Apelaba a los grandes gestos: la bendecía como al mendigo Cristieléison, su ahijado, cuando venía a pedirle la bendición y que era el único a quien le permitía tomar y comer las uvas del parral. El mendigo, digo Cristieléison, venía dando saltitos. Si estaba borracho, cantaba, discurseaba o maldecía; si estaba sobrio golpeaba a todos por su sordidez sin tristeza.

Aunque era un mendigo voluntario, se había vuelto mendigo por ser medio enfermo, pero también porque quería verse libre de cualquier obligación, solo

andaba por todas partes, iba hasta el Sombrejão, de los jóvenes Reisaugusto y Revigildo a buscar las viejas ropas que vestía. El mendigo Cristieléison le temía a doña Dodona, tartajeaba ante la que quería que le pidiese un continuo perdón a Dios, setenta veces siete. El padre Roque, férrea y gustosamente, se burlaba de ellos, cuando no los amenazaba con algún exorcismo.

No le importaba no ser creído, pero se impacientaba mucho, porque tenía certeza de todo: —¿Acaso el sacerdote no es el intermediario entre Dios y los hombres? —gritaba cuando se cansaba.

Intentaba el mendigo Cristieléison contarle la partida, hacia muy lejos, de Reisaugusto, apuntaba en dirección de Atrás-do-Alto, del Sombrejão, y remendaba a un caballero que se va alejando, y hacía tiempo que Reisaugusto así se había marchado. El padre Roque señalaba con una hoja de parra su breviario y —¿Por qué no se casan? —increpaba. Si se querían, si esto y lo otro, si nada impedía que realizaran ese amor a cielo descubierto, no habiendo diferencias ni de ilustración ni de posesiones, ni consanguinidad parental, ni problemas de familia. Que tuviesen muchos hijos. El mundo no necesitaba más desdichas.

Entonces, ¿por qué? Quizá ni ellos mismos, un tanto quizá Rudimira y Revigildo, los más próximos, pudiesen entenderlo, sin salir a explicarlo. Porque los dos eran como el día después del día y los días no son iguales. Se ansiaban, desconocían el desamparo de no estarse dentro del amor, pero hasta en momentos de discordia, movidos en esa guerra; como las cuerdas buenas para que suenen deben apretarse bien, como los metales fundidos, en el arte de la afinación. ¿Se volverían a ver? ¿Se casarían? Jamás, jamás, jamás...

Si todavía no habían conseguido tener fe uno en el otro, se debatían en tonterías, en remediabiles esfuerzos, traían a un tiempo cosas de cuna, de selva y desnudez, y el ardor de pelear, transportados en iras vanas que el tiempo lleva: el amor revestido de ira. Según el no poder de la vida. Vida, cosa que el tiempo remienda y después rompe. El infinito amor tiene cláusulas. El mendigo Cristieléison salía a la calle o al camino, amagaba golpes a un perrito sin dueño, cargaba un sombrero lleno de cachos de uvas.

Por entonces se sabía que Reisaugusto había viajado hacia un distante lugar. No se tuvieron noticias de él en meses que pasaron rápidamente. Corría la idea de que por allá, por donde anduviese, se castigaba y se consolaba con mujeres, buscando la perdición, porque era hombre de esas cosas, se decía sin tapujos, que, más bien, era demasiado inclinado. Revigildo, su mejor amigo, pronto tendría ocasión de verlo, la próxima vez que, por su profesión, fuera hacia los lados de Piancó, a comprar buyecitos, negros y blancos, colorados y amarillos, labrados y pintados.

Mas por ahora, el amigo Revigildo iba a visitar a Ricarda Rolandina, hacía cuestión de visitarla y hablarle a solas, en remembranzas confidentes, entre tranquilos momentos y verdades no reveladas. Poco se veía a Ricarda Rolandina por ese tiempo. Había pasado a vestirse de negro, completamente, inviolable como un diamante, un vestido ahogado, negro, que la envejecía. Pero... —que la embellecía... —decía solamente el doctor Soande, pariente de los Rocha Ferreiras y que había vuelto de huésped a casa de Teódulo, el hotelero, siempre perfumado y brillante, con su elegancia y sus ropas, ciudadano de pro, muy moreno, casi azul. Se sabía que había llegado en automóvil y hasta en los pueblos vecinos la gente comentaba. Se formaban el concepto de que era hombre importante. No era un villano, esclarecía el mendigo Cristieléison, a quien le había dado unos zapatos casi nuevos, un pantalón deportivo y además, un sombrero de marca. Revigildo, el amigo de Reisaugusto, ¿no quería saludarlo? ¿Lo miraba con antipatía o escarnio? Así que cómo no iba a notarlo la joven Rudimira, la amiga de Ricarda Rolandina, cuando quería, una y otra vez, conversar con Revigildo, pedirle noticias de Reisaugusto, tan ausente, siempre: —Ah, esos dos, sí que harían una buena pareja... —se decía entonces, se comentaba casamenteamente entre sonrisas.

Sólo que Rudimira volvía los ojos a otra parte. Sentía, le parecía, que nadie que valiera querría casarse con ella, por ciertos motivos. Porque su madre, una suave y bondadosa señora, con todo, había sido mujer de mala fama, con quien el padre, Luis da Ponte, por mucho quererla, vivía luego de retirarla de la vida

en otra parte. Se disminuía por eso, tímida sin remedio, Rudimira. Dudaba de que todos, por detrás, como si la despreciaran. Y a pesar de todo, Ricarda Rolandina —tenía que ser ella, la primera, la más rica, la orgullosa— la prefería e iba a buscarla, para ser su amiga. Ricarda Rolandina, orgullosa no era, pero le gustaba el orgullo. —Era desgraciada porque no tenía miedo... —decía sobre ella Rudimira. Ricarda Rolandina, vista junto a Reisaugusto, la hermosura resplandecía completaba todos los detalles. Reisaugusto ante Ricarda Rolandina, componía su garbo. Por lo que, en alientos quemantes, violentamente no se enfrentaban. El amor no podía ser constructivo. Los separaba y los unía, ahora, la indefinida distancia.

Fue por ese tiempo que el joven Revigildo volvió de su viaje por bueyes, hacia los lados de Piancó y hasta donde se encontraría Reisaugusto. De vuelta, arribado, no tardó en buscar a Ricarda Rolandina, vestida toda de negro cerrado siempre, conversaron mucho, amistosamente, por las estrechas calles de la orilla del río pasearon, Ricarda Rolandina sonriendo y riendo, cuando galopaba y se cubría de espumas su caballo. Revigildo le hablaba de Reisaugusto. Según esas charlas, después aclaraba: que le había contado que Reisaugusto, con todo, era firme en la fidelidad a los mejores tiempos de ambos, que seguía amándola. Revigildo regresaba de allá, de Ver-a-Barra, con los ojos en afectuosa alegría, no estaba la vida de la gente tan encerrada en simples misterios, y cabalgaba al lado del señor Sosleães, padre de Ricarda Rolandina, tratando, muy serios, sobre variados temas. El padre de Ricarda Rolandina iba a viajar a la cercana ciudad, iba con el doctor Soande.

Revigildo, el joven, sin paz en su nueva animación de vivos rumbos, podía encontrarse con el padre Peralto que paseaba, las manos a la espalda, a lo largo del viejo muro de la quinta, el que daba a otro campo. Parecía triste el padre Peralto, a veces hablaba de puro imaginativo, alienado, no se sabía si consigo mismo o con quién. Según decía: —Aquellos que Dios une, ni ellos mismos consiguen separarse... —Y hacía el ademán de levantar las manos, en alto, tan flacas, tan blancas, tan lavadas.

A todo esto, hacía mucho que Reisaugusto se había ido solo y que Ricarda Rolandina de negro, en ahogado vestido, se conservaba. No se volverían a ver, ¿nunca más? Sí..., un día que no habrá de llegar, podía decirse.

Antes de la tempestad había sido la bonanza: tanto se había escondido la trama de la historia, en botijos de silencio. Corría un tiempo calmo. La gente volvía el pensamiento a muchas partes, la gente de la tierra. Sobrevino una mañana de domingo, de misa. Dicen que por aquí y por allí, experimentadas manos en el tañido de las campanas, mientras se estremecía el sol, que por allá se cruzaban penetrando, las palomas, profanas en su costumbre de templar la humana, inmensa quietud, los chillidos y revoloteos traspasaban de rincón en rincón, albas oscuras, en los aéreos espacios de la iglesia, en las gradas de oro de la alegría. El padre Peralto iba por el Evangelio.

Debía decir su prédica y se volvía hacia la gente, iba para la izquierda del altar donde estaba apoyado el panel de madera, pintura arruinada, sobrante, el santo. Aquella composición que se había hecho algo alegórica, en alternados amarillos con rojos y un feo marrón, tirando a verdoso en las vestiduras de las figuras. De los dos viejos, de pie, de espaldas uno hacia el otro, pero notándose que eran un mismo y único hombre, desdoblado, en contemplación, absorto, apenas el descorrer de la luz, que vibraba en la parte de arriba y se dividía descendiendo hacia los lados, una luz de tono frío.

El padre hablaba, como si se sintiera neutro o ajeno, en este mundo donde el mal todavía está guardando un lugar para el bien. Todo se mantenía en adormecido modo de asistir al Cristo del gran crucifijo, señal de aquietadas quimeras. Pero el sol dominaba palpando el fresco ámbito, el pueblo de fieles oía el sosiego, las palomas no se interrumpían. Se suscitó la cosa, lo que fue, que no se podría suponer y ya sucedido hablado:

—Con el favor de Dios, quieren unirse en matrimonio...

El padre leía las primeras proclamas, discreto, sin mirar a nadie, en justo equilibrio, ¿no se dirigía a la

gente? Por cierto, no representando una comedia sino representando las terrestres verdades de la guerra. Apresurándose, prosiguió, la voz vigorizada, ¿para que todos se lo imaginasen? Si era como un desmentir de no habido engaño, negado o pretérito, días, meses, instantes, un abrir la ventana al viento:

—... Soande Bruno Avantim... y Ricarda Rolandina Mafra Sosleães... Quien conozca algún impedimento está obligado a declarar, bajo culpa de pecado grave...

Escuchado hasta el fin, con oídos sutiles. ¡Esos! ¿se iban a casar? La gente, a entreojos, tantas cabezas eran los ojos, en estupor. Ojos humildes, casi se atrevían a exigir una explicación.

De lo que parecía desafío maligno, la adversidad, puesta en la oscilación de la otra balanza; a punta de espada, el mundo tenía que aceptar especialmente aquello. Sólo esa noticia como vergüenza sobresaltada, original de nadie, saboreando torta, y que descendió sobre ellos, en un silencio sin examen. Sólo la noción más oscura, de eso que aparecía en el escenario, lo que no salía de las sombras y de ningún destino, de amor mortal.

Ahora bien, el padre Peralto descruza las manos, los brazos, sobre la blanca sobrepelliz, con inimitable paciencia; él era de un lugar del oeste, hijo de padres paupérrimos. No se entendió bien lo que, luego de una pausa, según su costumbre, susurró, ¿las golondrinas? —*Servi inutiles sumus: quod debuimos fecere, fecimus*. —Estaba cansado.

O cuando, todavía, allá afuera, riéndose a toda voz, con escándalo e irrespetuosidad, el mendigo Cristieléison, desengañado, como apedreándolos, lanzaba al aire su rudo comentario: —¡Va a haber unas sospechas!... —borracho, buscando el tumulto general. Corrían con él. Se ponían de acuerdo. Le creían. Sólo algún perro vagabundo se escapaba, echado, gimiendo, ladrando. Era una confusa población alborotada, nada más.

Porque una vez acabada la misa, la gente sale, la iglesia se cierra, el mundo minúsculo y fuerte, incompleto, las campanas no tocan al amor renacido.

Libros no obvios

IMPRESIONES DE AFRICA

Raymond Roussel

Un auténtico autor "maldito" redescubierto por el estructuralismo propone un paseo por la selva del lenguaje tras la apariencia de una novela de aventuras.

ORFEO DE LA CONCEPCION

Vinicius de Moraes

La mejor poesía de Vinicius traducida por María Rosa Oliver y Horacio Ferrer en la obra que dio origen al recordado film *Orfeo Negro*.

PRESO COMUN

Eduardo Perrone

Un libro que no fue escrito: fue vivido. El testimonio vibrante de la marcha de la injusticia y la mala vida en las cárceles argentinas.

Reimpresiones

PARA VIVIR UN GRAN AMOR

Vinicius de Moraes (10ª edición).

OPERACION MASACRE

Rodolfo Walsh (3ª edición en este sello).

PARA UNA MUCHACHA CON UNA FLOR

Vinicius de Moraes (5ª edición).

En preparación:

BAR. DON JUAN. *Antonio Callado*

BATMAN EN CHILE. *Enrique Lihn*

TODOS PUEDE SER PEOR. *Osvaldo Seiguer-man*.

MEMORIAS DE UNA LADRONA. *Dacia Maraini*



**EDICIONES
DE LA FLOR**

Uruguay 252, 1º B - Bs. Aires



NOVEDADES

Novelistas de Nuestra Época

Raymond Queneau: *El rapto de Icaro*, 226 páginas.

Jorge Amado: *Cacao - Sudor*, 270 págs.

Ciro Alegria: *Lázaro*, 216 págs.

Cristal del Tiempo

Jean-Paul Sartre: *Alrededor del 68*, 370 páginas.

Jean-Paul Sartre: *El escritor y su lenguaje*, 375 págs.

Prisma

Christiane Rochefort: *Es extraño escribir*, 120 págs.

Enrique Molina: *Una sombra donde sueña Camila O'Gorman*, 320 págs.

Biblioteca Clásica y Contemporánea

José María Arguedas: *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, 290 págs.

Gabriel Celaya: *Dirección prohibida*, 144 páginas.

Albert Camus: *El mito de Sísifo*, 160 págs.

Albert Camus: *El hombre rebelde*, 290 páginas.

Albert Camus: *La caída*, 128 págs.

EDITORIAL LOSADA S.A.

Alsina 1131

Buenos Aires

Montevideo - Santiago de Chile

Lima - Bogotá

RESEÑA DE POESÍA ARGENTINA COMBATIVA

Selección de Francisco Squeo Acuña

El criterio sustentado para realizar esta selección repara, en primer lugar, en la temática testimonial, con un sentido claramente demitificador. Es decir, la reseña se propone poner en evidencia la participación de una poesía, que bien puede titularse “combativa”, estrechamente relacionada con el proceso de liberación y lucha de un pueblo; además enjuicia, por otro lado, a cierta poesía utilizada como vínculo de exquisitez y condescendencia, ligada a las clases opresoras —que también, paradójicamente, condenaron sus poemas bajo decretos que contradecían los mismos postulados estéticos que pregonaban—, poesía “cult” que rechazaría de lleno los riesgos de una expresión comprometida con el destino del hombre o de un país hablando solo en provecho de la poesía misma, como repiten sus más fervorosos “especialistas”. Proposición suicida la nuestra, como lo entendió Tarafa, enterrado vivo en el siglo VII, que revalidaron los grandes poetas del siglo XX: Miguel Hernández, Ezra Pound y otros. La elocuencia y el panfleto todavía son resabios de la misma oligarquía que mediatizó la colonización. Sin embargo, los estallidos populares, los “cordobazos” a lo largo y a lo ancho del territorio argentino, la masacre de Trelew, el triunfo popular en las recientes elecciones, son motivos diversos que impulsan, unen, condicionan, fortalecen, conmueven a los poetas: allí, en esa identificación con su pueblo, se descubren a sí mismos como poetas. Décadas atrás —vaya como homenaje— Juan L. Ortiz, Raúl González Tuñón, José Portogalo, bajo otros aires, con otras ideas, prefiguraron de alguna manera la temática protestaria que ahora reúne a estos poetas argentinos, algunos consagrados, otros inéditos, auténticamente inclinados a sacrificar o a cuestionar la poesía individual en función de la poesía de todos.

JUANA BIGNOZZI

Nació en Buenos Aires en 1937.
Es traductora de francés.

Obra:

Los límites, 1960.

Tierra de nadie, 1962.

Mujer de cierto orden, 1967.

En antologías: *Poesía femenina*

argentina; Poesía lírica del si-

glo XX, Centro Editor de Amé-

rica Latina, 1972. *Antología*

de "El Pan Duro".

Porque esto es una guerra a pesar de las buenas fotos en colores

mi vida que ya no es un hermoso objeto intocable
atiende los fantasmas, hace café para las sombras
intenta tratativas con el pasado que esgrime pactos de
borrachos o soledad
para retenernos
recuerda algunos cielos que aunque no eran los del
mediterráneo tenían luz suficiente
los guardianes del umbral la abandonaron hace mucho
abriendo la puerta a sus cómplices
mi vida dispuesta a defender sus exigencias
antropófagas sus llamadas telefónicas ineludibles
sus vinos devastadores su horror al abandono
a defender tu amor tu sueño en la noche
en medio de manuales de consejos domésticos, lozas
ordenadas, señoras bien pensantes
mi vida ha decidido que dos viven juntos todavía
pueden escapar a la comodidad y la infamia
pueden cantar la llegada de las guerras justas

Con mi círculo íntimo...

con mi círculo íntimo no crearemos grandes formas
de eternidad
sostenidos por la alegría de estos pedazos que han
empezado a saltar
poco a poco sabemos que vamos a olvidar
las flores de papel colgadas de la pared el diario del
amanecer el miedo a la oscuridad
confiaremos en la memoria de los otros
Yo que escribí libros sostenidos por la palabra amigos
de muchos de ellos sólo conozco referencias
otros distinguen mi voz ninguno mi nombre real
vidas paralelas para esquivar la inutilidad que nos
habían preparado
ese juego entre vencidos casi lúcidos

Era fácil quedarme...

era fácil quedarme sola brillante intocable en mi
agresividad
tirar los pedazos que todavía valían entre gente
conocida cartas prestigiosas de desprestigiados
disimular el paso de los años su asqueroso pelo
infiltrado
con fracesitas sobradoras pagar la buena conciencia
con alguna reunión de seudopeligrosos
era tanto más fácil que entrar a patadas con una turbia
y compleja realidad
que llamar hermanos a los que no conozco
pero sí conocen las palabras y manejan y saben
de enemigos justicia del pueblo presos y muertos
pero sí dan vida a esta pulcra sociedad

JOSE CARLOS CORONEL Totalmente incomunicado

Nació en el Norte argentino.
Acusado de pertenecer a las
Fuerzas Armadas Revolucionarias
fue sentenciado a 5 años
y 6 meses de prisión.

Obra:

Gestos y algo más.

Totalmente incomunicado
la frase procesal se retuerce y avanza
como un gusano helado por mis huesos.
Tiemblo. Es el silencio.

La oscuridad.

El frío.

Las manos contra la pared las piernas bien abiertas
quiénes son tus compañeros dice una voz y los golpes
suenan en mi espalda como las tormentas
calientes del verano en Tucumán.

La sangre en los labios las calles inundadas
los barquitos de papel el jaleo entrecortado
(las risas de los torturadores me bañan
en un aceite grueso
y asfixiante).

Totalmente incomunicado
se repiten unos a otros los soldados
que me guardan
sus ojos negros a veces inocentes
se clavan en mí con curiosidad
me apuntan con sus armas si me muevo
pero les hablo y se acercan a mí
y comprueban que somos idénticos
pero se hace otra vez la noche
y vienen a buscarme. ¿Tienes frío?
preguntan y me desnudan a tirones.
El frío. Tiemblo. El frío atroz y amarillo
de sentirme impotente en un presente
constante y opresivo.
Este momento. Este golpe. Este sacudón
la pregunta lanzada como un ácido
sobre la piel
ellos y yo el aullido y el cuerpo
reforcido de dolor y asco.

Totalmente incomunicado
¿de quién? ¿de vos? ¿de mis hermanos
oprimidos? ilusos pequeños hombrecitos
juegan a que no saben nada de su muerte
como si mis muertos no vinieran
a darme aliento entre golpe y golpe

como si no escucharan los pasos decididos
de mis compañeros cuando el estallido blanco
de mi cerebro electrificado
y me alzan entre dos y me dejan.

Totalmente incomunicado
¿de quién? ¿de Dios?
¿de la victoria inevitable?
Pobres hombrecitos temblorosos.
Hemos decidido anunciarles
que la obscena liturgia que practican
es estéril y también suicida
pues el tiempo vendrá como la lluvia
con el estallido verde de los límites finales.

EDUARDO D'ANNA

Si para el hombre...

Nació en Rosario en 1948.
Integrante del grupo editor "El
Lagrima Trifulca", de Rosario.
Es abogado, vive en Rosario.
Obra:

Muy que digamos, Ensayo Cul-
tural, Buenos Aires, 1967.

Si para el hombre la luna es la luna
la luna para el viento es una pelota.
Si hubiera dos lunas en vez de una
el viento sería su esclavo.

Jáuregui

Algo en la cara te vendía, Jáuregui.
¿Sería todo una catarata
de aire, de caliente aire producido
al pensar, al escribir, al sacudirte
el traje de inquieto periodista,
o simplemente la foto que tenía el SIDE
o un grito, o una nueva
forma de titular como una barricada?
Y esa pequeña bala que llevabas
a la hora de morir, ¡accidente
de nacer en una calle
para el tiempo de los 13 Minimax!
No lo sabían, pero tu cuerpo
eran los intelectuales
que fatigaban las recetas de cocina
de las revoluciones, y ésa, tan pequeña,
la bala,
era la puerta
en una nueva manera de mirar.
Emilio
tan contradictorio
vino a nacer el día de la muerte.
Vino a morir en el tiempo de la vida.
Llegó
para ser tema
del film
de la novela
de la pieza teatral,
del ensayo, de todos los panfletos,

de este poema.
Y como tema, ríese.

Dice:

"que me salgo, que me voy
por la calle a morir, de Buenos Aires,
que me han puesto porque no me contengo,
que por eso me han puesto.

Periodista

que hoy he regresado
a informar de mi muerte.

Autor: la dictadura,
y todo lo demás informo que lo saben
mis hermanos.

Y que nadie me atrapa,
que cada cosa
que dicen sobre mí,
encierra ya un espacio más pequeño,
más chiquitín,
tan sólo el agujero de una bala
en el alma del pensamiento metafísico. .

HUGO DIZ

Nació en Rosario en 1942. Colaborador de los grupos literarios de su ciudad "El Lagrimal Trifulca", "La Cachimba", entre otros.

Obra:

El amor dejado en las esquinas, Falbo, 1969.

Poemas insurrectos, Rosario, 1971.

Algunas críticas y otros homenajes, El Lagrimal Trifulca, Rosario, 1972.

Estas palabras se escribieron en su lápida

Sus ojos solían posarse
conmocionados, revivos, duros.

Qué saben los milicos nos decía,
si el amo que los manda y los somete
es el mismo que el nuestro, qué saben,
ellos, instintivos, a una orden
se vienen, dispersan y estropean.

Qué saben los milicos nos decía.

Y sobrevino la palabra

Y sobrevino la palabra y con ella
una bella abstracción; los números.

Se sumó

y restó

se multiplicó

y dividió.

La ideología vino mucho después.

Debió atravesar

celadas, reyesías,

masacres, feudalias,

vericuetos sangrientos,

monarquías,

la ideología, como dije, vino mucho después.

Un barbudo alemán completó unos apuntes

capitales, otro, barbudo también,

los aplicó en Octubre de 1917.

Más cerca nuestro, allí, por el Caribe,

pueblo y viento a favor sellaron ésto:

Patria o muerte

Venceremos

Hasta la victoria siempre.

Y sobrevino la palabra, la ideología,
amor, vino mucho después.

Rosario, partes de mayo

Por la humedad dicen, la bala, temiendo el desenlace,
la muerte virgen, temiendo enmohecerse u oxidarse,
solita, ella solita, decidió, sola, dispararse.

Por temor dicen, la bala perdida, dobló y se incrustó
solita dicen.

Entonces la cuestión es así: la bala se perdió
y luego dobló y más tarde se incrustó,
solita dicen.

Ahora los comunicados dicen que fue seguramente
por el clima húmedo de las ciudades, tan tercas
o tan cerca de los ríos.

Nació en la provincia de Tucumán. Ejerció la docencia y actualmente actúa en el periodismo. Obtuvo el premio Francisco Isernia 1966 con el libro inédito *Desde el origen* y Mención Municipal 1971, con el libro inédito *Tiempo de retorno*.

Obra:

El credo y la sangre, Kraft, 1967.

El cazador de la luna, Francisco Colombo, 1973.

Y cuando la última voz
queda sin sosiego
pedazos ardientes atropellan lo alto.
La eternidad se abre
en dilatados caballos
de espanto.

Esas muertes
las muchas muertes
están partiendo mis manos
en banderas negras
porque la noche de Trelew
se ha hecho con el grito
de todas las demencias.
Desollados plenilunios
en cifras zodiacales
juntan las letras de sus nombres
y la sangre quieta
duerme corderos de tierra.
Allí la estación de la agonía
permanece en su puesto
como señores vigilantes del orden
mientras el absurdo
está hurgando en las venas que dejan
ojos clavados de azul
de tigres vencidos
conjurados para el desquite.
Días vendrán en que otras
latitudes recojan
el sarcasmo de la ignominia.

FRANCISCO GALINDEZ Oficio de poeta

Nació en Catamarca en 1938. Vive en Tucumán, donde se desempeña como periodista y crítico de arte. Obtuvo el primer premio de la Bienal de Poesía en Tucumán, 1968, con una obra inédita.

Obra:

La Vigilia en Armas, de próxima publicación.

reventar las palabras de una vez por todas
acribillar con imágenes el horizonte
dar vuelta el mundo
con todo el silencio que uno lleva adentro
ese es el oficio de poeta
la sociedad anónima en la que nos jugamos todos
desde el obrero hasta el cantante
junto a la prima donna y el lustrabotas
para fundar colectivamente la esperanza
y dismantelar la luz en los cuarteles
echándola a rodar en los ojos de la gente
ese es el riesgo que tenemos que correr
el delirio cotidiano en las antenas de tu nombre
donde vivimos amor preparados
para estrujar un sueño
o participar en la última descarga del adiós
que va a borrar todas las fronteras de la ausencia
después será cuestión de apuntalar el corazón
sostener este país con el aliento
y darle un pasaje de ida y vuelta hasta mañana
negarse uno mismo desde ya
sacrificar toda la ardorosa poesía en una ventana sin
dueño
obviar para siempre los ritos y los gajes del oficio
y recién entonces
arrodillarse sobre la sombra de nadie
para decir el último poema
el que llega en un amanecer sediento de ternura
el que conduce a buen puerto los mástiles de la noche
el que no tiene límites ni andenes para quebrar una
sobre el poema
mientras el cascabel de la lluvia se insinúa
debajo de tu piel que huele
a comienzo ignorado del verano
cuando empuñamos la armadura de los besos
y partimos
a tirar definitivamente contra la muerte
para que todo cambie
después que pase la tormenta

La negra dice malas palabras

"Lo que era sólo amor u opinión en esas piezas frías"

LeRoi Jones

por amor por supuesto la negra
maldice las estrellas
tira piedras contra la soledad
apunta a quemarropa a la muerte
y sus fantasmas
ella no tolera que sucedan estas cosas
se niega a reconocer la veracidad del tiempo
y la distancia
arremete despaciosamente contra la mala costumbre
de hundirse en la desgracia
y termina haciéndole sabotajes imposibles
a la tristeza
la negra expone su cuerpo entero
a la evidencia de la luz
sabe perfectamente las consecuencias
de vivir saltando en una palabra
libertad
ella no es encasillable de ninguna manera
ante un esquema o una sonrisa
no se la puede reducir de buenas a primeras
entre la pura ortodoxia de la lluvia
o la accidentada simetría del verano
así frente a la faz insólita
de este poema
ella levanta sus banderas
registra cuidadosamente las imperfecciones
del mundo y de la sombra
arria las buenas maneras y los soles
que se atropellan velozmente en su memoria
y dice lo único que puede
y debe decir
mierda

Vigilia de armas

"Hay que endurecerse, pero sin perder la ternura"

Ernesto Che Guevara

hay que cuidar las armas
hay que lavarlas en la lluvia

tenderlas en la luna
mojarlas en la sangre
para cuando llegue la hora
cuando la cosa estalle entre las sombras
cuando la verdad corra en boca de todos
hasta ese entonces hay que tener el coraje
de ensayar la ternura
de vestir el amor como el pan cotidiano
que vencerá a la muerte
hay que amarrar el viento a la cintura del hombre
para que borre las huellas
de los que alguna vez jugaron mal
en caso de que sea necesario
o disparar la soledad como una tormenta
en esta vigilia de armas contra el olvido
hay que tener el botón de la luz al alcance de la mano
como los niños que llegan en el alba
por si acaso las dudas aprietan demasiado
porque nadie sabe cuándo llegará el día
si va a ser ahora o dentro
de la cuenta regresiva que ya ha comenzado
hay que cuidar los fusiles
que cuando llegue el momento
cada uno sabrá lo que tiene que hacer

LUIS LUCHI

Nació en Buenos Aires en 1921. Integró el grupo "El Matadero", con el cual publicó algunos de sus libros.

Obra:

El obelisco y otros poemas, 1959.

El ocio creador, Stilcograf, 1960.

Poemas de las calles transversales, 1964.

La vida en serio, 1964.

Vida de poeta, Burnichón Editor, 1966.

El muerto que habla y Poemas cortos de genio, Buenos Aires Leyendo, 1970.

Ace de paso, en impresión.

Luis Luchi, Eduardo Rovira (disco simple) *Gente de Buenos Aires*.

Luchi por Luis Luchi (disco larga duración), Buenos Aires, Oyendo, 1969.

Paz en las cabañas, guerra a los palacios

Vivo en una choza
guerra a los palacios
quedo sin trabajo
paz en las cabañas.
Paz en mi cabaña
los brazos desarmados,
guerra a los palacios
fusil en bandolera.
Pan en mi cabaña
tinta.
Saqueo por bodegas de palacios.
Sal en las cabañas
caliente mi sopa rústica
alegría con fiestas en las cabañas
ollas humeantes
cantos
puntos de vista, puntería
en las cabañas
puntería sobre los palacios
jardines de infantes en los palacios
vida en la herrumbre de los palacios
rondas en el desierto de los palacios.
Vivo en la cabaña,
guerra a las cabañas.

Respeto por los símbolos

A los muchachos de Trelew

Ese famoso día en que empezó a caminar solo
conoció el salir a la calle sin tener nada en la mano
y su pensamiento era una pluma al viento
pasaba los pasajes se paraba en las esquinas
se apoyaba en los buzones, pedía fuego.
Ese rincón no le gustaba seguía por una avenida,
en la primera cortada brotaba su propia
manifestación.
Se la atacaron a pesar de haber nacido como un
dolor individual
negado el poder separarse de su mundo social y una
bandera

como siempre perdida y la levantaba más alta para
que se viera,
pero se corría para reorganizar las fuerzas;
la usó de frazada para sus hijos.
Ese mismo día, otro similar, tuvo siempre compañía.
La calle ya lo conocía y estaba ocupado
pesaba como un plomo con su pensamiento
cambiaba de lugar a las esquinas,
ponía dentro de los buzones
el clásico adiós vida me voy estoy contento de mí.
Un día después la ciudad estaba desconocida
el suelo pisoteado, escudos rajados en los sitios más
duros
los mástiles servirían para la planta de tomates
añorando sus manos vacías.
Volveré a mi buzón y a mi negrita
a mi dulce tristeza llena de conflictos,
si me sacan el pelotón de fusilamiento
ahí delante.

JULIO MIRKIN

Nació en Tucumán en 1947.
Estudiante de sociología en la
Universidad Nacional de Buenos Aires.

Tiene ensayos sobre Medio Oriente.

Burnichón Editor publicará pronto *Palestina. Testimonio y compromiso*.

“oíd el ruido de sucias cadenas...”

Quisieron torturarte
y te torturaron
quisieron desangrarte
y te desangraron
quisieron quemarte el cuerpo
y te quemaron

en invierno sin frazadas
sin medicinas necesarias
sin estampillas para cartas
quisieron golpearte
y te golpearon

tres minutos
para ir al baño
parado, temblando
con metralhas
vigilado

quisieron asesinararte
y te asesinaron
quisieron quemarte el cuerpo
y te quemaron
quisieron arrancarte de la lucha
y eso, no pudieron

*¡De la lucha
no te arrancaron!*

“...que los están matando por tu libertad...”

Desvelado
roto tu cuerpo
despertado
a cada minuto
a orinas y patadas
en las horas desiertas

estás para ellos
hecho tortura
hecho miseria
hecho pedazos
dolor

en tu pieza ahogado
sepultado
en tu pieza irrespirable
donde no existe el cielo

Rawson
un espacio oscuro
cruza la vergüenza
azota en herida de Pueblo
Rawson
campo de terror
ghetto de la muerte
campo de concentración

Rawson
compañero
achicas tu presencia
en dimensiones calladas
para continuar el combate

Rawson
compañero
tu silencio acumula la lucha
¡Eres *Latinoamérica*
testimonio con furia
de libertad!

Nació en Buenos Aires en 1940.
Fs licenciado en letras.

Obra:

Poemas de la mano mayor.

Juego limpio.

El Che amor (Mención en la Casa de las Américas).

Participa en las antologías: *Los Nuevos*, 1968 y *Poesía social del sigloXX*, Centro Editor de América Latina, 1971.

El paso atrás, inédito, al cual corresponden estos poemas.

"En 1905 —escribe Lenin— los bolcheviques sobrevivimos porque fuimos los únicos que nos supimos replegar", y es cierto, a más de 60 años y a esta hora, acá, quién va a discutirlo, pero a siete meses del 22 de agosto, tomando mate, yo pienso, compañeros, en la mirada clara de Pujadas que se abrió definitivamente a lo que vendrá.

Los críticos demuestran que sólo las masas y tienen razón, ellos saben, las tías afirman que no por mucho madrugar y tienen razón, ellas tejen, pero Pujadas tenía una campera oscura, zapatos marrones, un cortaplumas, un lápiz y una letra diminuta sobre las servilletitas de los cafés.

Hemos sembrado la tierra con muertos que sin duda florecerán pero ahora retrocedemos a la saga de las inclemencias: "sobrevivir es la primera condición de la guerrilla" y sus huesos y sus carnes quedan ahí, apostados, insepultos, como cubriendo las huellas de nuestra retirada; la lluvia y el viento se encargarán de lo menos importante.

Yo sé que volveremos por ellos y ellos lo saben, mejor dicho; lo sabían, y esto, esto es lo más duro, hablar en pasado quema el pecho cuando es inútil seguir fumando y la voz se quiebra como si nos contáramos historias de amor.

A siete meses, el mate sigue su ronda y aunque naufrague en cada ausencia las urnas reventaron, compañeros, y es fundamental.

El paso atrás es la única manera de avanzar y recordar, para nosotros, es también hablar de mañana: sus fierros apuntan al futuro y, ya lo dijimos, no se oxidan.

I. Dulce

De mañana, tu nombre era toda una consigna para
una zafra de millones
y sobre todo tus ojos, tu cuerpo flaco, la amplia
avenida de la costa
y yo, el porteño nostálgico, antisectario, bajándote la
caña, y vos reías.

Recuerdo tu rostro contra el mar, tu sonrisa en el
malecón
y las olas que por primera vez supieron a distancia.
Más difícil que el bloqueo, más infranqueable que
esas naves sobre el horizonte,
más tremenda era la distancia que venía de golpe
como un tiro
a dar contra la piedra llenando el viento de espuma
y de gaviotas,
y la valija sobre la cama era imposible de cerrar:
el quinquenal y las toneladas de azúcar y tu paso
ligero en el consolidado
y nuestro adiós para cuando la lucha lo reclame
creo que nada tenía que ver con separarnos;
hasta esas historias sobre mi país adonde los dos
sabíamos que alguna vez yo volvería,
adonde los compañeros me esperaban para levantar
banderas con tu nombre
porque la patria es una sola, la lucha es la misma, el
enemigo nos hermana,
creo que tampoco tenía que ver con recordarte
en una noche así:

Héctor y Federico siguen presos, los compañeros
muertos suman y suman, por ahora sólo suman,
y hace frío, no como te decía que acá en invierno
hace lluvia y frío,
sino que limpio el arma, subrayo un documento y tu
nombre
es una ausencia infinita y tu país,
ese pueblo en la plaza y el comandante arriba
y la historia en la calle
se unen como a la infancia donde el aire era tibieza
en la sangre y respirar
era mamá, el patio, la abuela, el trabajo, el Partido,
la heroica guerrilla, los muchachos, y luego tu
nombre, Dulce, tu nombre

que se engarza en el corazón hasta, como gritábamos,
la victoria siempre,
tomados del brazo con la multitud y los carteles
y tu sonrisa y tu cuerpo apretándose
y nuestro corazón en andas de cientos y cientos
de miles y millones,
salvo esta noche en que sólo recuerdo tu rostro contra
el mar.

Acá vamos a las elecciones y quizá sea el momento del
paso atrás que siempre es el más duro,
y todo está lejos hacia atrás y todo está lejos hacia
adelante

y morir, como nuestro adiós, cuando la lucha lo
reclame, siempre algún día,
es evidentemente lo más justo y al mismo tiempo lo
más fácil,
pero ahora estamos lejos y aun te amo y es otra cosa.

Durante treinta años
trabajó quince horas
por día,
sin odiar a nadie.

Este perdió a su mujer
y a sus hijos,
uno tras otro,
sin pensar en matar.

Aquél padeció cárceles,
torturas, vejaciones,
sin llegar a vengarse.

Este otro vivió en la miseria,
en la humedad y el frío
toda su vida,
sin quejarse nunca.

El de allá hizo colas,
sufrió esperas y postergaciones
desde la cuna,
sin comprarse un revólver.

El que sigue vivió siempre
en pensiones oscuras,
en vagones de trenes,
en casillas precarias,
sin cometer un robo.

Y aquél pasó hambre,
privaciones
de todo tipo,
carencias, apuros,
sin acusar a otros.

Los demás se arrastraron
por hospitales,
asilos
y comisarías,
sin rebelarse nunca.

Y yo pregunto:
¿Quiénes son, entonces,
los que sostienen el mundo?

A César Vallejo

No nos sirve el lenguaje, cuñadito,
para decir lo indecible.
Habría que agregarle una erre al pronombre,
una hache al adjetivo
y tres equis al verbo,
y aun así no nos sería bastante.

No nos sirve el idioma, compañero,
si no se desmenuzan antes las palabras,
si no las masticamos a priori con violencia
y las molemos tercamente un poco.

Hay que cargarlas de un dolor tan célebre,
de un frío tan universal,
de un hambre tan empírico,
que las palabras no alcanzan, hermanito.

Y sin embargo cantamos,
cantamos en un tiempo de crimen y despojo,
pero no cantamos este tiempo, sino el otro,
aquel en que todos los que quieran podrán cantar.

XXVIII

El joven poeta imberbe vietnamita
que cayó en su casamata
sin terminar su poema.

El músico de veinte años
que murió en Irlanda
sin formar su conjunto
sin componer su canción.

El estudiante fuerte y alegre
como mi hijo
que cayó en cualquier calle
de cualquier facultad
sin obtener su diploma.

El adolescente pintor
que sucumbió en Buenos Aires
con todos sus cuadros bosquejados
en su cabeza.

El hijo del minero
que cayó en Bolivia
sin ver la revolución.

El muchacho de cualquier parte,
muerto en cualquier sitio,
cuando empezaba a vivir.

El joven masacrado exterminado
por los lobos de siempre
en cualquier lugar de la tierra.

Todos ellos aguardan todavía
en la pupila y en el pulso
de los que siguen en la lucha,
esperan que entre todos
escribamos sus poemas,
hagamos sus canciones,
terminemos sus cuadros
y la revolución.

ULTIMOS LIBROS DE SIGLO XXI

Córdoba 2064 - 45-7609 y 46-9059

Gastón Bachelard

EL COMPROMISO RACIONALISTA

"Quiero mostrarles que el racionalismo está comprometido" decía Bachelard. Y para distinguirlo de un racionalismo eufórico inventa un término: el "superracionalismo". El compromiso racionalista es una revolución permanente. El parentesco del superracionalismo no es sólo onomatológico.

Eduardo Galeano

LAS VENAS ABIERTAS DE AMERICA LATINA

La historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue y contra lo que fue, anuncia lo que será. Por eso en este libro, Galeano quiere ofrecer una historia del saqueo y a la vez contar como funcionan los mecanismos actuales del despojo latinoamericano.

Dominique Lecourt

PARA UNA CRITICA DE LA EPISTEMOLOGIA

Este ensayo muestra como el no-positivismo y antievolucionismo de la tradición epistemológica provienen de la unión que reconocen entre la epistemología y la práctica efectiva de la historia de las ciencias.

Antonio Skérmeta

TIRO LIBRE

Una prosa inmersa en las actuales contradicciones y convulsiones de la sociedad chilena. Un narrador-testigo de un proceso político pleno de situaciones límites.

Thomas Moro Simpson

SEMANTICA FILOSOFICA: PROBLEMAS Y DISCUSIONES

La idea fundamental fue presentar un conjunto de problemas y discusiones para que el lector pudiera seguir en detalle el desarrollo de tesis y réplicas de algunos temas centrales de la semántica contemporánea.

COEDICIONES

BARRAL - CORREGIDOR

I CHING: Oráculo chino

SEIS ESTUDIOS DE PSICOLOGIA:
Jean Piaget

LA GUERRA DEL TIEMPO: Alejo Carpentier

LOS JEFES: Mario Vargas Llosa

LA HERMANA PEQUEÑA: Raymond
Chandler

EL SIGLO DE LAS LUCES: Alejo Carpentier

EL SUEÑO ETERNO: Raymond Chandler

LOS PASOS PERDIDOS: Alejo Carpentier

EDICIONES LA BASTILLA

Deodoro Roca: **Prohibido prohibir.**

Enrique Díaz Araujo: **La conspiración del '43.** El GOU: una experiencia militarista en la Argentina.

Gastón Gori: **La tierra ajena.** Drama de la juventud agraria argentina.

John Locke: **El derecho a la rebelión.**

Antonio Pérez-Prado: **Los gallegos y Buenos Aires.**

Federico Rivanera Carlés: **Los partidos políticos.** ¿Representantes del pueblo o de la burguesía?

Robespierre: **La razón del pueblo.**

Distribuidor exclusivo:
de Rodolfo Depalma y Hnos. S.C.A.
Adm. y ventas: LAYALLE 1290 - Bs. Aires
Tel. 35-4517
Librería: TALCAHUANO 485 - Bs. Aires
Tel. 35-6941

PARA UNA LECTURA DE JAURETCHÉ

por Ernesto Goldar

Tres propósitos animan este artículo sobre Arturo Jauretche:

1. — *El metodológico*: El desciframiento de la obra implica legitimar una metodología no convencional: se trata de hacer una crítica *desde dentro* concediendo primacía al texto, vale decir, rechazar la lectura en sentido literal y practicarla como sistema de significaciones. El biografismo psicologista del tipo: "su valiente lucha en defensa de lo nacional, que se remonta a los tiempos de FORJA y aún antes...", o la sociología política vulgar: "Jauretche, el más lúcido representante del nacionalismo burgués", relegan la indagación crítica —el acto de significación y la trascendencia que apunta a una visión del mundo— abordando a Jauretche *desde fuera* de la obra al no concederle a ésta la especificidad de un sistema de signos. La "amable charla" quita fuerza provocativa al texto, le extirpa el riesgo y lo inmoviliza (reifica) en los moldes de la óptica burguesa. Con los aportes de la semántica estructural y el marxismo ensayamos esta lectura de Jauretche investigando el contenido subversivo del lenguaje y su coherencia significativa.

2. — *El ideológico*: Las distintas aproximaciones a Jauretche enfatizan costados de su propuesta: la elaboración de un pensamiento nacional (pero ¿qué es el "pensamiento nacional"?), la denuncia de la dependencia económica, el humor, la crítica sociológica, el análisis de la colonización pedagógica, el revisionismo histórico, el estilo, etc. Estas tentativas son interesantes pero *adolecen de provisionalidad*; plantean respuestas militantes — abreviaturas — que corroboran la problematicidad de una

ideología en desarrollo. (¿Es posible, tratándose de Jauretche —un antiideólogo—, hablar de "ideología"?). Disponemos de una docena de libros publicados —varios best-sellers— y de un centenar de artículos, discursos y poemas. ¿Es pertinente extraer algo más que las anécdotas sobre sociología referencial, las bromas a los tilingos, a Martínez Estrada o a Beatriz Guido? La apresurada lectura de superficie solamente proporciona totalizaciones secundarias en el mejor de los casos, parcelamientos en los más, sin permitir buscar en el texto para ordenar lo redundante y recomponer lo leído.

No han faltado comentaristas (de esos de lectura veloz) que consideran demérito en Jauretche el hecho de que escribe siempre sobre "lo mismo". (¿Qué es "lo mismo"?; ¿qué *significa* "lo mismo"?). Si lo entendemos como persistencia temática, su obra es positiva, pues abre un campo cierto a la crítica de contenido. Incluso supone una estructuración posible del "pensamiento nacional", que debe dejar de ser un nominativo fatigante y fácil para devenir en constante, rica de sentido. Respondiendo: si Jauretche escribe siempre sobre lo mismo es porque su pensamiento es un todo unitario. Como dice Roland Barthes, un lenguaje es válido cuando constituye un sistema coherente.

3. — *El político*: Esa tendencia a la analogía que subraya las consignas partidarias de ciertos izquierdistas, siempre dispuestos a forzar a la política según estereotipos no ajustados a la realidad del país, toma con ligereza los aportes teóricos de los pensadores nacionalistas y se detiene en detalles insignificantes, prefiere el chisme a la lectura atenta, gobernada como está por el escozor y el impacientismo pequeño-

burgués. No asimila lo esencial del materialismo dialéctico y le basta un Marx de citas truncadas para hacerlas funcionar como si se tratara de comodines: son "marx-citas" y no marxistas. Por otra parte, y apelando ahora al contexto nacional, las "reiteraciones" de Jauretche no son tales: políticamente significan las postulaciones de una revolución pendiente sobre la que hay que obstinarse hasta verla consumada y no reincidir —otra vez— en el error. En *El Plan Prebisch* (1956) Arturo Jauretche devela los propósitos del economista contratado "ad hoc" por la Revolución Libertadora para provocar la restauración del coloniaje en el país. El mecanismo seguido es una réplica documentada de "las adulteraciones de las cifras y la deformación de la interpretación"; demuestra que Raúl Prebisch miente, o le obliga a mentir el manejo de datos falsificados por esquemas mentales corroidos de violencia metodológica: el principio liberal dictamina que cuando la realidad no soporta las interpretaciones técnicas debe alterarse la "realidad" de los elementos de análisis para componerlas según la tesis. En *El Plan Prebisch*, Jauretche enfrenta *Realidad/Teoría* (manchesteriana), revelando que la práctica crítica puede más que toda la librería de los teóricos de importación.

En 1957 publica, como suplemento de la revista *Qué*, "*Ejército y política nacional*". El ensayo propone desde el vamos la dicotomía Patria grandes versus Patria chica. Establece una coordenada de niveles superpuestos donde lo fundamental signa la suerte de lo accesorio: primero/segundo, causa/efecto, adjetivo/nombre, espacio/profundidad, hacia afuera/hacia adentro, desde aquí/desde allá, etc., son las oposiciones usadas para distinguir las alternativas históricas de encuentro y fuga del Ejército argentino con la política nacional. Se trata de un ejército sujeto a condición, que ha actuado bien y mal, con porvenir o degradación "*según que*" piense la guerra subordinada a la política, la frontera como apertura hacia Latinoamérica y no como pretexto ideológico, la expansión (campana al desierto, desarrollo industrial, etc.) opuesta a represión (cuando hace esto "deja de ser ejército y se transforma en gendarmería nativa aunque no lleve turbante"), la incorporación junto al pueblo en la política nacional (San Martín, Yrigoyen, Perón) opuesta a la política de facción (con Mitre, en el 30 y en el 55). El ejército *será* continuador del

proyecto sanmartiniano cuando deje de volver sus armas contra el pueblo. Jauretche no lo halaga ni lo rechaza de plano: le da una chance, siempre en condicional. Es el ejército a quien le toca hacer mérito para salvarse. Pero Jauretche no lo deja solo sino que le arrima un manual-ensayo para reflexionar dinámicamente en sencillo: para que exista Defensa Nacional hay que hacer el país. Para ello debe subvertirse —en primer término— la manera de mirar. La geopolítica necesita un reacomodo político para ver al globo terráqueo desde el ángulo regional. Aquí Jauretche se apropia de la cartografía y reproduce esos mapas que invierten la vieja visión del planisferio proyectando mirar el país como centro del mundo. Partir de aquí hacia afuera, focalizar las relaciones con las metrópolis, desdeñar cualquier óptica mistificadora. Porque la falta de conciencia global y de una propuesta defensiva y liberadora es, en última instancia, un subproducto de la perspectiva apendicular (y subordinada) hacia los países centrales que la cultura colonial ha metido en la cabeza de las fuerzas armadas. Si el ejército abandona la geopolítica abstracta impuesta por la división internacional del trabajo es posible que modifique el rol policial y vuelva a repensar una política junto al pueblo-poder. Esta postura implica una reactualización del modo de pensar que erradique el universo de las representaciones doctrinarias colonizantes y ceda a la marcha de los procesos reales: hacia América Latina por encima de las facciones minoritarias erigiendo el presupuesto básico de *Totalidad* (por sobre)/*Hechos Aislados*.

Cinco reducciones conceptuales subrayan *Política nacional y revisionismo histórico* (1959) concentrando en sesenta páginas una oferta sólida, organizada sobre la oposición *Concreto versus Abstracto*. 1.- *Desmitologización de la historia*. La falsificación histórica supone la exigencia de la indefensión económica. Todos los mitos de la "intelligentzia" liberal fueron y son utilizados para justificar la dependencia. 2.- *El conocimiento requiere de la experiencia*. Sin práctica, impera la seducción ideológica, la abstracción idealista y la prepotencia libresco: "las anteoferas de un supuesto cientificismo impidieron ver otra cosa que los supuestos previos". A Inducción oponer Deducción, al "cómo ser" el "ser", a los objetos ideales fijados, el devenir: "El revisionismo, al superar el viejo contenido de la tesis, se convierte en tanto anti-

tesis nacional, en síntesis real. Pero la síntesis a su vez se convierte en tesis y origina la antítesis que nacerá de su propio seno inaugurando el nuevo debate histórico en el seno del revisionismo..." (p. 51). 3. - *El país debe ser entendido como totalidad conflictiva*: "Ha bastado la presencia de lo social en la historia para que se hiciera presente lo nacional" (...) "el pueblo es el agente vivo de la Historia". 4. - *Ley del fenómeno versus apariencia externa del fenómeno*: "Toda la crítica oficial se basa en la exclusión de la sociedad" (p. 26). 5. - *Partir metodológicamente del Presente*: Las estructuras significativas (las contradicciones) actuales proyectan claridad sobre pasado y futuro ("desentrañar los hechos sociales y económico, no como hechos del pasado, sino articulados en el presente") homologando básicamente Tesis/Antítesis, Historia Oficial/Historia Revisionista, Colonia/Nación, Antipueblo/Pueblo.

"Todo lo que no es ideología no es argentino", así razona la mentalidad colonialista. La predilección por las instituciones pétreas, la elección del atributo para renegar del sujeto, la exaltación del fetiche sobre el concepto y de las "ideologías" sobre la práctica ("se quiere que nuestro país sea el campo de batalla de las ideologías en abstracto para que no lo hagamos en concreto") encarna en los arquetipos que Jauretche examina en *Prosa de hacha y tiza* (1961). El "tilingo" es un imitador europeo, igual que el "rasta", al que se opone el "guarango" y el "cocoliche" de Varezza, inmigrante imitador de las pautas del contorno. De nuevo la dialéctica de lo abstracto y lo concreto cubriendo ahora una zona que comienza por Aramburu, pasa por Orgaz, Silvina Bullrich, Palacios y termina en la izquierda verbal. A ciertos "revolucionarios" Jauretche les dirá que son "novios asépticos que le exigen a la revolución certificado prenupcial, porque en realidad tienen vocación solterona y ninguna les viene bien". *Probabilidad e Improbabilidad*, mundo material y mundo aparente, ascienden a *Contenido/Forma* como alternativa principal. En *Filo, contrafilo y punta* (1964) se pregunta por qué en 1945 los cultos se equivocaron y los gauchos y obreros no se equivocaron. Procede a descomponer el todo unitario y descubre la intuición fetichista entorpeciendo el acceso a la "cosa misma". Snobs, pacatos, "basbleus", domesticados, "supertarados", fubistas y conservadores con-

forman al país paradójico alienado a la falsa imagen. El mundo idealizado del "cómo ser" sostiene la moralina universalista —ética colonial— opuesta a la moral particular —concreta, defensiva—. Tienen los sentidos invertidos: huelen cuando hay que ver y miran cuando hay que oler. Prefieren la idea del argentino al argentino real, la Sociedad representada a la sociedad contingente; lo externo a lo interno, y no comprenden que la opción de cada día no es entre la teoría abstracta y los hechos concretos sino entre los hechos concretos, "porque la ciencia exige, precisamente, conocer primero lo particular y el fenómeno inmediato, y de la acumulación de estos conocimientos llegar a conclusiones generales, que son las leyes". La recidiva del "modelito" es un pecado de irrealdad, pues la universalidad de los doctrinarios consiste, no en tener una visión universal, sino en universalizar la visión local. Nominamos *Realidad/Imagen* la estructura de este libro. *El medio pelo en la sociedad argentina* (1966) marca el momento más alto de la propuesta jauretcheana. Es la obra de "mayor coherencia y unidad" —para seguir la tipificación de Lucien Goldmann— porque describe los alcances más agudos del juego indagatorio. 1. - *La ratificación del método de conocimiento*: a la especulación del dato "científico" le opone la actividad no mediatizada por los fetiches de la asepsia técnica: la superstición de los puros datos también es "ideología". Jauretche considera la universidad de la vida —el "conocer trabajando", la praxis— como modelo de menor equívoco ("mientras que en la vida vulgar y corriente todo tendero sabe perfectamente distinguir entre lo que alguien dice ser y lo que realmente es, nuestra historiografía no ha logrado todavía penetrar en un conocimiento tan trivial como éste" el comentario no es de Jauretche, sino de Marx, *Ideología alemana*, y viene al caso). 2. - *La descripción de la dialéctica del status*: observa a la burguesía argentina que simula su grupo de pertenencia: "no quiso ser guaranga, como corresponde a una burguesía en ascenso y fue tilingo, como corresponde a la imitación de una aristocracia". El status que cree haber conseguido es una ilusión —(se la "pillaron")— desvinculada de la situación material, un mero hecho anímico sin correlato objetivo. Más aún, la visión que los burgueses tienen del mundo de la clase alta es falsa, pues no imitan a la oligarquía sino a los primos pobres, a los segundones venidos

a menos. Entonces la mistificación se eleva en espiral: *la falsa situación es la falsa conciencia de una falsedad* ("no es ni fu ni fa, ni chicha ni limonada"). Este proceso alienante, simulacro y comedia de una proyección irreal, gesticula y se degrada cuando deja de ser status para ser imagen de status, apariencia de apariencia. "El colchón no tiene lana y existe en la medida en que se lo cree colchón", concluye Jauretche. *Comprensión real versus Falsa conciencia* organiza el ensayo. Básicamente: la burguesía es irracional.

La ideología oficial de un país dependiente es la ideología colonial. "Ideología" significa identificación con los intereses materiales de las clases dominantes. Su misión es divulgar la "colonización pedagógica", cobertura mistificadora tendiente a impedir que la inteligencia nativa aborde el conocimiento de la dependencia. La superestructura cultural (la "intelligentzia") sufre del "empacho que viene de leer mucho sin digerir". Esencialmente, el pensamiento colonizado se fuga del país por falta de correspondencia entre la estructura lógica mediante la cual se explica la realidad y la estructura de esa misma realidad. Este es el tema de *Los profetas del odio y la yapa*, publicado en 1967. La metodología que utiliza Jauretche ("del hecho a la ley, de la ley al hecho", "ajustar el traje al cuerpo y no el cuerpo al traje", etc.) reitera la acción recíproca del modelo Concreto-Abstracto, Abstracto-Concreto de los trabajos anteriores. En la investigación de la colonización pedagógica Jauretche procede a distinguir por pares acentuando el carácter positivo del primero de los términos y el negativo del segundo: Realidad/Formalismo, Presencia/Ausencia, Cultura/Civilización, A posteriori/A priori, América según América/América según Europa, sencillo/complejo, próximo/remoto, Nación/instituciones, hombres/ciudadanos, nacionalismo/individualismo, creación colectiva/idea predeterminada, recado/montura inglesa, esencia/forma, práctica/analogía (alpargatas/libros, churrasco/complejo vitamínico, agua corriente/conferencias a los santiagueños), permanente/transitorio, instruir/educar, imper-

fecciones de los movimientos de masas que no se compaginan con la imagen ideal/Mundo idealizado, etc. Jauretche señala el modo estático del pensamiento idealista: "Para los liberales la Argentina no es la continuidad en devenir histórico, sino el inmóvil punto de apoyo de las instituciones inmovilizado en el ideario que los creó". A la magia del universo petrificado que procede por analogía le opone la totalización del movimiento real, y esta categoría epistemológica implica una concepción dialéctica de la realidad, entendida como un todo estructurado que se desarrolla y crea con el hombre como sujeto. Reduciendo, podemos verbalizar *Sustantivo/Adjetivo* la significación de este libro, lo que equivale a insertarlo en "materialismo versus idealismo" si pretendemos una estructura más abarcadora.

La formalización de parejas oposicionales

Realidad	Irrealidad
Totalidad	Hechos aislados
Concreto	Abstracto
Contenido	Forma
Ley del fenómeno	Imagen
Comprensión real	Falsa conciencia
Sustantivo	Adjetivo

revela una contestación negativa del método del principio abstracto (el *pensamiento idealista*) que excluye la significación contradictoria y múltiple de la realidad y se ciñe a las concordancias de una especulación vacía, irracional e incomprensible. El método idealista deforma la imagen de la totalidad real, es insensible a los detalles, no registra la objetividad de los hechos y descompone la integridad de los fenómenos asignando primacía a la parte que conviene al principio y dejando sin explicación la totalidad concreta.

De este modo, al refutar la "trabazón mística" —como dice Marx— de las tergiversaciones metafísicas, y al insistir en que la transformación histórica es un hecho perfectamente material y empíricamente comprobable, el pensamiento de Jauretche (y el "pensamiento nacional") se inscribe en la problemática del pensamiento revolucionario del siglo veinte.

EDICIONES CORREGIDOR

TALCAHUANO 459

T. E. 35 - 3203

BUENOS AIRES

Los mejores libros, los más severamente seleccionados, que una empresa argentina ofrece al ámbito de la cultura de habla hispana, en volúmenes de popular y cuidada presentación. Todas las problemáticas del mundo contemporáneo, contempladas a través de una proposición editorial que responde a las más atrevidas exigencias del lector de hoy.

regreso	memorias de un asesino	el festín
roberto arlt	lacenaire	policarpo varón
poemas	antología crítica de la	signos
georg traki	canción de protesta	jorge a. andrade
hierba del cielo	partitas	humor negro
marco denevi	leonidas lamborghini	antología
los insomnes	pueblo y oligarquía	ciertas humillaciones
beatriz guido	rodolfo puiggrós	osvaldo tcherkaski
don abdel zalim	los caudillos de la	diccionario del amor
jorge asís	revolución de mayo	enciclopedia temática
cuadernos	rodolfo puiggrós	análisis del
de todo y nada	geopolítica de liberación	juego de ajedrez
macedonio fernández	norberto ceresole	filidor
la casa natal	café de los angelitos	historias del peronismo
la edad madura	bernardo verbitsky	antología
henry james	adónde vamos,	obras
ida y vuelta	argentinos	lewis carroll
de josé hernández	rodolfo puiggrós	movilidad social en una
andrés carretero	¿porqué perón sigue	sociedad dependiente
la obsesión del espacio	siendo perón?	juan c. rubinstein
ricardo zelarayán	enrique silberstein	obras
la sociedad de masas	la democracia	marqués de sade
cesare mannucci	fraudulenta	peronismo: teoría
grotesco:	rodolfo puiggrós	e historia del
inmigración y fracaso	diario de adán y eva	socialismo nacional
david viñas	mark twain	n. ceresole - c. p. mastrorilli
vida militar y política	las arenas	escritos subversivos
del general argentino	miguel a. speroni	jonathan swift
don juan lavalle	ceremonia secreta	quevedo erótico
pedro lacasa	marco denevi	antología
literatura satánica		
antología		

**BIBLIOTECA UNIVERSAL
PLANETA**

la rústica vestida de lujo

Rebelión en la granja: George Orwell

La muerte en Venecia y Las tablas de la ley: Thomas Mann

El último verano de Klingsor: Hermann Hesse

Maurice: E. M. Forster

Cuestión de límites: Horacio González Trejo

Por quién doblan las campanas: Ernest Hemingway

Pedro Páramo y El llano en llamas: Juan Rulfo

Clamores: Philippos Dracodaidis

Zama: Antonio Di Benedetto

Ante el espejo: Veniamin J. Kaverin

El fugitivo: Ramón J. Sender

Caballo de copas: Fernando Alegría

Mundo inmundo: Topor

La descolonización de la cultura: Enrique Ruíz García

La soledad de Gabriel García Márquez: Miguel Fernández Braso

Risa rusa: Naum Lablovsky

Invitado a morir: Ramón Hernández

La economía china: Jan Deleyne

León rugiente: Juan Gomis



**EDITORIAL PLANETA
ARGENTINA S.A.I.C.**

Viamonte 1451
Buenos Aires

T.E. 40-3323
45-0709

**EL CAPITAL
CARLOS MARX**

**Versión completa en ediciones
de bolsillo, con la historia de
las teorías de la plusvalía**

TRADUCCION DIRECTA DEL ALEMAN
SUPERVISADA POR RAUL SCIARRETTA

**EDICIONES
CORREGIDOR**
Talcahuano 463
Buenos Aires

**LOS
MEJORES
LIBROS
EN LAS
LIBRERIAS
PREMIER**



**Corrientes 1583
Callao 1180
Talcahuano 461**

EL HIJO DEL JAPONES

cuento de Pedro Shimose

Nació, en 1940, en Riberalta (Bolivia). Poeta, narrador y compositor de música. Autor de *Triludio en el exilio* (1961), *Sardonía* (1967) y *Poemas para un pueblo* (1968). Reside en España.

Cuando Alí Babá sancochó a los cuarenta ladrones en aceite hirviendo, mi general se largó en paracaídas para probar que era muy macho y doña Candelaria se fue al paúro con su atadizo de ropa sucia. En ese preciso momento yo estaba comiendo mi pan dulce con tablillas de naranja agria. ¡Ayayay! ¡qué dolor de muelas! "Esto te pasa por comer tantas gollerías." Pasó Engracia meneando su trasero. Pa mí, pa vos, pa ninguno de los dos, y me llevó a su casa. ¿Tenés las muelas chías? Vení, yo te voy a sanar. Me dirás que no debo meterme con una camba arrecha que se tiñe el pelo con agua oxigenada, pero ya está bien, ¿no? ya soy grandecito, ya presté el servicio militar y nadie me viene con sermones. Además, Engracia es buena y servicial. Rosendo Peinado se levantó temprano y se lavó los dientes con polvo de quina. Primero de mayo. Feliz cumpleaños, jefe. ¡Vaya ocurrencia! ¡Nacer pa'l día del trabajo! *Coto coto coto colorao*. La banda de Salinas lo despertó con una diana. Las mañanitas. Sus capangas lo saludaron con una salva de fusilería. ¡Oí, jau, invitales trago o chicha a los músicos, lo que quieran! ¡Palo al cuero y pico a la lata! Oí, Choco, a ver si alistás a

tus hombres, no sea que al hijo de Kimura se le ocurra venir ahora.

Algo raro le molestaba en el cuello. Frío frío. Abrió los ojos y vio a Kuni Kimura, sonriente, sentado a su lado, apuntándole con un Colt 38 largo. Del susto se le pasó la borrachera. "Feliz cumpleaños, don Rosendo, he venido a matarlo." Hacía unas horas nomás que don Rosendo le había dicho: "Oíme, chino e'mierda Te doy veinticuatro horas pa'que te largués del pueblo. Si no...". Rosendo, el señor don Rosendo Peinado, el doctor Peinado, el mándamás del pueblo, hizo un ademán como queriendo decir: aquí mismo estirás la pata.

Kuni recordaba la muerte de su padre. Fue el cuarenta y cinco, a comienzos del año milnovecientoscuarenta y cinco. Con un grupo de matones, Rosendo Peinado rodeó la casa de Kimurasán. Lo enlazó. Lo maneó de pies y manos. "Los aliados estamos cazando a los carajos enemigos de la democracia".

—Yo qué haciendo...

—Sos un quintacolumnista.

—No siendo verdad.

—Sos un espía, japonés.

"Kimurasán: necesitamos veinte latas de alcohol pa'l camberío. A ver ustedes,

¡saquen esas cajas de Zeller Mozerl!”. Rosendo Peinado, diputado pursista, recordaba con odio aquellos días preelectorales. Kimurasán se había negado a darles alcohol para emborrachar a la cambada. “Así son estos chinos desgraciaos, malagradecidos para con la patria. Vienen a Bolivia, hacen la plata y encima se niegan a colaborar con el gobierno. Yo les voy a enseñar.” Las latas de alcohol en carretones. Mueras al MNR. Pasan varios muchachos con lámparas encendidas. Sol de Noche. La noche se los tragó con toda su locura.

Doña Eastenia me contó cómo lo habían limpiado a mi padre. Se lo llevaron al monte junto con dos alemanes. Los insultaron, les dieron pa su pateadura y los hicieron cavar su propia fosa. Los curas norteamericanos se negaron a darles la extremaunción. Dijeron que eran paganos y que estaban condenados al infierno. Cuando los hoyos estuvieron listos, ¡bererén!, ráfagas de pistam y adiós quien te quería. Así nomás es Bolivia, ¡te juro!

Rosendo Peinado dejó la política y se dedicó a los negocios. Con la plata de mi padre, con las tierras y las plantaciones de los colonos japoneses, italianos y alemanes. Si no hay necesidad de decirlo siquiera. Como ven, la guerra jode a unos y favorece a otros. A otros como Rosendo Peinado. Había que verlo montado en el tordillo que era de mi padre. Nadie sabe para quién trabaja uno. ¡Fregarse es ley! Y a los demás, ¡que se los coma el tigre!

Encostó el motor y saltó a tierra. Por primera vez le dolió la muela. El ruido del motor chuj, chuj, chuj, chuj, chuj y el brillo de la brasa de los cigarrillos al pitarlos. El muchacho de la camisola era un tipo de pocas palabras.

No había abierto la boca en todo el viaje. Lo único que hacía era barajar sus naipes y aceitar su Colt 38 largo. Contaba sus balas y, de cuando en cuando, ensayaba su puntería con bichos del monte, maderas flotantes y pájaros del río. Donde pongo el ojo pongo la bala y donde pongo la bala...

El presidente dijo: “Oooh la tradición del asilo político. Oooh la sagrada libertad de elección y el respeto a la dignidad del hombre. América para el mundo. América para la libertad. Y patatí patatá.” Entonces los cabrones que nunca faltan le soplaron a los gringos: “Aquí hay unos del Eje y cómo los quieren a estos ñatos, ¿empaquetados o sin embalar?” Y los gringos les respondieron: “Sin embalar”. Así se escribe la historia y así se hace plata en estas tierras de Dios. Los compinches de Peinado se tiraron el botín en farras y mujeres. Rosendo Peinado, en cambio, supo aprovechar su suerte. Asistía a las recepciones sociales. Estaba con la oligarquía. Era un agente de la Rosca. Asistía a la colocación de piedras fundamentales y a las concentraciones políticas del PURS. La fortuna de don Rosendo se había multiplicado. La gente del pueblo había perdido la memoria y se decía con firmeza y convicción que don Rosendo había nacido rico. “Siempre fue rico y decente.” Cuando cayó el PURS, don Rosendo se inscribió en el MNR. Las papas quemadas, apresurarse, barriga llena corazón contento, más vale pájaro en mano que cien volando, ¡viva el MNR!

El muchacho de la camisola le apuntaba con un revólver. Le hizo señas para que se levantara. Rosendo Peinado miró hacia el canchón y allá, en hilera, sus capangas se balanceaban, colgados de los penocos. Comprendió entonces que Engracia lo había traicionado. Pa mí, pa

vos, pa ninguno de los dos. "Narcótico", aclaró suavemente Kuni. La luna menguante y los ahorcados. El frío de la madrugada. Rosendo Peinado vomitó cuando el reloj de la iglesia daba cinco campanadas. El carretón de los mañanos crujía por la calle mientras los gallos batían las últimas sombras.

Habían ido a esperarlo con carteles: *Queremos lus / Viba el doctor Peinado / Nesitamos escuela*. La bombilla atronaba el aire con un huayño. Chilcheaba el día de la proclamación de candidatos. "Viene el sur", dijo una vieja. Así, las proclamaciones se hacen con dos años de anticipación por si las moscas. Esos ojos amarillentos. Esos cuerpos esqueléticos curtidos por el sol. Esas manos vacías y descarnadas. Esos oídos cansados de escuchar las mismas promesas. Subido en el quiosco de la plaza, Rosendo Peinado habla.

El partido se fue al bombo. Pero el doctor Peinado no. El doctor Peinado viajó a Suiza. Alegó razones de salud. La oposición lo acusó de mantener una jugosa cuenta corriente allá, en Suiza. Todos podían tal cosa, pero nadie podía acusarlo. A su vuelta, el doctor Peinado se encontró con que la goma ya no se cotizaba más y el precio de la castaña había bajado. Lo único que subía era el costo de la vida. Los pueblos ricos, cada vez más ricos; los pueblos pobres, cada vez más pobres. Peinado viajó a la capital y tomó contactos y sostuvo conferencias con gente de muñeca. Los malpensados murmuraban que Peinado se había convertido a la masonería, aunque, por otro lado, mantenía muy buenas relaciones con el señor obispo y, no sé por qué enjuagues de la política, gozaba del resnaldo de los palogrueros de la junta militar. ¡Hay que verlo al doctorcito! Peinado cava su sepultura. El hijo del ja-

ponés lo vigila. Ampollas en las manos. Ampollas reventadas y sangre. Sudor. Los pájaros del monte, las flores, el perfume de la selva, las maderas olorosas, las hormigas, los sepes... Peinado pensó en su mujer y en sus hijos, en sus tres hijos legítimos. De los naturales no se acordó. Se arrepintió de haber abandonado a esa buena mujer que lo había acompañado en las malas, cuando él, Rosendo Peinado, no era nadie sino un pobre diablo que no tenía dónde caerse muerto. "¡Más rápido, pendejol!" Un puntapié lo hizo revolverse de dolor. Gimio, gimio, gimio mientras fabricaba su tumba.

"El remanso", cantina y quilombo donde quien no cae, resbala. Allí iban los colegiales a hacerse hombres, a conocer la vida y a tirar con plumas brasileñas y peruanas que nunca faltaban. Allá no iban los de la clase baja, los conumis. Cómo que porqué. Dejarlos ingresar los dejaban, pero adentro, con qué ropa, compadre, si un trago costaba un ojo de la cara. ¿Y cómo los estudiantes? ¡Ah, esos eran unos mantenidos! Vivían de la manga de sus viejos. Los soldados tampoco pisaban "El remanso". A los conscriptos los fletaban para recolectar castañas. Los milicos se daban el lujo de alquilarlos. Tantos bolis, la hora tantos, igual tantos. La paga para el comandante. A los soldados, en cambio, les daban un rancho como pa chanchos. Así es esta cochina vida, ¡quien monta manda y cartuchera en el cañón! Kuni permanecía arrimado a la pared, en un rincón, barajando sus naipes. El doctor Peinado llegó con los chusus detrás. "¡Toquen Palmeras!", ordenó el capo mientras hacía servir trago para todos.

*Dime si es verdad lo que soñé
al amanecer,
que a mí solingo me entregabas
tu querer.*

Alguien rechazó la invitación. Peinado hizo callar a los músicos. Escuchó la voz de un muchacho que vestía camisa negra. "Cuídense don Rosendo porque lo voy a matar." El muchacho se fue. Los capangas quisieron atajarlo, pero Peinado los contuvo. "Déjenlo". Y siguió la jarana. Y venga más alegría y venga más trago. Cuando Rosendo Peinado estuvo duro mandó a sus matones a capturar a Kuni Kimura. Al rato estuvieron con el muchacho. Lo habían pegado. A la huayca. Lo pusieron contra la pared. "Mirá, chico, no me sigás jocheando porque voy a perder la paciencia y te haré limpiar con uno de éstos." Señaló a sus capangas. "Te doy veinticuatro horas pa que te largués del pueblo."

La fosa estaba concluida. A Peinado le entraron unas ganas inmensas de estar en otro lugar, en otro planeta. Escuchó rastrillar el gatillo.

Rosendo Peinado se levantó sobresaltado y sudoroso. Le dolía la cabeza. Se había quedado dormido en la hamaca. Conque todo había sido una pesadilla. Puteó. Yerba mala nunca muere. Miró a su alrededor y en eso estaba cuando a sus espaldas escuchó el rastrillar del gatillo de un Colt 38 largo.

NUEVA HISTORIA Y LIBERACION NACIONAL

Héctor Iñigo Carrera

"La sed de justicia que llena la boca y el corazón de la humanidad ya no podrá ser apagada ni con palabras ni con dineros. En nuestros tiempos se cumplirán inexorablemente las palabras de Cristo y serán bienaventurados los que tengan sed de justicia, porque ellos serán saciados, saciados de justicia en la plenitud de su realidad."

Juan Domingo Perón — 1949.

"Una filosofía de la historia sólo puede ser verdadera en la medida en que es fecunda; en la medida en que sirve como repertorio de normas de realización práctica actual. La determinación de los orígenes y el desarrollo sólo interesa en función del destino."

Ernesto Palacio — "La historia falsificada".

EL ENTORNO Y SU REPRESENTACION

La Argentina entra en la historia signada por tres rasgos fundamentales: una situación dependiente de Europa, un desarrollo combinado de formas de existencia feudales y de otras capitalistas, y una creciente tendencia de afirmación autónoma. Lo rioplatense configura así la dramática y vital presencia de un cierto proyecto: resolver la relación con el continente de la cultura madre; integrar elementos derivados de la revolución feudal mediterránea peculiarmente hispanoamericanos, con otros preferentemente burgueses y modernos; obtener una existencia nacional libre en lo exterior y en lo interior. Este último aspecto sustenta y abraza a los dos que le anteceden y hacia fines del

siglo XVIII acentúa su importancia y posibilidades. Acceder a una adultez responsable, autónoma y justa como *Pueblo-Nación*, pasa a ser la idea viva preponderante. Madurar o deformarse, resulta la alternativa psico-social colectiva que en lo político se expresa como sujeción o independencia y en lo histórico como *Patria o Colonia*.

Es sin duda matizado y variable el espectro ideológico que intenta concretar planes o cursos de acción más o menos definidos para eliminar las trabas enajenantes en lo interno (social) y en lo externo (nacional). La libertad que en general se busca adquiere contenidos fundamentalmente diferentes en tanto es propuesta por las élites poderosas (minorías dominantes) o por los grupos masivos. En las élites es preferentemente individualista, competitiva, lucrativa, exclusivista, autoritaria, enajenante, abstracta y fundada en la imitación europeizante. En las masas y sus aliados es preferentemente comunitaria, solidaria, cooperativa, abierta, ordenativa, concreta, personalizante y arraigada en lo rioplatense. La actividad decisiva de las masas en la economía, en las guerras y en la construcción socio-cultural hace que su libertad penetre con más eficacia y coherencia en el problema de la sujeción.

La libertad elitista conforma los rasgos del *liberalismo*: librecambio económico; juego social competitivo (entre pocos fuertes y muchos débiles); libre empresa desorganizada; derechos individuales y públicos meramente enunciativos (entrampados en la desigualdad social). El *liberalismo* promete un *jardín de felicidades* teórico que históricamente se traduce en una *selva de penurias*. En ese sentido hablamos en estas páginas de lo *liberal* tanto en historiografía como en la política conexas.

La libertad de las masas expresa en nuestro entorno argentino al *socialismo nacional*; no sujeto a núcleos de poder exterior; no *marxista dogmático*; encarnado en la idiosincrasia libre y cristianamente comunitaria de nuestro *Pueblo-Nación*; fiscalizador interviniente en la riqueza y su explotación, en la propiedad privada y en el capital, concretando su función social para el bienestar común y al servicio de la economía nacional que lo sostiene; reivindicador de las llaves del poder para dicho *Pueblo-Nación* en soberanía e independencia. Con este criterio nos referimos a lo *socialista* en la tarea historiadora y en la política.

La libertad elitista o *liberalismo* tiende a negar la realidad humana de las masas, provocando la unión de las mismas como reverso revolucionario en lucha por negar a su vez aquella negación elitista. Y en esta *negación de la negación* creadora de nuevos valores afirmativos, las masas son condicionadas por situaciones históricas a las que simultáneamente superan con su accionar, tratando de imponerse al campo de sus oponentes y siendo a veces subordinadas a ese campo elitista. De allí en más la alternativa adquiere sentido preciso: *dependencia o liberación social-nacional*. La historia argentina fluye entonces alrededor de esa antinomia o contradicción fundamental, que, de alguna manera y en cierta medida, regula tanto el hecho histórico como la representación ideológica de ese hecho. (Esta representación intenta comprender y explicar una historiografía expositiva y una historiología profundizante. En otras palabras, hace literatura y filosofía históricas.) Y quede claro que la antinomia opone *liberalismo* a *liberación*.

Lo antedicho nos llevó a un interrogante ineludible: ¿En qué términos el accionar desalienante de las masas, su libertad, llega a ser captado y valorado por las tendencias representativas que a lo largo del siglo XIX y en lo que va del siglo XX vienen campeando y polemizando con sus ideologías? En vuelo sin duda panorámico caben ciertas apreciaciones al respecto. Los precursores como De Angelis, Trelles, Lamas, Zinny, V. G. Quesada y Freyre obtienen aperturas respetables sin alcanzar orientaciones definidas. Mitre y su escuela, con su *iluminismo liberal mecanicista* y *europeizante*, su *positivismo* y su preceptiva de archivología supersticiosa, desarrolla una temática político-militar de perspectiva porteñista y de elitismo en lo socioeconómico. López, *liberal* pero más ubicado, acierta en su desprecio por el enfoque frío y vaciado, pero se excede en el uso del testimonio oral. Salvaire, Madero y Groussac traen nuevas expresiones; el último especialmente oficia de ariete modernizante cuestionando a Mitre, planteando una impres-

cindible crítica del testimonio y demostrando que la historiografía implica también una estética expositiva. Después del 80 la corriente positivista completa el inicio biológico de Ramos Mejía con un contenido sociológico florecido hacia comienzos de siglo con Ingenieros y Juan B. Justo. Lo *liberal, iluminista y europeizante* persiste en ella. Juan Agustín García, contemporáneamente, representa un segundo segmento de apertura modernizante en base a consideraciones económicas y sociales de buen arraigo historicista nacional, mientras que Ernesto Quesada y Adolfo Saldías abren brecha decisiva en búsqueda de revisiones y versiones más auténticas.

A partir de la segunda década del siglo, toma cuerpo alrededor de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires lo que ha dado en llamarse la "*Nueva Escuela Histórica Argentina*", en la que el padre Lerroux, Luis María Torres, Carbia, Molinari, Cáncer, Villegas Basavilbaso, Beverina, Aznar, Ruiz Guinazú, Levene, Ricardo Cailliet Bois y Mario Belgrano descuellan con sus trabajos. Figura decisiva de esa escuela: Emilio Ravignani. Sus bases: la preceptiva estabilizadora de Berheim y el *historicismo* de Croce, Scheler y Ortega. Sus rasgos: revitaliza el método investigador; rescata con éxito las etapas hispánica y de luchas civiles; no pasa de Pavón o de 1930; no encara lo económico-social; no explica el *país real* y cae en versiones nuevas de antiguos iluminismos liberales.

Al comenzar la década del 30 la crisis capitalista cruza la economía, el sistema político y el radicalismo gobernante. El país se debate entre la marginación de sus sectores populares, la atonía cívica, el golpe oligárquico de reubicación y freno antipueblo y ciertas tentativas ideológicas por hallar caminos de desarrollo y de cambio social desde un nuevo mando nacional. Vinculada con dichas tentativas toma fuerza una corriente historiográfica *nacionalista* y católica, defensiva contra los imperios plutocráticos, hispanizante en tanto reivindica los orígenes auténticos rioplatenses y pro-federal en tanto rescata a los caudillos y sus gentes (en especial a Rosas). Este *revisionismo* posee un historicismo genético-romántico; una preceptiva metodológica científica en la crítica; una temática vivificante de los elementos históricos afirmativos del ser *popular-nacional* como unidad de destino en lo universal; un exceso de polémica en las conclusiones; un compromiso saludablemente abierto entre historia y política militante; una cierta tendencia preferencial por la toma de distancia respecto de las masas y también ciertos contactos con las élites (con más de Maurras que de José Antonio). Este nacionalismo *aristocrático* penetra en la década

del cuarenta reflejando en sus trabajo el precio que pagó el país en el período inmediato anterior: *la década infame*. Pero, sobre todo, lo que expresa es un impulso incesante de concientización. Hacia la década del cuarenta el pueblo adquiere más cuerpo histórico en las apreciaciones y en no pocos de los autores revisionistas alcanza dimensión revolucionaria. En este sentido resultan claras las posiciones de Manuel Gálvez y Ernesto Palacio entre los integrantes del *Instituto Juan Manuel de Rosas* (fundado en 1941); las de Raúl Scalabrini Ortiz, Gabriel del Mazo, Arturo Jauretche entre la gente de F.O.R.J.A. (fundada en 1935); la de Diego Luis Molinari entre los radicales nacionalistas. Ha surgido el nacionalismo popular. Paralelamente otras tendencias mantienen su elitismo o proclividad aristocratizante. Al mismo tiempo se acentúan en la escuela de Ravignani las connotaciones liberales, lo mismo que en los enfoques positivistas de los discípulos de Juan B. Justo. El régimen de la *concordancia* y sus secuelas encuadran esa situación.

Hacia 1943 el entorno se transforma por explosión de las tensiones acumuladas entre dos términos opuestos. Por un lado, un país dominado en su economía y en su política por el imperialismo a través de minorías locales privilegiadas y sostenedoras de la injusticia social, que cuentan con apoyo de clases medias embridadas en su liberalismo y con una industria incipiente favorecida por la crisis y por la guerra aunque sin planes nacionales. Por otro lado, un país que aspira a ser económicamente independiente, a tener política propia y a gozar de un moderno status socialmente justo. Las élites señorean en el primero en medio de una situación desintegrada y sin perspectivas políticas coherentes. Las masas asalariadas protagonizan el segundo país que quiere ser, nucleando a su alrededor y en un frente como aliados a sectores patronales, militares y de la Iglesia. Entre 1943 y 1946 este movimiento popular encabezado por los obreros tiene a Perón por caudillo conductor y aglutinante; desde 1946 hasta 1955 desarrolla desde el gobierno una primera etapa de nacionalización y redistribución popular de la renta nacional, inyectando a la república una conciencia transformadora a partir de entonces históricamente viva, luchando enérgicamente contra el bloqueo imperialista y la obstrucción sistemática de las élites y sus aliados. Hacia 1952, por los obstáculos puestos en su camino y los propios errores cometidos, el peronismo debe asumir una serie de dificultades económicas y financieras que perturban su administración, especialmente en el área industrial; viraje hacia una revaluación del campo; baja producción

rural, pese al apoyo oficial, por carencia de tecnificación adecuada; difícil situación de la industria; producción en descenso; inflación en precios y salarios; envejecimiento del capital social o instrumental productivo; déficit del sector público; insuficiencia del sector exportador. Esta situación da motivo a la defección de grupos patronales (industriales, comerciantes, financistas, etc.) hasta entonces partícipes del frente peronista. Ellos van así a sumarse a la *contra* de las élites y sus clases medias útiles, víctimas también de la política elitista y el *hechizo* que les hace servir a sus propios enemigos.

El peronismo no rompe esa paradoja, al no lograr entonces captar a los sectores populares de las clases medias instrumentados por las dominantes. La jerarquía eclesiástica entra también en colisión con el gobierno, a la vez que los grupos nacionalistas aristocráticos promueven nuevas defecciones del frente nacional, en camino hacia un golpe en el que participan en una u otra medida todos los oponentes del peronismo y al que la sinarquía internacional y los polos imperialistas (occidental y soviético) favorecen. Derrocado por lonardistas, liberales e izquierdoides el peronismo deja al país las palancas económicas nacionalizadas, una importante participación popular en las rentas nacionales, un gran incremento en la producción industrial, numerosas obras de energía y de industrias de base, una expansión vigorosa de la *educación* y la *cultura* popular, un sindicalismo fuerte y politizado, un aumento en la renta nacional y una disminución de la deuda pública en relación a aquélla, numerosísimas viviendas y obras públicas, y muy especialmente una conciencia histórica revolucionaria en marcha. Conciencia que sintetiza los aportes de las distintas corrientes de opinión favorables a la desenajenación del país: *el nacionalismo, el socialismo, el yrigoyenismo, el conservadorismo popular, el cristianismo comunitario y el sindicalismo libertario*.

Debe destacarse que la elevación de los niveles de vida lograda entre las mayorías por el peronismo se manifiesta en tres direcciones principales: coestión política y económica; justicia social material y espiritual; rescate y conciencia de la *dignidad* humana y social (tarea histórica de Eva Perón). (Todo esto, como veremos, influye en las nuevas corrientes historiográficas que aparecen después del golpe oligárquico de septiembre de 1955.)

Los hechos del peronismo tienen ya para entonces alcances profundos. Sin embargo, no se obtiene todavía una *historia* que explique esos alcances y los integre a la acción política corexa. Durante esos años de gobierno del jus-

ticialismo persisten las líneas revisionistas tanto aliadas al gobierno como opositoras, y también las corrientes liberales. No hay en cambio una historiografía peronista definida. Sólo hay atisbos. Como resultado de ello falta un sistema conceptual histórico completo y coherente de los intereses, grupos y personajes que se mueven en el tiempo rioplatense.

Entre 1955 y 1966 el peronismo entra en una etapa de proscripción y persecuciones contra las que se defiende en las luchas sindicales y populares, en la resistencia clandestina y en la acción electoral condicionada. El deterioro y fracaso de los sucesivos regímenes (Libertadora, Frondizi, Guido, Illia) y la lealtad de las bases a la experiencia histórica hecha y por hacer, generan un reciente período de fortalecimiento y de crecimiento justicialista.

Avanzadas estudiantiles universitarias y secundarias que el peronismo ha colocado durante el gobierno frondizista enfrentadas al mismo, con la movilización popular en favor de la enseñanza estatal y nacional y contra la entrega y los planes antipopulares, derivarán desde 1966 en adelante en trasvasamientos masivos de sectores antes no peronistas. El movimiento amplía sus bases de sustentación en todos los planos sociales golpeados por el régimen del gobierno militar. La *Hora del Pueblo*, el *Frente de Liberación Nacional* y el triunfo masivo del 11 de marzo de 1973, marcan una secuencia de concreciones en ese sentido. El *FREJULI* es el punto culminante. La alianza del mismo con los otros sectores coincidentes —aunque con listas electorales separadas— en la brega liberadora es la instancia futura inmediata, decisiva para el país.

El lapso 1955-1973 cuenta con una resultante negativa en cuanto al desarrollo del país (entendiéndose por desarrollo un crecimiento soberano, coherente y socializado). La crisis, la injusticia y el deterioro cubren con holgura las áreas de la realidad argentina, especialmente la socioeconómica. Esa violencia contra el *Pueblo-Nación* desencadena en el mismo lapso manifestaciones importantes en el plano intelectual, que son conexas a las producidas en el plano político, donde las mayorías permanentemente resisten y atacan en diversas ocasiones defendiéndose de aquella violencia. Intelectualmente es dable percibir entonces por un lado una *implosión* de ideas y por otro lado una *explosión* de expresiones. Ambos fenómenos aparecen como dos caras de una misma medalla. A los nuevos y grandes problemas antes señalados, se responde intelectualmente con nuevas y grandes tentativas de anverso teórico y reverso práctico, que buscan concientizar y remediar.

Sin duda la *historia* no queda al margen de

ese proceso, muy por el contrario, pareciera ocupar los primeros índices del mismo. Revistas especializadas, de divulgación, colecciones de pequeño y gran formato, folletería, secciones culturales periodísticas, dan buena prueba de ello.

El peronismo resulta el cauce *mayor* de este fenómeno, y no es casual: sus experiencias son decisivas y sus fundamentos filosóficos (enunciados por Perón en su conferencia de clausura del Primer Congreso Nacional de Filosofía de 1949) sirven de estructura viva y principal. Así, el movimiento desenvuelve el *socialismo nacional*, que trae desde los orígenes, en sus entrañas, ideales y postulados.

Dos cauces ideológicos principales se entrecruzan con este proceso de desarrollo de la conciencia histórica detectable en los últimos dieciocho años. En primer término, una oleada *revisionista* (nacionalista-popular) que reivindica el ser hispanoamericano y la acción liberadora de los movimientos populares contra las minorías de privilegio y cipayía, a la vez que denuncia al confusionismo de las falsas izquierdas liberales. Ernesto Palacio sin duda sobresale como protagonista de este aporte por su visión histórica, su eficacia metodológica y su compromiso militante. Con otros matices comparten las mismas virtudes Raúl Scalabrini Ortiz y José Luis Busaniche. Otros nombres conexos: Arturo Jauretche, José María Rosa, Francisco Muñoz Azpiri, Fermín Chávez, etc.

El segundo cauce corresponde a una línea *socialista*, expresión de la realidad argentina, y de la conciencia viva de las masas en su concepto de libertad, del que ya hemos hablado. Eduardo B. Astesano, Jorge Abelardo Ramos, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui y Alberto Belloni, ofrecen en ese sentido un excelente realismo historiador: concreto, dialéctico, arraigado, argentino, preciso y revolucionario.

Ambos cauces antes referidos confluyen en una toma de conciencia del país en su cautiverio de manos imperiales y de la urgencia de redención, período de la línea social-nacional revolucionaria.

En la margen opuesta la corriente *liberal*: un muestrario de matices que oscila desde las diferentes tendencias de la *Academia Nacional de la Historia* (católica, conservadora, *progresista*, etc.) hasta las posturas de Leonardo Paso, Juan Antonio Solari, Víctor García Costa o Boleslao Lewin, pasando sin hesitación por varias firmas de colaboradores de *La Nación* y *La Prensa*. En lo que a la Academia respecta, ella exhibe una producción de acopio importante de informaciones en las áreas *hispánica, independencia, guerras civiles y de Ca-*

seros a 1930, a la vez que un bastante accidentado nivel crítico y expositivo. Existen trabajos como, por ejemplo, los del padre Guillermo P. Furlong, Enrique Williams Alzaga, Roberto Etchepareborda, Julio César González, Ricardo Caillet Bois y Enrique Barba, en los que se alcanzan aportes, así como otros donde se llegan a eclipsar suficientemente las exigencias de *academicidad*. Pero lo que más caracteriza a esta expresión historiográfica son sus limitaciones, las mismas ya observadas cuando hablamos de la *Nueva Escuela Histórica* de la cual es afín: incompreensión de los movimientos históricos populares y de su cultura; tabúes para enfocar hechos posteriores a la década de 1930; filosofía y método *iluminista* y *naturalista-positivo*; ora miopía, ora silencio ante la presencia histórica de los núcleos imperialistas en el país y en Latinoamérica.

Existen movimientos historiadores que han venido intentando una nueva senda superadora. Félix Luna orienta uno de los que poseen más amplia divulgación, sosteniendo una propuesta de *síntesis* de elementos *liberales* y de elementos *revisionistas* (lo nacional y lo popular) tanto en los hechos como en las doctrinas que se presentan en nuestra historia. Esta *síntesis* no toma en cuenta a la vertiente que hemos denominado *socialista*, y se autodefine como *ecuaníme*, *integracionista* y *prescindente* de militancia política. Sus conceptos se insinúan en la Introducción de *Los caudillos*, se amplían en *El 45* y culminan con *De Perón a Lanusse*. Analizados de cerca, muestran un confuso eclecticismo, muy a menudo tan elástico como para llegar a la contradicción lógica.

El tratamiento de los fenómenos es en exceso epidérmico acerca de temas decisivos, como el *sentido* de los caudillos federales y de la Unión Democrática, o el saldo histórico del peronismo o de la dictadura militar (1966-1973).

Abunda la utilización de adjetivaciones simplistas y juicios ligeros, aunque presentados con inteligencia sutil y giro ágilmente ingeniosos.

El mundo *liberal* sale inconsistentemente *mejorado* por el pincel de Luna, pincel literariamente eficaz, mientras que el mundo opuesto, el de los movimientos populares resulta caricaturizado como naturaleza *bruta*, inorgánica, espontánea, casi zoológica. Así, un tratamiento *familiar* y de psicologismo acaricia a las élites, llámense unitarios o lanussistas; y un criterio de suficiencia irónica y juguetea palmotea a las mayorías federales, anarquistas y peronistas. Lo superficial prevalece sobre lo principal; la arborecencia sobre el bosque y el árbol. El *liberalismo*, aunque con críticas de simple hostigamiento, queda como parte básica de la *integración*. Lo *anti-liberal* como parte accesoría

y diluida. Ambos elementos son mecánicamente distorsionados. Aunque Luna reconoce al federalismo como mayoría rústicamente expresada; aunque es benigno y amigable con las figuras de los caudillos; aunque interpreta —como excepción— al yrigoyenismo, no hay en lo profundo ni *síntesis*, ni *ecuanimidad*, ni *integración*, ni *prescindencia*. Las *síntesis* con las que la realidad se expresa no son yuxtaposiciones como las que Luna termina construyendo. En ellas hay casi siempre un elemento *mayor* o *decisivo* que de alguna manera orienta la tendencia del conjunto sintético, como lo es en nuestra historia la línea insurgentes - federales - sindicalistas - yrigoyenismo - peronismo. Sobrevaloración por un lado y devaluación por el otro: esta inflación historiográfica peca de iluminismo deformante y raya en un anti-saber que culmina, repetimos, en *De Perón a Lanusse*. Lo positivo de los trabajos de Luna es que exhiben una indiscutible riqueza de crónica documental y de acucela ambiental, además de que resulta, paradójicamente, más realista el tono de algunos de sus trabajos narrativos o poéticos sobre temas históricos. Finalmente cabe subrayar su excelente prosa y su valiosa labor de apertura y aliento de divulgación desde la dirección de la revista *Todo es Historia*, donde tantos autores noveles y no liberales hallaron tribuna para sus trabajos. Aparte del *eclecticismo* de Luna, otras corrientes, como la orientada por Roberto Etchepareborda, expresan similares pretensiones y también similares contenidos limitativos para obtener una síntesis bien evaluada en su significado histórico. Los fines de la libertad elitista prevalecen en todas ellas, y las correspondencias políticas no dejan lugar a dudas.

Desde un punto de vista sociológico tendencias basadas en una metodología estadística y tipificadora buscan crear una historiografía con rasgos definidos en lo socio-económico. En la medida en que las series son alimentadas con datos suficientes y seriamente evaluados mediante una crítica, se alcanzan resultados positivos. En cambio cuando el entusiasmo tipificador distorsiona la tarea, aparecen los encuadramientos mecánicos donde los hechos son forzados a una adjetivación sociologista tan lejana de la realidad como de la única verdad que ella significa. Se inventa entonces una caricatura historiográfica de *impresionismo cientifista*, abusando de las caracterizaciones ligeras y absolutas hasta llegar al simplismo incomprensivo y al esquematismo deformador. Ejemplo de un mínimo de resultados positivos y de muchos de estos otros tan lamentables resulta un trabajo de Rubén H. Zorrilla —de reciente publicación— acerca de *La extracción social de los caudillos*. Allí dicho autor, en

bases a una recolección de datos de muy matizada calidad cumplida con la ayuda de un equipo de 29 personas y de acuerdo a varios juicios a priori del mejor estilo utilizado por ciertos discípulos de Comte —no por Comte mismo, por supuesto— construye una ideología de “*populismo oligárquico*” para endilgarla a nuestros caudillos, sin entender entre otras cosas la movilización democrático-militar, rústica pero auténtica, que esos caudillos encabezaban con un programa socio-económico mínimo pero revolucionario: ocupación plena; proteccionismo social; productividad; independencia nacional; sentido democrático. Forzando una falsa sinonimia absoluta entre ganaderos y oligarcas, Zorrilla establece una relación determinista entre la pertenencia —en general— de los caudillos a las clases propietarias rurales y dicha *ideología populista* que el autor injerta pintorescamente a la realidad histórica, calificando a los caudillos como *conservadores* y dándole a esta expresión un sentido *antiprogresista* que no siempre tiene necesariamente. No se entiende tampoco así que en el programa federal varios puntos resultan de cambio y de avanzada justamente por lo que tienden a conservar, como por ejemplo la integridad soberana rioplatense y la economía productiva y comercial de la nación.

La doble expansión intelectual que venimos someramente reconociendo se manifiesta también en un conjunto de presencias de peso. El grupo reunido alrededor de la revista *Historia* dirigida por Raúl A. Molina, integrado entre otros por Roberto Marfany, Julio César González, Carlos Ibarguren (h.), Enrique Williams Alzaga, José Luis Molinari, Miguel Ángel Cárcano, Guillermo P. Furlong, V. M. Quatoruolo y N. Besio Moreno, ha cumplido valiosas investigaciones sobre aspectos del período hispánico y de la independencia. Los cuadros docentes de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires promueven desde más de diez años atrás una labor que si bien matizada en sus aciertos y alienaciones posee de todas maneras aspectos positivos importantes. En ese sentido se han venido destacando José Luis Romero, Nilda Guglielmi, Reina Pastor de Togneri, Haydée Gorostegui de Torres y Alberto Pla en el campo de la historia social; Ricardo Caillet Bois, A. J. Pérez Amuchástegui, Tulio Halperín Donghi, Margarita Montanari y Germán Tjarks en el de la historia argentina; Nicolás Sánchez Albornoz en el de la historia contemporánea y económica; y Angel Castellán en el de la teoría e historia de la historiografía.

Obras especializadas y fasciculares como *Crónica Argentina*, *Polémica*, *Documentos de Polémica* e *Historia Popular* reúnen, por en-

cima de un cierto altibajo de calidad y de enfoque, méritos suficientes por su tarea de divulgación masiva y su correcta visión de la situación argentina en su dilema de enajenación o independencia.

Encuadrados en el peronismo, que conduce y sintetiza aportes de las corrientes históricas de opinión a las que antes hicimos referencia, un importante grupo de historiadores construye y divulga una labor que es sin duda el ramal principal de acceso a una nueva acción historiográfica: Ernesto Palacio, Arturo Jaretche, Rodolfo Ortega Peña, José M. Rosa, Fernando García Della Costa, Jerónimo Orellano, Norberto Ceresole, Jorge Höning, Alberto Baldrich, Hugo Chumbita, Salvador Ferla, Martín Almafuerde, Ernesto Goldar, Blas Matamor, Carlos Mastrorilli, Rodolfo Puiggrós, Juan J. Hernández Arregui, Eduardo B. Astesano, Carlos Juan Moneta, Horacio Salas, Pedro Olgo Ochoa, Raúl Jassen, Miguel Gazzera, Carlos Fernández Pardo, Enrique Hugo Mases, Roberto Juárez, Norberto Folino, Jorge Larroca, Eduardo Duhalde, Erminda Duarte, José Luis Muñoz Azpiri, Alcira Argumedo, Enrique Pavón Pereyra, Gonzalo Cárdenas y Luis Alberto Murray.

Desprendidos de las usinas de temática histórico-social de alguna manera lideradas en su momento por los mencionados profesores Romero, Pla, Halperín Donghi y astor de Togneri, otro sector juvenil pero con acento marxista viene elaborando análisis históricos de interés y solvencia técnica. Así lo hacen por ejemplo Juan Carlos Grosso, Luis Alberto Romero, Rodolfo Valeri, Susana Mallo, Marta Calviño, Susana Bianchi, José Luis Fernández, Ricardo R. Figueira, Liliana Galletti, Enrique Tandeter, Lilia A. Bertoni, Susana M. Belmatino, Martha Cavillioti, Pablo Constantini, Santiago Mas y Hugo Sacchi. Tales análisis incluyen áreas de historia europea y americana de alguna forma relacionada con nuestra república.

Corresponde subrayar dos presencias activas también surgidas en la docencia de Filosofía y Letras de Buenos Aires: las de Hebe Clementi y Haydée Gorostegui de Torres. La primera es autora de investigaciones valiosas en la historia de América del Norte y en sus influencias sobre la vida rioplatense, además de un utilísimo relevamiento crítico acerca de “Rosas en la Historia Nacional”. La segunda es especialista en estudios de historia social argentina, directora de colecciones de divulgación y autora de un reciente tomo de una colección en curso de publicación, dedicado a “La organización nacional”.

Relacionados con la revista *Todo es Historia* se han destacado por sus artículos y ensayos, de matizada ideología pero de atendible sentido na-

cional, Miguel Angel Scenna, Guillermo Abregú Mittelbach, Juan Carlos Vedoya, Horacio Sanguinetti, Alberto González Arzac, Juan M. Vigo, Luis C. Alén Lascano, Máximo Aguirre, Jorge Miguel Couselo y muchos otros, entre los que debemos contar a varios historiadores de la corriente peronista que se encuentran entre los que hemos nombrado.

Dentro de un enfoque especializado en economía han alcanzado trascendencia Roberto Cortés Conde, Guido Di Tella, Horacio Bliss, Silvia Sigal, Ezequiel Gallo, Manuel Zymelman, Gastón Gori, Noel H. Sbarra, Horacio Juan Cuccoresse, Alfredo J. Montoya, Jaime Fuchs, Carlos Emerito González, Ricardo M. Ortiz, E. Silberstein, y P. S. Martínez.

En la historia institucional y jurídica ocurre lo mismo con los aportes de Salvador María Lozada, Carlos Mouchet, Victor Tau Anzoategui, Alfredo Díaz de Molina, Mario Belgrano (h.) y Carlos Luque Colombes, por mencionar a algunos de los más representativos.

Especialmente referida a las luchas obreras anarquistas y a los personajes y organizaciones clandestinas conexas, la producción de Osvaldo Bayer ha logrado una visión clara de dichos temas, concretando al mismo tiempo y pioneramente una sistemática metodológica en la utilización de documentos periodísticos y testimonios orales contemporáneos y una postura nacional.

Inquieto buceador e incansable redactor, Enrique de Gandía auspicia desde varios años atrás una *revisión no nacionalista*. En ella rescata certeramente el valor de lo español en nuestra formación; clarifica el mosaico de tendencias políticas a comienzos del siglo XIX en el Plata; ordena la ideología de figuras de la independencia; critica a Rosas por *tirano* y opuesto a la libre navegación de los ríos; demuestra la actuación de San Martín en las logias militares más o menos masónicas (al estilo de la época); realiza la apología del mitrismo y de lo que en los hechos es el *régimen liberal*; condena al revisionismo nacionalista por "fascista y nazi"; rechaza la presencia histórica de las mayorías y sus caudillos por inorgánicas y totalitarias; y ofrece una cantidad incommensurable de trabajos historiográficos publicados, particularmente útiles en lo que atañe a la historia americana y al período de dominación española.

Otra apertura peculiar es la de Enrique Barba, quien sin enrolarse en las posturas conocidas, obtiene una perspectiva bastante serena pero no prescindente ni enclaustrada. Su labor, temáticamente vinculada sobre todo al problema de unitarios y federales, ha resultado de evidente servicio para el accionar historiador.

A. J. Pérez Amuchástegui, ya mencionado en su tarea docente, ofrece en su trabajo acopio

informativo, metodología científica y estilo polémico en función de conclusiones. Plácido Grela, Gastón Gori, Andrés Ringuet y Luis Pozzo Ardizzi han estudiado problemas y episodios de nuestros conflictos sociales y rurales. Antonio Pagés Larraya, Alvaro Yunque, Emilio Carilla y otros han desarrollado la historia de nuestra literatura con sentido popular y argentino. Marcelino Román y Héctor Azeves hacen lo propio con el folklore histórico.

Justo es también subrayar el trabajo metodológico y expositivo de Manuel B. Somoza, de sensibilidad nacional y empuje técnico, así como las investigaciones y acopio bibliográfico cumplido eruditamente por el mercedario Fray José Brunet, con acento en lo eclesiástico como resonancia popular hispanoamericana.

Con lo expuesto puede contarse con una visión panorámica, que no pretende ser exhaustiva —y donde nos quedan muchos por nombrar—, de la situación vinculante entre el proceso histórico y las corrientes historiográficas que han intentado *representarse* ese proceso en el país. Queda ahora por considerar, teniendo en cuenta el balance de rémoras y posibilidades que aquella situación vinculante presenta, una serie de cursos de acción para obtener una historiografía nueva, que desentrañe los caminos históricos de la liberación nacional y esté a su servicio activo.

POSIBLES CURSOS DE ACCION A SEGUIR

- 1) Asumir el *trabajo historiador* en la contradicción fundamental en la que la Argentina juega su tiempo histórico vivo: dependencia o liberación.
- 2) Integrar dicho *trabajo historiador* en la militancia política que acciona por el segundo término: por la liberación; considerando a esa militancia como único camino posible de éxito y a esa liberación como encarnación de individuo y comunidad realizándose en su medio cultural-nacional.
- 3) Arraigar vitalmente el *trabajo historiador* en el entorno actual que nos rodea, considerando que el movimiento peronista es el núcleo mayor y de avanzada que lidera el programa revolucionario liberador sustentado por las mayorías o masas nacionales que sumaron el 80% de los votos emitidos el 11 de marzo de 1973.
- 4) Asumir las dos corrientes principales que la historia argentina muestra tanto en los hechos como en lo ideológico: la *nacionalista* y la *socialista*, concientizando historiográficamente a ambas, así como los posibles aportes provenientes de terceras vertientes u otras especiales, sin

excluir el caudal menor que pueda aportar la corriente liberal.

5) Alimentar esta tarea con las conclusiones que la moderna Teoría de la Historia viene elaborando a partir de la tarea de la denominada *Escuela Sociológica Francesa* de Lucien Febvre y March Bloch y del *historicismo existencial* de Croce, Ortega y Gasset y Sartre; sin olvidar las fuentes filosóficas insoslayables del Hegel de la *Fenomenología del Espíritu* y de su dialéctica (plantada luego en la historia por Marx). Es decir: abandono de lo puntiforme, lo eventual, lo anticuario y el datismo; comprensión de procesos, ideas, valores y tendencias en dimensiones de mediana y larga duración y densidad; rechazo del historiador frío y aseptico en su pedante *especialización*; utilización de la historia social desarrollada en Occidente por Jaime Vicens Vives, Fernand Braudel, Maurice Crouzet, Paul Mantoux, Henri Pirenne y Jacques Legoff entre otros, pioneramente afinada en nuestro país por José Luis Romero y luego aplicada en historia argentina por otros, y de las denominadas *historias especiales* (económica, artística literaria, etc.) muy vinculadas a la social.

6) Rescatar figuras precursoras por su *apertura*, como Pedro de Angelis, Alejo Peyret, Manuel A. Sáez, Juan Bialek Massé, Saúl Alejandro Taborda, Juan B. Terán y Sigfrido A. Radaelli. Todos ellos apuntan a un rescate científico, realista, comprometido, militante y nacional de nuestra historia, y comparten en el tiempo una lucha contra el *iluminismo liberal*, ocultada, no por casualidad, por la política cultural oficial del *régimen*.

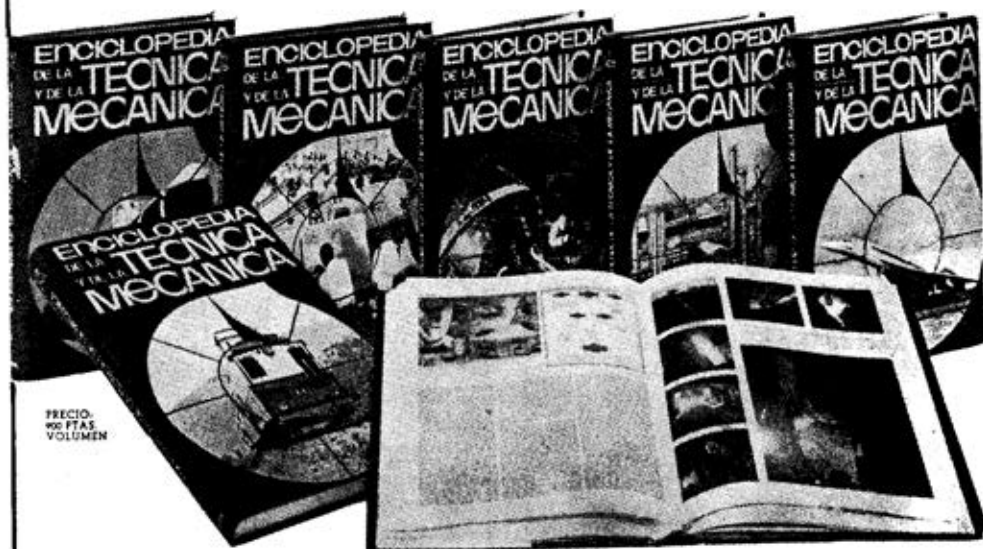
7) Sumar los aportes de los otros países hermanos de nuestro *Tercer Mundo* dada la similitud de problemas esenciales que nos liga con ellos. Cabe allí rastrear elementos en cuanto a la cuestión nacional, en particular, subrayando que ha de entenderse que ese *Tercer Mundo* está compuesto por todos los países que sufren de alguna manera situaciones de dependencia frente a otros poderosos que los dominan, o, trasladándose en el tiempo, los que en algún momento la han sufrido. Resultan así útiles desde los conceptos desarrollados por el español

José Antonio Primo de Rivera hasta los del argelino Frantz Fanon, el húngaro Imre Nagy y el peruano Carlos Delgado.

8) Elaborar sobre las bases enunciadas una nueva historiografía e historiología argentinas, que sirvan al esclarecimiento de las experiencias con que las mayorías vienen trazando caminos para realizarse como *unidad de destino*. En ello es primordial considerar al *pueblo* como protagonista o sujeto histórico fundamental del proceso. Una *historia argentina* hecha desde la perspectiva de los grupos populares resulta de urgente necesidad satisfacer. En esa tarea, el historiador deberá mantener constante e íntimo contacto con esas mayorías, abandonando todo elitismo intelectual y todo profesionalismo mercenario y arribista.

9) Un nuevo camino no liberal, no revisionista clásico y no marxista dogmático es el que se necesita y el que la revolución justicialista viene señalando. Un camino de nacionalismo, de socialización, de cristianismo auténtico. Un camino para la reconstrucción nacional, donde tomemos del pasado la experiencia que duramente se ha incrustado en nuestros espíritus para realizar una obra conjunta, constructiva y solidaria. Un camino de alborada de liberación para nosotros y para nuestra Latinoamérica, con la que vamos a unirnos y acceder a lo Universal.

10) Este camino historiador tercermundista ha de encarar preferentemente lo socio-histórico, aunque sin descuidar lo psicológico y existencial; ha de crear formas de expresión incompatibles con el anacrónico mundo social en el que nos movemos; ha de compartir la política revolucionaria en sus objetivos y luchas sociales, pero independizándose de ella en cuanto tiene de profesión y arte específica. Es decir: resulta imprescindible que la nueva tarea historiadora de liberación se entremezcle con el pueblo en la praxis social orientando en lo necesario su acción política, desarrollando su propia estructura expresiva en la operación de conciencia, sus propios lenguaje y estilo específicamente *historiadores*, argentinos, latinoamericanos, socialistas.



PRECIO:
950 PTAS
VOLUMEN

El maravilloso universo
de la tecnología al alcance de todos

Un técnico: la clase de hombre que mueve el mundo

¿Le gustaría ser uno de los hombres que mueven el mundo? Esta complicada civilización en que vivimos, este universo de relojería en el que cada vez más un guiso, una fórmula... deciden entre el éxito y el fracaso, es un colosal engranaje cuyo movimiento mantienen unos hombres para los que exactitud, concisión y perfección son normas de conducta. Al presentarle nuestra ENCICLOPEDIA DE LA TÉCNICA Y DE LA MECÁNICA le invitamos a sumarse a este grupo exclusivo de hombres que conoce y vive la filosofía de nuestro tiempo: dominar la TECNOLOGÍA. Lo que le ofrecemos es:

LA LLAVE MAESTRA DE SU FUTURO

Plan de la obra
LOS PRINCIPIOS CIENTÍFICOS - Cálculo de probabilidades. Estadística. Calculadoras mecánicas,

eléctricas y electrónicas. Principios de Física, Química, Óptica, Acústica, Electricidad y Magnetismo.
LOS MATERIALES - Combustibles, Carburantes, Lubricantes, Barnices, Adhesivos, Aislantes.
Pruebas de resistencia, Análisis.
LA TÉCNICA - De los transportes. De la electrónica. De la energía nuclear. De las construcciones. Del calor, del frío, y del vacío.
LA MECÁNICA - Dibujo técnico. Piezas y herramientas. Motores. Automatismos y servomecanismos.
LOS MINERALES DE HIERRO, LA SIDERURGIA Y LA METALURGIA - Metales y aleaciones. Corrosión y protección. Metalurgia de los metales no ferrosos.

7 volúmenes lujosamente encuadernados en Guaflex estampado, con sobrecubierta, formato 20 x 29,5 cm., 2.536 páginas de texto, 210 láminas a todo color, 8.000 dibujos, esquemas y fotografías originales a una y dos tintas.

EDICIONES NAUTA, S.A. Balmes, 357 - Barcelona-6

EDICIONES

FORMENTOR S.R.L.

BELGRANO 1462

37 - 1657

BUENOS AIRES

38 - 2769

NOVEDADES Y REIMPRESIONES ENERO-ABRIL 1973

OBRA INGLESA: José María Blanco White
Prólogo: José Goytisolo

R. Musil: *El hombre sin atributos* (Tomo 3)

M. Duverger: *Las dos caras de Occidente*

Mihail Eminescu: *Poesías*

Bernard Durt: *Lectura de Brecht*

Alberto Arbasino: *Superheliogábalo*

Carlos Fuentes: *Tiempos mexicanos*

Reimpresiones

J. Guimarães Rosa: *Primeras historias,*
Gran Sertão: Veredas

PREMIO BIBLIOTECA BREVE 1972
Seix Barral:

J. Leyva: *La circuncisión del Señor solo*

NOVEDADES Y REIMPRESIONES

Colección Narradores del Arca

Luis Gusman: *El frasquito* (1ª y 2ª edición,
agotadas, en prensa 3ª edición)

PROXIMO TITULO

Oswaldo Lamborghini: *Sebregondi retrocede*

Colección Los Lanzallamas

Augusto Boal: *El acuerdo internacional del*
tío Patilludo, Revolución en América del
Sur y Torquemada.

PROXIMO TITULO

Saúl Sosnowski: *Cortázar, una búsqueda*
mítica

Colección El Materialismo Racional

Michel Tort: *El psicoanálisis en el materia-*
lismo histórico

EDICIONES NOE

Tucumán 1655, 3º "D"
Tel. 46 - 9301

Buenos Aires - Rep. Argentina

**La difícil
razón histórica
por Blas Matamoro**

Juan José Sebreli
*Apogeo y ocaso de
los Anchorena*
(Siglo XX editores)
Alberto Pla
*Ideología y método
en la historiografía
argentina*
(Nueva Visión)

1.— La historiografía tradicional argentina admite dos líneas fácilmente identificables: las llamadas "liberal" y "revisionista". Hasta qué punto son opciones reales para el historiador actual, es uno de los sujetos que preocupa a los dos autores citados.

Sabemos que la manera más tradicional de contar la historia es hacerla operar como narración ejemplificadora, co-

mo cuento moral, como fábula con moraleja. La historia es hecha por los héroes buenos y malos, que encarnan potencias abstractas o contra las que hay que tomar partido. La finalidad del relato histórico es enseñar cómo se opera en la vida real para que las fuerzas positivamente valoradas lleguen a determinar acontecimientos. La historia es una disciplina moralizante, un vehículo de educación de los pueblos.

Tanto liberales como revisionistas han hecho funcionar la narración histórica en este sentido estructural. La diferencia está en las valoraciones que han manejado para cargar el peso de lo positivo y de lo negativo, del bien y del mal históricos, que son, a la postre, el bien y el mal éticos.

La historiografía liberal está comprometida con el proyecto de la Argentina de 1880, gran país productor de materia prima para el mercado inglés, gobernado oligocráticamente por la clase de los grandes propietarios rurales, con una población trabajado-

ra inmigratoria, liberal en lo político, laica, de cultura afrancesada y enemiga de la posible tradición hispánica de los conquistadores originales. Su historia prueba que las fuerzas del progreso derrotan a la rémora conservadora e imponen la libertad de comercio y las leyes constitucionales. Así vemos que a un período de guerras de emancipación sigue otro de luchas civiles y un tercero y definitivo de organización nacional.

El revisionismo invierte los papeles: la Argentina no es el país del 80, cosmopolita y laico, sino el país originario, hispánico, o indígena, o criollo, según los matices.

Es el país orientado hacia adentro, hacia sus esencias misteriosas y telúricas, hacia la montaña y el mar Pacífico, por oposición a los sectores orientados hacia afuera, hacia Europa y el comercio ultramarino, alineados geopolíticamente en las costas de la política atlántica. Consecuentemente, donde el liberalismo ha puesto sus héroes, el revisionismo pone sus vi-

llanos y viceversa, salvo excepciones, como la figura de San Martín, curiosamente respetada por ambos, aunque creación del historiador liberal Mitre, quien lo convierte en el héroe patriarcal de los argentinos (sus últimos años en el exilio, lejos de las guerras civiles, facilitan este encuadre).

La piedra de toque de ambas tendencias es la figura del gobernador de Buenos Aires entre 1829 y 1852, Juan Manuel de Rosas. Por eso es que se los suele encuadrar como rosistas y antirrosistas, y el primer adjetivo suele tomarse como sinónimo de revisionistas. Lo cierto es que, a pesar de que el auge del rosismo se da en los críticos años de la década del 30, unido al intento de una organización política del país basada en el modelo fascista, la figura de Rosas fue motivo de enaltecimiento por parte de historiadores del siglo XIX, algunos de los cuales, como Adolfo Saldías, eran correligionarios del liberal Mitre (otros ejemplos: Ernesto Quesada, Adán Quiroga).

2. — La tendencia liberal se ha congelado en las instituciones oficiales (sobre todo la Academia Nacional de la Historia), aunque mirando a una revisión de tradiciones; de ahí la designación, como académico, del rosista Julio Irazusta. El revisionismo, a la vuelta de los años, se ha tornado también tradicional, y la historiografía argentina asiste, desde hace casi dos décadas, a un nuevo revisionismo, que tiende a cuestionar un esquema tanto como el otro. Quizá los aportes fundamentales hayan venido de

una historia temática distinta de la practicada por liberales y rosistas. Se ha renunciado a centrar el relato en los hombres protagónicos y se ha iniciado la narración de los grandes hechos objetivos, singularmente los económicos.

Algunos historiadores liberales dan, a principios de siglo, ejemplos aislados de preocupación por la historia económico-social (Ricardo Levene, al estudiar la economía virreinal y, sobre todo, el curioso juriconsulto Juan Álvarez, con su clásico *Las guerras civiles argentinas*, obra densa y mecanicista que hace jugar los hechos económicos como causas irrefutables de los políticos, sobre todo a partir del estudio de las oscilaciones de precios). Otra rama antecesora del revisionismo de último cuño es la dada por algunos historiadores socialistas: José Ingenieros en *La evolución de las ideas argentinas*, obra muy desigual y parcialmente aprovechable, y Jacinto Oddone, en *La burguesía terrateniente argentina*. No puede hablarse del marxismo de estos autores, alineados a la izquierda de la tradición liberal, con el de otros que, posteriormente, profundizaron la investigación de la historia económica, como Ricardo Ortiz.

Tanto Sebreli como Pla se alinean en la filosofía marxista de la historia, y sus obras son respuestas, práctica la primera y teórica la segunda, a la pregunta fundamental de la epistemología histórica: ¿a quién le ocurren los sucesos históricos?

La historiografía idealista,

que podría tener su máximo representante en Hegel, enseña que la historia es el devenir del Espíritu en la realización de la Idea. A través de un complejo juego de contradicciones, de idas y venidas, el Espíritu va a alcanzar su forma metafísica, que es la Idea preestablecida en sí misma, pero a la que sólo le es posible existir a través de la auto-realización. La Idea es, pues, ineluctable, y domina el largo decurso histórico, sembrado de contradicciones dialécticas. O sea que para el idealismo, lo esencial de la historia es algo no-histórico, una forma pura y absoluta, que está antes y fuera del tiempo histórico, aunque se realiza en él.

Esta articulación de la narración histórica (en la Argentina comenzaría por ejercitarla Vicente Fidel López responde a la pregunta fundamental en distintas direcciones:

a) Los historiadores nacionalistas (Treitschke en Alemania, Stefanoni y Denina en Italia, Oliveira Martins en España y Portugal, por ejemplo) hacen sujeto de la historia al espíritu nacional, ese *Volkgeist* que apasionaba a Hugo y Savigny y que, en la Argentina romántica, entusiasmó al joven Alberdi. Se trata de una esencia intemporal, fija, nuclear, cuyas manifestaciones pueden variar, pero cuya entidad es inmortal. La Nación puede dejar de existir, pero su espíritu, aún adormecido, fragmentado, latente, no. Y así las resurrecciones y las luchas, los vaivenes históricos que son como la biografía de ese espíritu, las llameantes manifes-

taciones de una misma sustancia combustible.

Sintomáticamente, estas teorías de la historia florecieron en países ocupados, decadentes o fragmentarios, cuya reunificación o alza política se trató de cimentar, ideológicamente, en este tipo de filosofías. Francia, en cambio, gran potencia antes y después de la Revolución, no necesitó echar mano de ellas. Por otra parte, sería difícil identificar un mismo espíritu nacional en el antiguo y el nuevo régimen, dada la fractura radical que la gran revolución burguesa produjo en el panorama nacional francés.

b) Los historiadores idealistas heroicos, siguiendo a Carlyle y derivados del epos primitivo, hacen sujeto de la historia, paradójicamente, a los grandes hombres, a las figuras excepcionales. Digo paradójicamente porque así se llega a la conclusión de que sólo a ellos "les ocurre" la historia, y no al común de los mortales. Correlativamente, los sucesos que se articulan en la narración histórica son eventos igualmente excepcionales. La historia cuenta batallas, asonadas, coronaciones, crisis, éxodos, etcétera, o sea lo que sólo ocurre de vez en cuando. El último revisionismo no descarta —y esto lo explica muy bien Pla— dirigir su interés a los sucesos más densos del acontecer histórico, pero revierte su significado: no son los conductores de la historia, sino sus emergentes; no resultan del fondo de lo cotidiano, sino que se incluyen en el gran flujo concreto de la vida humana. Lo mismo en cuanto a los hombres "ex-

cepcionales", los héroes que ejemplifican las fuerzas negativa o positivamente connotadas: se los considera por su tipismo, porque ejemplifican, mejor que otros, los rasgos de una época, una clase, una actitud generalizable, pero se los despoja de su excepcionalidad. La historia les ocurre a todos, sin hacer excepciones.

c) Para el materialismo vulgar y mecanicista (en su versión moderna y científica) prescinde de la noción de sujeto histórico; la historia "ocurre" de manera impersonal y anónima, no le "ocurre" a nadie en particular) el sujeto de la historia son las clases sociales. Es la reversión total y grosera de la historia idealista heroica: en lugar de las grandes figuras, grandes entidades impersonales, cuya manifestación de conducta son los sucesos económicos cuantificables (estadísticas de producción, series de precios, censos de población, índices de consumo, valores relativos de las unidades monetarias, etc.). La historia pasa a ser, así, una ciencia natural, el estudio de las leyes a las cuales obedece el curso de lo histórico, leyes cuyo cumplimiento, una vez establecido (haciendo jugar las recurrencias en el tiempo, los modelos y la inducción de las causas sobre los efectos) es ineluctable y lleva a un curso cíclico también ineluctable: el agotamiento y la sucesión de los sistemas históricos de organizar la sociedad humana, a partir de su base económica. Ya Kant y Vico supieron que la historia no andaba a saltos y que su devenir no obe-

decía simplemente a los caprichos de los grandes personajes con carisma histórico. La diosa Fortuna obedece a la ley de las recurrencias matemáticas y la nariz de Cleopatra mide lo que mide porque está determinada biológicamente. Vico creía en una ida y vuelta histórica en que siempre se desarrollaba la combinatoria de los mismos elementos. Kant proponía estudiar las normas que la Naturaleza había dictado para que la voluntad humana las obedeciera en el juego de su libertad. Ciertamente del marxismo, reconociéndose en su tradición positivista, hace también de la historia la ciencia natural de lo económico en el tiempo, el estudio de la ley natural que rige el modo de producción en determinada etapa, hasta su consumación y su destrucción, que deja paso al modo de producción siguiente. Tanto Sebreli como Pla reclaman inscribirse en la tradición marxista dialéctica, en la cual el hombre, que ha establecido esas leyes a que obedece el sistema productivo (de ahí la posibilidad de encontrar la Razón en la Historia) juega un papel activo y reactivo, incluido todo el bagaje de su voluntariedad y su imaginación, esos dos elementos indispensables para todo proceso revolucionario, o sea la instauración de lo ausente. Para el materialismo dialéctico la tradición positivista del marxismo ha fetichizado la economía, hasta convertirla en una entidad legisladora de lo social, que está fuera de la historia, estableciendo estructuras invariantes a las cuales la historia obedece.

d) Finalmente, habría que examinar a quiénes destinan, tanto Sebreli como Pla el rol de la subjetividad histórica. Se sabe qué es lo que estudia la historia, ese constante devenir revolucionario y revolucionado, que convierte a la ciencia histórica en la narración de lo que Braudel llama "dialéctica de la duración": una totalidad concreta, categoría fundamental de la realidad. Examinando la constitución de esa totalidad, entre el sujeto mínimo y aislado (el individuo puro, mera construcción científica que el individualismo del siglo XIX elevó a categoría filosófica) y la totalidad de los grupos en el conglomerado social total, hay muchos niveles de mediación. La misma constitución ha sido planeada por la voluntad humana de dominio natural y de dominio social, en un mundo de escasez y por medio de la praxis del trabajo. Pero ya esa voluntariedad congelada, estructurada en sistema social, que condiciona la voluntariedad de los hombres sucesivos, escapa al proyecto voluntario original. El sujeto humano pasa a ser objeto del sistema y su recuperación de la subjetividad sólo puede darse por una reacción subjetiva que lo desquicie de su rol objetivo. Esta subjetividad histórica no es por cierto la del sujeto kantiano, como observa Lukács, ese convidado de piedra al festín de la realidad, que debe tener por máxima aspiración conocer los fenómenos de esa realidad, sino un sujeto con roles cambiantes que interviene en la realidad para revolucionarla, y cuya intervención está

históricamente condicionada por la interferencia histórica de otras intervenciones humanas, también condicionadas. La historia es la historia humana de este mutuo y dialéctico condicionamiento, y sus sujetos son los hombres, mediatizados en su condición de miembros de una clase social determinada, constituidos por la historia a la vez que constituyentes, hablados y escritos por un lenguaje cuyas reglas de juego comunicativo los mismos hombres han fijado, sujeto-objeto de la dialéctica histórica que otros hombres han fundado y ellos mismos contribuyen a re-fundar o modificar, cada día de su vida, siempre histórica. La historia le pasa a los hombres y este acaecer tiene niveles de manifestación, desde la estructura económica hasta la superestructura cultural.

3.— Esta prefijación de principios redunda en una manera particular de narrar los hechos históricos y de interpretarlos, que Sebreli resuelve en su libro, a nivel temático, tomando como campo la historia genética de un grupo familiar —los Anchorena— cuya característica constante ha sido la de ser pertenecientes a la clase burguesa, propietaria y coparticipe en el ejercicio del poder, a lo largo de la evolución histórica de la Argentina en el sistema económico del capitalismo dependiente.

Los sujetos de la narración son, pues, los que llevan el hereditario apellido Anchorena. En ellos actúan las ideologías (elementos de superestructura) paralelamente a

los intereses de clase (elementos de estructura), condicionantes de aquéllas. La familia es tomada como una estructura constante, en que el hecho biológico de la reproducción es unido al suceso jurídico del derecho sucesorio y al económico de la acumulación de capital. De acuerdo al marco social en que la familia se inserta, varían las normas morales y los gustos estéticos, el estilo ideológico a la vez que la orientación de las inversiones y de los gastos.

Las clases sociales, en el encuadre de Sebreli, perduran en las dos dimensiones del ser: en-sí mismas (como clases oligocráticas, o sea que ostentan el poder político porque son propietarias y detentan el poder económico, y distinguen y excluyen de sus instituciones de reproducción —la familia, el club, el barrio, la casa— a quienes no pertenecen a su rango social) y para-sí mismas (siendo lo que no son, o sea pasando de ser burguesía comerciante monopolista exportadora e importadora, a burguesía librecambista, cuando el mercado exterior más conveniente ya no es el español sino el inglés, luego burguesía terrateniente saladerista —exportadora de carne salada— y, más tarde, gran burguesía terrateniente que alquila sus campos al pequeño productor o los destina a la producción de carne para la exportación o el consumo interno). Paralelamente a estos diversos ajustes productivos, la clase a la que los Anchorena han pertenecido se inserta, maneja y perdura en distintas organizaciones políticas,

a las cuales sirve con variantes ideologías. El orden se entretiene en crear falsas oposiciones, para debilitar al verdadero adversario, y también en hacer cargar con el peso de la responsabilidad visible a los llamados hombres públicos, protagonistas o expectantes, que juegan roles instrumentales jugando a que son capitales. El verdadero poder no está en el trono sino detrás de él y es allí donde la oligocracia alarga sus raíces, para manejar al monarca de turno, ensalzarlo o despreciarlo, según el flujo exterior de los acontecimientos; todo debe variar para permanecer.

Así, la clase que los Anchorena personifican resiste los dos embates más fuertes sin desaparecer totalmente: el de las clases medias y su caudillo Yrigoyen en 1916 y el de la alianza entre la clase obrera y la nueva burguesía industrial con su caudillo Perón en 1945. Nacida a la gran riqueza bajo el auge hegemónico del mercado inglés, enriquecida hasta lo alucinante al asociarse con el imperialismo inglés, se amolda a ser personera de capitales alemanes, norteamericanos, y a renunciar a una larga tradición de explotación de la tierra para radicar inversiones en sociedades anónimas e incorporar a algunos miembros de su clan a la gran industria moderna de la moda y la televisión. Encarna la austeridad, la obediencia al dogma católico y a las ideas autoritarias de los reaccionarios europeos en los comienzos del siglo XIX, para volverse liberal, librepensadora, cosmopolita y amiga del consumo

suntuario en 1870. Es aristocrática y anglófila mientras no haya que negociar con las clases medias y el imperio inglés sea sólido, para volverse fascizante y dictatorial al desatarse la gran lucha interimperialista en la década del 30. Hombres de la gran burguesía oligocrática han simpatizado y tratado de asentar sus reales aun en el campo político más alejado y combatido por esa misma clase, en bloque: el peronismo.

Los personajes van y vienen, cambian de nivel y de importancia. De pronto alguien que ha sido hombre público de primera línea es sucedido por otro que se limita a manejar los negocios familiares. A un austero padre de familia de 1820 sigue un dandi desenfadado en 1870. Los padres no salían de la ciudad aldeana y los hijos se instalaron en París. Sebreli acude a todo tipo de ejemplos individuales. Una dama de beneficencia puede ser típica lo mismo que un administrador de estancia; un ministro lo mismo que un escritor; una modelo de publicidad lo mismo que un director de sociedad anónima. Al inventario de una sucesión puede emparejarsele, por su valor de documento sintomático, la descripción de un palacio. En todas partes es detectable la práctica humana y el rasgo distintivo de haber sido ejercitada en un marco condicionante: una sociedad de clases en lucha.

Como esa sociedad, igual y cambiante, sigue siendo de clases en lucha, y ahora como antes, una organización capitalista dependiente,

la revisión del pasado es un acto presente que tiene determinaciones políticas que actúan como sus finalidades. La mirada hacia lo que pasó no es pasatista estática, sino que se revierte en el pasado y vuelve al presente, para volver a escribirlo y reescribirlo, una vez más. El proyecto del historiador no es traer a colación mundos históricos difuntos para decretar que están concluidos y cerrados, sino para aportar elementos radicales que esclarezcan los problemas actuales y condicionen actitudes con respecto al futuro de la realidad humana que es el contexto del historiador y cuya práctica recibe como un elemento más de la historia por hacer y por narrar, por investigar y por interpretar.

Rozitchner y los límites del individualismo burgués. por Germán Leopoldo García

**L. Rozitchner
Freud y los
límites del
individualismo
burgués
(Ed. Siglo XXI,
1972, 503 páginas)**

¿Es que alguien cree que lo que pasa en este ejemplar de periódico es un hecho de prensa?

Macedonio Fernández

1.— Rozitchner empieza por preguntar(se): "¿Cómo justificar, entre nosotros, un libro más? La pregunta no es teórica: ¿Es posible escribir sin pudor otra cosa que no sea sobre la tortura, el asesinato, la humillación y el despojo cuando el orden de la realidad en que vivimos se asienta sobre ellos?"

La negación no puede ocultarlo, la pregunta es retórica porque la respuesta le es anterior; la respuesta es el libro que leemos, sus 503 páginas. Se trata de un intento... "de comprender una distancia que la burguesía abrió en cada uno de nosotros: saber qué se resiste en cada uno, para ir más allá de los propios límites. Este trabajo está pues dedicado, preferentemente, a la izquierda: se inscribe en los problemas que en ella se debaten".

Las cartas están echadas: esa resistencia sería supera-

ble por un "saber" que desparejaría el camino hacia la acción (revolucionaria). Freud serviría para "...comprender qué es la cultura popular, qué es actividad colectiva, qué significa formar a un militante".

Para Freud el "saber" poco puede hacer cuando la verdad del deseo está en juego, puesto que "esa distancia que la burguesía abrió en cada uno" no podría entenderse sin tener en cuenta los beneficios secundarios que aporta.

En la versión de Rozitchner hay una izquierda que "sabe" necesaria la revolución, pero siente que una "verdad" resiste, anulando la posibilidad de actuar "eficazmente" para lograr la transformación del orden social.

Los textos de Freud servirán para captar eso que "resiste", pero en el mismo movimiento, las reflexiones de Rozitchner terminarán resistiendo esos textos en los que intenta apoyarse.

En este drama "en primera persona" Freud hará su entrada según las necesidades expresivas de una escena organizada por Rozitchner; por eso, es necesario analizar la lógica de este montaje que aparece funcionando como un sistema de *restitución*.

A través de Freud se intenta dilucidar algo que la burguesía ha puesto en cada hombre de izquierda y que, si nos guiamos por el título, tiene que ver con los límites del individualismo burgués. Sólo nos resta saber si ese individualismo burgués tiene que ver con Freud y/o con

los "sujetos" que proponen la reversibilidad de una primera persona —tan gramatical como las otras—, como alternativa a la supuesta "tercera persona" de la ciencia.

En verdad, Rozitchner nos dice que tanto él como Freud tienen los mismos límites: "Y cuando pongo Freud y los límites del individualismo burgués no hablo de los límites del otro solamente, sino, a través del análisis, de los propios."

2.— "No tiene que leerse (el libro), como tampoco su título, como una obra científica, en tercera persona: fue escrito en primera persona. Es, si se quiere, un libro con sujeto (...) hablamos de nuestro propio yo (...) este retorno sobre el sujeto se hace ahora más necesario que nunca..."

¿Por qué?: "...estructuralismo mediante, terminamos por no hablar, sino por ser hablados..." Pues, según Rozitchner, para el estructuralismo... "el sujeto es una ilusión".

¿Cómo podría la inversión estructuralista realizar su proeza, si el ser hablado fuera una propuesta en vez de una verificación? Desde Freud, la interpretación de los sueños es posible porque —entre otras cosas— cada palabra remite por lo menos a dos sentidos, dado que el deseo habla en lo que digo. Y por definición el sujeto —el sujeto psicoanalítico— es el efecto y no el causante de su deseo.

El sujeto no es una ilusión para nadie, sino que para el psicoanálisis resultan iluso-

rias las "razones" que su yo elabora para afirmarse en el centro de una autonomía imaginaria.

El yo designa —pero no significa— al sujeto que habla. Si se confunde al yo con el sujeto, no se ve esa doble referencia que articula al yo con el cuerpo propio y el narcisismo por un lado, y con el registro de las identificaciones por el otro.

Esta confusión le sirve a Rozitchner para introducir como soporte material un cuerpo, una "carne", que funcionaría como matriz originaria, que luego se alinea en la historia: "Al decir forma humana, ¿qué decimos? Decimos organización cultural que conserva, siéndolo, la encarnadura del cuerpo biológico como matriz de toda relación (...) Es decir: la carne es el campo mismo de la extensión, y extenderla implica *mantenerla* como el elemento donde esta extensión se elabora, afirmando la carne".

Las zonas erógenas atestiguan que cuando esa carne toma la palabra, hace hablar a esa extensión según la topografía de un deseo que no permanece mudo esperando ser inscripto por el otro en el proceso de la humanización.

Porque, para el psicoanálisis, ese otro es primeramente el sujeto mismo asumido en su imagen especular: porque el sujeto nace prematuro y anticipa en la captación de su imagen como otro, la matriz en la que su cuerpo se precipitará.

No es la ideología la que nos aliena a esta imagen, sino que esta imagen sirve de soporte

a nuestra alienación ideológica. Porque el sujeto se captura como siendo otro imaginario, la aparición de otro en lo real pondrá en juego los resortes de la agresividad. No se trata, como dice Rozitchner, "de una estructura con cuerpo", sino de un cuerpo que se estructura en una anatomía fantasma. Ese yo que se anticipa imaginariamente para constituir —en la captación de una gestalt exterior— la integridad narcisista del sujeto, puede desintegrarse sin que la anatomía "real" sufra ningún daño: la experiencia de lo que llamamos locura lo atestigua, poniendo su límite a toda libertad.

El sujeto, por otra parte, es aquello que hace que un significante remita a otro significante, por eso los significantes pueden *representar* al sujeto.

No hay ninguna sustancia en un nombre propio, pero nadie podría sostenerse en su lugar sin representarse en este significante.

No se trata de una "alienación" históricamente superable, porque el significante se articula con el deseo en tanto falta, encuentra en los desplazamientos de la demanda su razón de ser: "El sueño —escribe Freud— realiza siempre varios deseos, la realización de uno de ellos remite a otro; y así, progresivamente...".

Rozitchner, por su parte, escribe: "Si la realidad no consolará el deseo al mismo tiempo que lo defrauda, el deseo insatisfecho empujará a transformar la realidad que lo niega: tal vez no soñaríamos más." El *tal vez* se convierte en certeza un poco más ade-

lante: "...para el hombre que alcanzara a satisfacer su deseo en la realidad, el dormir no sería soñar".

Para Rozitchner en el sueño "no hay satisfacción verdadera", para Freud el sueño, con sus condensaciones y desplazamientos, es la única garantía de una verdad que la censura intenta velar.

¿Qué podría significar "satisfacer verdaderamente el deseo", si la diferencia entre el placer logrado y el placer deseado es el fundamento de cualquier actividad libidinal? Aquí se confunde *necesidad* con *deseo*.

Para Rozitchner la verdad no tiene que ver con el deseo en tanto falta, sino que la verdad aparece como un sinónimo de la realidad (satisfacción verdadera/satisfacción real), por eso una satisfacción efectiva haría desaparecer el sueño, el deseo que él habla. El deseo y el hambre serían intercambiables.

Consecuente con este "realismo", Rozitchner *historiza* la matriz de las identificaciones, la dialéctica del ser y del tener, para enlazarla —a través del problema de la identificación en las masas— con la realidad social. Este hilo conductor existe, pero para llegar a él, Rozitchner se ve obligado a escamotear la problemática del ser (ser el falo de la madre), así como la función del padre que introduce en la prohibición el tener (un nombre), lo que supone la aparición del lenguaje en ese lugar donde el objeto está profundamente perdido.

Y este ser en el lenguaje, verdadera "transformación" de la naturaleza, hace que el

deseo se anude en el deseo del Otro, enlazando en el mismo movimiento el deseo de saber. Y el cuerpo libidinal —organizado en una topografía de deseo— adquiere su sentido en el intercambio erótico, desplegando sus blasones narcisistas para constituirse como prenda del ser. La heráldica en que el cuerpo real se ve inscripto (ya Mauss había llamado la atención sobre las técnicas que transforman al cuerpo en estandarte, armadura, señuelo, etcétera) dice por sí misma que el objeto del deseo es el objeto del deseo del otro. Si se reduce esta problemática a una dimensión histórica, se pierde de vista el registro simbólico en que se articula y —consecuentemente— el cuerpo como máquina significante articulada en el lenguaje.

En el extenso libro de Rozitchner no hay lugar para la problemática del lenguaje porque la función del padre es comprendida de una manera equívoca: "Primero el poder del padre, luego el poder del sistema." Y hablando de los psicoanalistas Rozitchner escribe: "...*individualidad sin hermanos*, sin fraternidad, redoblando en el ocultamiento la presencia no sólo del padre represor sino, como modelo, la actividad del poder represivo que a través de él se prolonga".

Si las insignias del padre sólo estuviesen hechas con los valores del sistema, no habría búsqueda de un orden nuevo, puesto que esta búsqueda supone la restitución de una ley que —por injusta— la sociedad hace imposible. El sistema, en todo caso, es en lo

imaginario la combinación del padre y de la madre, puesto que no hay función del padre desligada del deseo de la madre: "El poder del padre —escribe Rozitchner— es la prolongación del poder social, pero nosotros lo vivimos invertido, no lo sabemos. Sabemos lo que vemos, y lo vemos a él, pero su visión es resplandeciente. Resplandece de poder (...) el padre era como Dios: no podíamos soportar su mirada. Y su orden era como la de Dios: imponía su cumplimiento."

"El padre muerto —escribe Freud— adquiere mucho más poder que el que realmente ha tenido en vida."

Lacan, siguiendo a Freud, escribe: "¿Cómo aparece el padre interdictor, el padre terrible? En el discurso de la madre, como mediado por ésta. Menos velado por consiguiente que en la primera etapa, pero aún no revelado, interviene a título de mensaje para la madre y, por lo tanto, para el niño. A título de mensaje sobre un mensaje: una prohibición, un no. Doble prohibición. Con respecto al niño: no te acostarás con tu madre. Y con respecto a la madre: no reintegrarás tu producto. Aquí el padre se manifiesta en tanto otro y el niño es profundamente sacudido en su posición de sujeción: el objeto del deseo de la madre es cuestionado por la interdicción del padre. La primera relación ternaria es quebrada por esta segunda etapa, transitoria y capital, que permite la identificación al padre".

Esta función aparece como superflua para Rozitchner, porque antes ha decretado

que la dialéctica de la semejanza y la diferencia es impuesta desde afuera por el sistema, siendo éste quien obliga a reprimir, odiar la diferencia, imponiendo lo semejante. Pero la diferencia —en psicoanálisis— es la diferencia de los sexos que pone en escena el problema de la castración, siendo el sujeto mismo —como lo atestigua el fetichismo— quien no quiere saber nada de la misma.

La negación de la función del padre terminará pues, para Rozitchner, transformándose en una doble imagen del mismo, transpuesta al orden social: el líder burgués/el líder revolucionario. Dicho de otra manera: el padre que hace (la ley) y el padre que se deja hacer (portavoz). El padre que representa (el falo) y el padre que deja ser (el falo).

Ser hombre es una deuda con la muerte —escribe un Padre de la iglesia—, y el padre muerto ha pagado. El hijo deberá pagar o dejarse aplastar por esta deuda, que él no contrajo, pero que lo trajo sin embargo a él.

En el análisis de las identificaciones Rozitchner distingue lo real y lo imaginario, pero al historizar el planteo, escamotea la dimensión simbólica que está en juego.

3.— La tesis de la que Rozitchner parte explícitamente, a saber, que el sujeto es núcleo de verdad histórica, cierra le pregunta sobre si —a la inversa— en la historia se juega lo nuclear de la verdad del sujeto. El relato de la historia nace mutilado: no dice lo que es, sino lo que

es posible saber de lo que fue.

Nacemos destinados a la muerte genética, sometidos por las leyes de la física, capturados en sistemas parentales —que determinan constelaciones de efectos y de afectos— siendo tomados en un lenguaje donde todos los sujetos se intercambian. En estas múltiples determinaciones la historia cuenta con algunos restos.

Para llegar a este sistema que reproduce relaciones cuya finalidad es la acumulación de capital en una clase, teniendo como condición la explotación de millones de hombres, se ha pasado —generación tras generación— por unas rejillas que producen hombres que no pueden producir por igual esas rejillas.

Rozitchner parece confundir la sociedad (capitalista) con la cultura (en tanto sistema simbólico) cuando escribe: "Hasta que la teoría psicoanalítica no vuelva a encontrar el fundamento de la liberación individual en la recuperación de un poder colectivo, que sólo la organización para la lucha torna eficaz, en la medida en que no vuelva a encontrar como fundamento de toda cura la necesidad —no aleatoria— de dirigir esa violencia que el normal y el enfermo ejercen contra sí mismos *ahora contra el sistema represor*, hasta que esa necesidad no aparezca inscrita en la esencia y el fundamento del aparato psíquico, ese aparato será, en cada uno, una máquina infernal montada por el enemigo en lo más propio." El poder colectivo y la liberación individual no se relacionan sino por la tangente

de esa "privación excesiva" que los explotadores crean sobre los explotados. Más allá de eso, el enemigo no podría montar una máquina infernal, de la que él mismo es un efecto, encontrándose sujetado por su "prima de placer" —sólo resguardado de la necesidad —a determinaciones ineludibles. Porque cada generación niega, conserva y supera a la anterior, el sistema produce a sus actores: Marx ha predicho el final de la obra, el enemigo podrá agregarle algún "parlamento", pero no evitará su aniquilación. Si el "enemigo" fuese capaz de regular el deseo de cada uno mediante una máquina infernal —por metafórica que sea— la historia sería un reloj de arena en el que Dios se entretejería contando las piedritas. Pero Rozitchner apunta hacia otro lugar: el aparato psíquico sería una superestructura internalizada, que ahora habría que externalizar en la práctica política.

"Este problema del pasaje —escribe Rozitchner—, del tránsito, que no es sino el de la distancia real entre el sujeto y el mundo, es lo que la enfermedad y el sueño tienen en común: elaborar una transacción donde lo interno se transforma en externo, donde lo externo se transforma en interno (...) Tratar lo interno como externo es el resultado de haber, previamente, interiorizado lo externo como interno...".

El sistema de producción, la cultura represiva, la sociedad burguesa: si tomamos como sinónimos a la cultura y a la sociedad (capitalista) la prohibición del incesto, la es-

tructura parental, la represión originaria, pueden subsumirse en la lógica del "reflejo": "...comprender que es la historia del sistema de producción la que se introduce, como determinación que viene de lo universal, en la historia naciente de un cuerpo que despunta, como Yo, a la vida".

En este sentido el espacio teórico en que se desarrolla la "ficción" de un aparato psíquico tendría el mismo estatus que el cielo medioeval dibujado por la teología; cielo en el que Engels nos enseñaba a leer los reflejos de las jerarquías terrenales transformadas en jerarquías celestiales.

Pero en el psicoanálisis ocurre otra cosa: la desestructuración simbólica de Schreber, por ejemplo, se reorganiza en la restitución de un sistema delirante ajeno a las relaciones de producción de su época. En las jerarquías que su delirio instituye, la cartografía de su deseo produce lo que no estaba en ningún lado, según las líneas de fuerza de lo que no pudo ser, organizando en la escritura los brillos de la ausencia.

Afirmar que el sujeto es núcleo de verdad histórica significa que se quiere hacer pasar por el psicoanálisis (identificado con el sujeto) al marxismo (identificado con la historia). Politzer, Reich, Marcuse: la empresa insiste afirmando su valor de verdad, junto a una imposibilidad que el libro de Rozitchner no resuelve. Quizá porque en la verdad de la historia, lo que resiste al saber es la verdad. Creemos elegir —escribe Freud— cuando una coerción

inevitable nos obliga a tomar determinado camino.

Lo cierto es que en la teoría analítica la liberación (social) del paciente sigue sin ningún lugar. No hablamos de la institución analítica que ha encontrado en su legitimidad su triunfo práctico, alineándose en una estatua que se mantiene (todavía) en una "buena posición" (económica).

Hablamos de las posibilidades de una práctica que no parte de lo real, sino que toma a la realidad como soporte de un cierto espacio reglado por un intercambio (dinero/palabras) y una prohibición (la del contacto sexual). La prohibición se basa en un descubrimiento de Freud: los deseos coartados en su fin se transfieren sobre el lugar del analista, haciendo posible su articulación en un discurso que hace presente hasta los fantasmas de la primera infancia, mediante el efecto retroactivo de un enunciado actual.

El dinero, que liga a los dos personajes de la relación analítica con una situación social de hecho —al entrar en el espacio "simbólico" del análisis— se escinde para articularse como significante (recordemos el juego de las equivalencias anales), lo que no autoriza a escamotear el hecho de que el sujeto paga la nada que le dan, sino que permite reflexionar sobre el sentido de cualquier demanda.

En cuanto al lenguaje: el secreto de su poder es la materia misma de la práctica psicoanalítica, la condición para pensar un inconsciente teórico.

En este sentido no se entiende qué puede pedirle la práctica política al psicoanálisis, más si se tiene en cuenta que una vez que se ha decidido subvertir un orden, aparece la urgencia que se liga al arte de esa subversión. Lenin estudiaba, al igual que Engels, a Clausewitz: ellos habían decidido transformar el mundo.

Rozitchner, por su parte, interroga a Freud sobre lo que "resiste" en quienes no pueden volver eficaz esta decisión. Y Freud, desde que descubrió *La negación*, podría sospechar que en la pregunta está la respuesta, de que en la ineficacia un deseo habla: la ineficacia es una práctica política.

4. — De otra manera, el libro de Rozitchner resulta desconcertante, puesto que parte de la exclusión de lo que llama "la tercera persona de la ciencia", para situarse en el campo de la política de una manera especulativa, concluyendo en un montaje "filosófico" que opaca por igual las construcciones del marxismo y el psicoanálisis.

Tal vez en esta opacidad Rozitchner recupera la intención de su libro, testimoniando e intentando legitimar para este momento histórico la problemática de un grupo de intelectuales cuya reflexión no pudo articularse en una práctica política satisfactoria. Las declaraciones de Tomás Maldonado en *La Opinión* se ligan al mismo problema: los intelectuales de su generación habrían sido llamados y dejados de lado por el frondismo. Maldonado se fue a Europa, aceptando su condición de "intelectual bur-

gués". Por otra parte, David Viñas ha descripto las figuras del exilio voluntario y ha testimoniado de muchas maneras y en diversos textos las contradicciones en que se debatía —y se debate— su generación.

En este sentido el libro de Rozitchner daría cuenta de un "polo" dentro de los que constituyen los ejes de la producción intelectual en nuestro país.

La máquina infernal con la que Rozitchner metaforiza al aparato psíquico, evoca otro infierno, el de Sartre; que sirvió de modelo a toda una generación.

El infierno son los otros: pero la aceleración de las contradicciones hace que cada uno vaya reconociendo su lugar en el desorden del mundo; por ende, la "máquina infernal" estaría en cada uno. Estas referencias a un contexto podrían explicar el hecho de que Rozitchner, educado en la "moda europea" de la fenomenología, reaccione contra la "moda europea althusseriana", calificando de colonizados pequeñoburgueses a sus practicantes. En última instancia se trata de una moda antigua contra una moda nueva, y sólo la edad de los oponentes explicaría la adhesión a una u otra. Pero tomar posición a este nivel significa agotar la cosa en la pura especulación imaginaria: Freud y Marx eran europeos y la lengua castellana fue importada a estas costas.

Por esta tangente de "latencias" que remiten a nuestra historia, el libro puede leerse como una larga elipse en torno al peronismo, donde el intento de distinguir un líder

burgués de un líder revolucionario, a una masa artificial de una masa revolucionaria, etc., quiere propiciar —para la ideología— lo que cree analizar.

La "teología" del proyecto aparece en la asimilación de la eficacia —revolucionaria— a la verdad: "Discriminar la estructura que organiza lo real para poder comprender así el camino que lleva a una acción verdadera, y por lo tanto eficaz." Las relaciones de fuerzas, en política, constituyen su eficacia de espaldas a la verdad, frente al poder.

Al principio de la eficacia no está la verdad, en todo caso está la acción que deriva de una creencia en ella: la verdad es el síntoma.

Para poder unir la verdad (real, eficaz) con la *historia* (espacio en que, mediante la praxis, la distancia interior se superaría —según Rozitchner— en una nueva forma) se producen violencias en el pensamiento de Freud, hasta construir un sistema donde los conceptos son evocativos de un supuesto saber. Por ejemplo, Rozitchner escribe: "...en el obrero el narcisismo no tiene otra base material salvo la del propio padre que se prolonga en los límites del propio cuerpo..."

O bien, refiriéndose al sueño escribe: "...Pero éste, sin embargo, es nuestro único verdadero hijo, el negro: el que engendramos en una noche de amor, cuando nos acostamos con nosotros mismos, creemos, y uno se puso a dormir, cuando el yo se acostó con su cuerpo y no pudo eludir que le naciera, que los impulsos de ello le hicieran este hijo innoble del deseo insatisfecho".

En el arco tendido —y tenso— de las especulaciones, la definición del líder revolucionario se encuentra con las teorías del emergente de una sociología que canta en su práctica la verdad de su conceptualización: "...el líder de una masa revolucionaria emerge dentro de ella como aquel que fue creado por la situación colectiva..."

Por la otra punta, Rozitchner promueve en Freud la vertiente que lleva al fortalecimiento del yo (tan cara a un psicoanálisis adaptacionista), porque si se ha eliminado lo simbólico en nombre de la historia, es necesario salir de lo imaginario hacia lo real. La adaptación (revolucionaria), aunque de signo invertido, muestra que los reformadores no quieren saber nada con la errancia del deseo.

En fin, Rozitchner ha escrito un libro para *decir* el conflicto que surge de la ambición de un intelectual que se quiere revolucionario, cuando verifica que su poder (eclipsado en una primera persona que se quiere conatural del saber) resulta ineficaz porque no propicia —ni anticipa— una práctica política que en el límite se liga con el dolor, la tortura, la muerte (sólo en la evocación de esta realidad "aterradora" la problemática freudiana de la castración encuentra un lugar en un libro tan extenso). Texto sobre la culpabilidad, tendrá en sus reflexiones sobre el superyó, la culpa, la búsqueda de castigo, sus mejores aciertos.

Pero, la promoción de la segunda tópica en relación a la primera, la confusión entre el sujeto y el yo, la incompreensión de la función del

padre, la arbitrariedad del *corpus* elegido (apoyarse en dos "obras sociales" de Freud: *El malestar en la cultura* y *Psicología de las masas y análisis del yo*, sin otra explicitación que las comillas en "sociales"), la represión consecuente de conceptos fundamentales en la teoría, la repulsa contra un estructuralismo nunca definido del todo, hacen que Rozitchner abandone el campo del lenguaje —¡aunque no deje de escribir!— para terminar encerrado en la sustancia de un pensamiento envasado en el cuerpo: "...mi pensar se abre hacia el pensar de los otros cuando la idea ajena es apropiada y asimilada..." Robo del pensamiento o filosofía alimenticia, lo cierto es que esta perspectiva supone un pensar por fuera del lenguaje que, por otra parte, es transindividual. Nadie se alimenta con la sustancia de una idea: en todo caso decodifica los efectos de sentido que el lenguaje produce, aunque lo haga en la gramática de una acción (revolucionaria o no).

De más está decir que el libro de Rozitchner dice muchas otras cosas que exigirían un análisis detallado, y que el sentido de esta nota no puede comprenderse sin la lectura del mismo. Las diagonales por las que he preferido deslizarme suponen una demarcación ideológica, que tiene en cuenta el contexto en que el libro y esta misma nota se insertan. La escritura no es sólo un hecho de prensa, es un hecho de lenguaje, en el que se trata de transformar "representaciones" para propiciar unas prácticas contra otras.

El Socialismo del Tercer Mundo, por Reina Roffé

Juan José
Hernández Arregui
Peronismo y Socialismo
(Editora Hachea,
Buenos Aires,
268 páginas)

A nivel de denuncia, en un campo hasta ese entonces arbitrariamente despolitizado, J. J. Hernández Arregui en su primer libro, *Imperialismo y cultura* (1957) señalaba la dependencia intelectual argentina; tratamiento que, luego, en distintos trabajos, aplicó a otras áreas con la misma dedicación. Precisamente, su último libro, *Peronismo y socialismo*, (1972) replantea una variada panorámica de las relaciones de un país periférico puesto ya en la disyuntiva de su liberación con respecto a las metrópolis. El análisis, de decidido corte político, cuestiona la problemática de América latina y la ruptura con el sojuzgamiento imperialista, a través de sus conductos intermediarios, poniendo al descubierto las contradicciones y pendulaciones —en el proceso de nacionalización creciente— de diversas instituciones que obran, al mismo tiempo, como represas contenedoras de la liberación. La clase media, los

sindicatos, el Ejército (que vacila entre dos clases y se mueve con una educación conservadora transmitida hábilmente por la oligarquía), la Iglesia, la Universidad, de alguna manera, son puntos álgidos en todo estudio de la realidad neocolonial que enmarca la estructura de un país como Argentina. Es evidente que el autor moderó, en estos años, su postura contraria al comunismo soviético, inclinándose a polarizar dos sistemas de vida —capitalismo y socialismo— con una clara definición para los países del Tercer Mundo hacia una resolución socialista. El enfoque no descarta la intransigencia —a veces teñida de eclecticismo y rigurosa en cuanto modelo para las disciplinas que estudia, ya sea económica, política, social o cultural— y tiene sus aciertos más destacables cuando delata las implicancias del desarrollismo como tendencia ideológica neoimperialista o a los peligros del sindicalismo participacionista que después de 1955 cohabitó, o pudo sobrevivir, junto con el fracaso de la oligarquía nacional.

El compendio realizado acerca del desarrollismo resulta lo más aclaratorio y combativo —si es que vale el término— del libro *Peronismo y socialismo*, sobre todo porque cobra relieve de vital importancia como prevención a posibles reincidencias por parte de los que manejan los programas de gobierno. Dicha teoría económica, lanzada por el hemisferio con una intensa propaganda, sustenta, abstractamente, la esencia de la seguridad yanqui.

Tiende, dentro de un esquema modernista, a hacer de América latina una sociedad de consumo, y el énfasis en el avance de la ciencia y la tecnología corrobora la falacia del llamado "desarrollo", al que pretenden presentar como el puente de superación entre las fuerzas del "progreso" y las del "status quo". Su arma elemental de destrucción son los empréstitos de aparente fachada protectora que adopta actitudes paternalistas que no hacen más que afianzar la dependencia. Bien dice Hernández Arregui: "En suma, el 'desarrollismo' es la piel filantrópica de los grandes monopolios y la usura internacional." Más adelante agrega: "El 'nacionalismo desarrollista', como ningún argentino lo ignora, tomó catadura presidencial en Arturo Frondizi, y con diverso plumaje, continúa moviéndose en la Argentina actual."

Por otro lado, el sindicalismo se revuelca en la corrupción del sistema mismo y personeros de éste se infiltran entre los trabajadores y forman "la aristocracia obrera", tal como el autor llama al vanderismo, se nutren de las filias populares y toman de ellas a falsos dirigentes. La oligarquía que tiene en sus manos los medios de difusión desvía los objetivos de lucha del pueblo y mistifica hombres e instituciones. De este modo aparecen "conductores" que responden en una totalidad al sistema establecido pero dando una imagen que en nada concuerda con la realidad. Así, el particionismo se convierte en el instrumento subyacente del Imperia-

lismo para distorsionar la significación revolucionaria del peronismo.

En el plano de la cultura el análisis señala un punto de partida. En dicho sentido la crítica tiende justificadamente a sancionar cierta tendencia de las izquierdas, en su desarraigo nacional, en su desprecio por escritores que sondean en la tierra y se definen con el ánimo de las masas en tanto son intérpretes de la misma. De igual modo, la revolución debe pasar por un proceso nacional pero que sólo puede lograrse con la unión del Tercer Mundo. Lo entiende así Hernández Arregui cuando dice: "... la revolución colonial es, sin duda, internacional. Pero deberá realizarse a través de las revoluciones nacionales. Todo internacionalismo antepuesto a lo nacional es un supuesto dogmatismo. Y del mismo modo todo nacionalismo sin visión internacional es reaccionario." Señala, además, que la liberación se da por opresión y ultraje, en primer término. Es decir, las causas pasan por un ordenamiento espontáneo, si se quiere epidérmico, donde el hambre juega el papel principal y es factor desencadenante, pasando por una conciencia política, en la liberación de los pueblos. Sobrados testimonios nos ofrece la historia, también la más reciente, donde "el colonialismo, no los libros, crea el nacionalismo de las masas". Y con esto Hernández Arregui contrapone conceptos de manera de querer hallar cierto equilibrio que por momentos puede confundir o desorientar al lector minucioso. La emancipación cultural como la encara el

autor no se presenta como un estudio profundo, tampoco lo pretende en un presente histórico de posible resurgimiento nacional. Se olvida, quizás, que los intelectuales, incluso aquellos de marcada tendencia nacional, son en definitiva intelectuales dependientes. Porque no puede haber una cultura nacional en la medida en que no existe una patria nacional. Mientras en un pueblo queden —aunque más no sea— vestigios de colonización la lucha contra la descolonización cultural —loable igualmente, pues el combate contra la reacción debe realizarse desde y en todos los frentes— será una lucha de colonizados y la cultura no será nacional en cuanto no cambien las pautas que determinaron el avasallamiento político y social. En todo caso solo se podría constatar una cultura de resistencia. El mismo Hernández Arregui, cuando debe definirse concretamente sobre una literatura nacional, como lo hace en *Qué es el ser nacional*, se vuelca hacia el indigenismo hispanizante y el folklorismo. Desgraciadamente, la vehemencia eficaz políticamente adolece de vacíos analíticos y deja en pie varios contrasentidos que el autor soslaya por un abierto pragmatismo, delineado por el cauce de los acontecimientos y la coyuntura actual argentina. Por ejemplo, no es muy coherente la posición pluriclasista del peronismo con ciertas fustigaciones de Arregui a la clase media, en apariencia la más fluctuante —como "falsa ideología"— dentro del proceso de nacionalización. Asombra, si se quiere, la versión leninista

que ahora el autor propugna en *Peronismo y socialismo*, pues las citas de Lenin son frecuentes y abundantes.

Globalmente el pensamiento de J. J. Hernández Arregui puesto en evidencia a través de sus libros, de los que *Peronismo y socialismo* es una apretada síntesis, muestra que las limitaciones y concesiones teóricas y analíticas convergen en una actitud política rescatable, a pesar de los puntos a desarrollar desde dentro de cada una de las especificidades que toca a vuelo de pájaro. Lo importante de este libro es la batalla frontal en provecho de la liberación y el cambio social en América latina. Se suma la tarea positiva por el lado pedagógico de ideologizar a los hijos de la clase media, a quienes, paradójicamente, lleven sus obras. Y la apertura que ve en el peronismo, un camino hacia el socialismo nacional, del que Hernández Arregui es su más lúcido militante intelectual.

Mendoza, 20 de febrero de 1973.

Señores Directores "Revista Latinoamericana"
Ediciones Corregidor
Talcahuano 463
Buenos Aires

He leído con mucho placer la revista editada por ustedes y desde ya me pongo a disposición en caso de resultarles de utilidad la difusión de la revista en Mendoza. Estoy de acuerdo en la línea ideológica de la misma y los artículos me parecieron todos muy serios. Los elogios podrían abundar sobre el material publicado, pero también hay algunas observaciones que aprovechando la presente me permito hacerles. Por ejemplo, en la pág. 137 "sobre libros", habla J. C. Martini Real sobre Gabriel García Márquez, y las observaciones que hace en el artículo me resultaron muy novedosas y certeras, sobre todo por la aguda crítica llevada al verdadero fondo del asunto. Pero esto, contrasta con cierto material de la revista como por ejemplo "Un cuento secreto", de Juan Carlos Onetti y "La Espera", de H. Conti. Yo no tengo nada contra ninguno de los dos y el hecho de estar vinculados a la revista los hace acreedores a mi simpatía. Lo que voy a apuntar es otra cosa. Pregunto yo, esos cuentos, ¿están dentro de la narrativa que pregona la revista? ¿No son acaso juegos de luces como las novelas y cuentos de García Márquez, que dicho sea de paso, son mucho mejores? Los he leído detenidamente una y otra vez, y a decir verdad no hallé nada dentro de ellos. Buena forma. Excelente lenguaje. Pero el resto: va-

cio. Pienso que aquí existe una contradicción en ustedes, y espero los próximos números para saber a ciencia cierta si toda la proclama de arte revolucionario en los artículos de fondo se ve también reflejada en los trabajos de creación (que no necesariamente deben ser revolucionarios, pero sí, deben llevar un contenido que se ubique dentro de la idea de la revista, ¿o no?). En lo demás, nada que decir, por el contrario, todo muy interesante. Vuelvo a ponerme a disposición de ustedes, si aquí en Mendoza, puede hacerse algo por la revista. Cualquier noticia será bien recibida. Un fuerte abrazo.

Jorge García de Luca

Paris le 9 mai 73

Cher Ami Martini

Je vous remercie des livres que vous avez eu la délicatesse de m'adresser, par l'intermédiaire de R. Sciarretta.

Je vous donne volontier mon accord pour la publication de l'*Avertissement* au livre I du Capital, publié par Garnier-Flammarion. Mais il faut que vous en demandiez les "droits", en écrivant à M. Bouissou (de ma part).

Revue, mais à l'occasion, j'y penserai. LATINO-AMERICANA, très intéressante.

En vous remerciant encore, je vous adresse mes sentiments les meilleurs,

Louis Althusser

LATINOAMERICANA

Número 1

La narrativa latinoamericana, por Augusto Roa Bastos, Jaime Mejía Duque, Alberto Vanasco, Jorge Lafforgue, Mario Benedetti, J. C. Martini Real y Luis Gregorich.

Antología de la joven poesía cubana.

Relatos de Haroldo Conti, Ariano Saussuna y Juan Carlos Onetti.

Poemas de João Cabral de Melo Neto, traducidos por Edgar Bayley.

Problemática de la cultura latinoamericana, por Pedro Geltman.

Manifiesto de San José, por Ernesto Cardenal y otros.

Juan Rulfo: Autobiografía armada, por Reina Roffé.

Los poetas comunicantes, por Mario Benedetti.

Viñas, por Rodolfo Mattarollo Benasso.

García Márquez, por J. C. Martini Real.

Número 3

Incluye: La dependencia cultural, por J. C. Martini Real y Alberto Vanasco. Cultura y Revolución, por Ernesto Che Guevara. Cartas inéditas de Felisberto Hernández. La poesía afroportuguesa del siglo XX, por Santiago Kovadloff. Segunda parte de la encuesta a la crítica argentina, por Jorge Lafforgue.

TEORIA REVOLUCIONARIA DEL GOBIERNO Y DEL ESTADO: LA TRANSICION HACIA EL SOCIALISMO NACIONAL

El Centro de Estudios e Investigaciones Sociales ha comenzado su curso del corriente año. El mismo se dicta en la Universidad del Salvador, los días miércoles a las 20 horas y sábados a 9 horas. El programa fue dividido en cuatro partes, explicitado de la siguiente manera:

I. — *La dependencia*

La Argentina es una sociedad dependiente. Esta dependencia se manifiesta en todos los órdenes y se comprueba a través de distintos análisis de la compleja realidad económica, política, social y cultural del país. Todo estudio serio del proceso hacia el socialismo pasa necesariamente por la comprensión profunda y abarcante de la situación de dependencia.

II. — *Las contradicciones fundamentales. Las resultantes conflictivas y las resistencias populares*

El sistema de poder dependiente ha tenido por objeto principal el mantenimiento de la dependencia como forma de conservar la actual estructura de la propiedad y del poder político. Sus relaciones con el pueblo argentino siempre fueron conflictivas ya que éste sufre, globalmente, la explotación económica, la opresión política y la alienación cultural generadas por esa misma dependencia. El sistema de poder dependiente no actúa libremente en la sociedad argentina porque el grado de conciencia social y nacional del pueblo está en condiciones de oponer fuertes resistencias al proyecto de las clases dominantes.

III. — *El proyecto socialista*

El pueblo argentino se ha pronunciado en forma indudable contra la dependencia y por la liberación. Además ha construido la herramienta con que habrá de obtener esa liberación: el Movimiento Peronista. El nombre de la liberación en la Argentina es "socialismo nacional"; el peronismo es la vía nacional hacia el socialismo. Una de las tareas más apremiantes para el militante peronista es definir lo más acabado y precisamente posible qué cosa es el socialismo nacional; qué contenidos encierra como proyecto y como motor político; cómo surge esa nueva sociedad de las concretas experiencias de lucha del pueblo argentino. La definición y la puesta en claro del proyecto socialista es el antecedente necesario para establecer y valorar las mediaciones históricas mediatas e inmediatas y para juzgar ponderadamente las necesarias formas transicionales que se avecinan.

IV. — *El proceso revolucionario: de la dependencia al socialismo nacional*

Entre el conformismo —que es esencialmente contrarrevolucionario— y el revolucionarismo desatento de la realidad, se extiende la vía ardua pero reconocible, transitable y además necesaria de la transición metódica hacia el socialismo. Esta última parte del Curso tiende a señalar con toda claridad las inevitables contradicciones del proceso y las tendencias coyunturales y estructurales de una etapa que será rica en extremo para los militantes peronista, protagonistas decisivos de esta recomenzada marcha hacia una sociedad definitivamente justa, libre y soberana.

GRAN PREMIO DE ENSAYO

RAUL SCALABRINI ORTIZ

La Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) invita a los sociólogos, economistas, analistas políticos e historiadores a participar en el Gran Premio de Ensayo Raúl Scalabrini Ortiz, con el que inaugura su nueva etapa de actividades al servicio de la cultura nacional y popular.

El concurso tratará sobre las formas de la dependencia económica y cultural, su interrelación y sus manifestaciones concretas en el campo político. El jurado preferirá el desarrollo de modelos específicos, pero también tomará en cuenta los trabajos teóricos.

El comportamiento individual de los grupos monopolísticos, anali-

zados bajo formas monográficas, la proyección de dichos grupos en el terreno cultural, en la orientación de la enseñanza y en la gestión gubernamental, son los temas de este Gran Premio de Ensayo.

Los trabajos serán considerados por el jurado que integran:

Dr. Jorge Taiana (Ministro de Educación y Cultura), Dr. Rodolfo Puiggrós (Interventor de la Universidad de Buenos Aires) Dr. Arturo Jauretche (Presidente de EUDEBA), Dr. Juan José Hernández Arregui, Dr. José María Rosa (h) y el Director Ejecutivo de EUDEBA Sr. Rogelio García Lupo.

DISPOSICIONES

- 1) El Gran Premio de Ensayo RAÚL SCALABRINI ORTIZ será otorgado al mejor ensayo inédito, que no deberá tener, en total, menos de 150 páginas ni más de 250.
- 2) El plazo de admisión de los trabajos vencerá el 29 de setiembre próximo. La decisión del jurado se dará a conocer en noviembre del año actual.
- 3) El premio de \$ 20.000.— ley 18.188 (2.000.000.— de pesos moneda nacional), será entregado en el curso del mes de diciembre próximo en EUDEBA, Rivadavia 1571.
- 4) El premio podrá ser declarado desierto, y en ese caso el importe se destinará a otro premio del año siguiente. El jurado podrá, asimismo, dividir el premio entre varios concursantes.
- 5) EUDEBA se reserva el derecho de publicar el trabajo o los trabajos premiados, durante un plazo que no excederá de los ocho meses desde la adjudicación del premio y durante ese período el autor o los autores no podrán hacer uso de la

obra presentada y premiada en este concurso.

6) Los originales, escritos en español, deberán ser firmados con seudónimos. En sobre aparte, cerrado y lacrado, se consignarán el nombre, el número del documento de identidad y el domicilio del autor, la ciudad y el país en que reside. En la parte exterior del sobre que contenga esos datos se escribirá solamente el seudónimo. Es indispensable dar fiel cumplimiento a estas normas.

7) Las obras deberán ser enviadas en cinco copias a máquina, escritas en una sola cara del papel —tamaño carta— a nombre de Gran Premio de Ensayo RAÚL SCALABRINI ORTIZ - Av. Rivadavia 1571 - República Argentina.

8) Los trabajos no premiados y los respectivos sobres podrán ser retirados por los autores un mes después de conocido el fallo del jurado y durante el término de noventa días. Después no habrá derecho a reclamación.

EDITORIAL UNIVERSITARIA DE BUENOS AIRES

SOCIEDAD DE ECONOMÍA MIXTA

RIVADAVIA 1571/3

TEL. 37-8025, 38-5478 y 37-4004

LATINOAMERICANA

NUMERO A CARGO DE VANASCO, LAFFORGUE Y MARTINI REAL.

20 pesos argentinos
o su equivalente

EDICIONES AHIRA CON REGISTRO Directorio de Revistas Argentinas

www.ahira.com.ar